

ALFAGUARA

Manuel Vicent

La regata

Narrativa Hispánica



Manuel Vicent

La regata

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

—Algún día te llevaré al valle donde florecen los limoneros. Y luego iremos a navegar —le dijo el pez gordo a la joven estrella.

—Cariño, pídemme una ración de gambas —le dijo la joven estrella al pez gordo.

Así empezó entre el pez gordo y la joven estrella una historia de terror.

Cerca del mar, en un valle donde florecen los limoneros, hay una casa solariega de gruesas paredes encaladas, porche de cuatro arcos y hondo zaguán, rodeada de varias hectáreas de tierras de labranza que ya nadie cultiva a la espera, tal vez, de que se conviertan en un magnífico solar recalificable en la próxima fiesta de la codicia. No existe ninguna otra vivienda en cientos de metros a la redonda, de modo que cualquier disparo de revólver o los gritos de auxilio que se pudieran producir en alguna de sus altas estancias se habrían perdido en el mar por una ventana o por otra en el monte escarpado. Solo el encargado de la finca, el señor Benítez, pasaba alguna vez por allí a echar un vistazo, escopeta al hombro y cartuchos del ocho en las cananas, seguido de un perro perdiguero por si le salía al paso un conejo o alguna perdiz.

En esa casa, no lejos de Circea de la Marina, sucedió un misterio de pasión cuyo enigma estremecerá de espanto a quien se lo cuente, pero nadie será capaz de resolver. Es el caso de una pareja de amantes: ella, Dora Mayo, una joven actriz secundaria famosa por su belleza, con el talento aún por demostrar, si bien ya había empezado a ser manoseada por las revistas del corazón; él, Pepe California, un alto financiero o algo así, con el que la chica se había liado pese a que le doblaba la edad, sesenta años bien llevados, la camisa de seda natural muy apretada a su tripa, pelo blanco con reflejos, saunas y masajes en el spa de La Moraleja, a veces bicicleta estática en el despacho frente a un televisor de plasma conectado en directo con el mercado continuo de la Bolsa y dentelladas aquí y allá para ejercitar su mandíbula de tiburón bruñida con colonia Paco Rabanne hasta extraer de ella un tono violeta.

La pareja vivía una pasión clandestina, ella con el sexo como arma de ataque, él ayudado en ese combate por unas pastillas azules que le había recetado el urólogo después de un preceptivo tacto rectal problemático para

fortalecerle la autoestima, depositada desde siempre, como es lógico, en los genitales. Hasta ese verano se habían citado en hoteles donde tomaban habitaciones contiguas para encontrarse en la cafetería; habían viajado en vuelos distintos de fin de semana a París, a Londres, a islas del Caribe, con cierta regularidad a Montecarlo y una vez, incluso, a matar osos en Rumania. Nunca se les había visto juntos en fiestas o estrenos, ni siquiera en el palco de honor del estadio del Real Madrid, donde se junta lo mejor y lo peor de cada casa. Pepe California tiraba de tarjeta oro y Dora Mayo se dejaba, lo permitía todo menos que la tomaran por una muñeca de carne, la querida de un ricachón. Ella soñaba que algún día sería la Ofelia de *Hamlet* o la protagonista de una tragedia griega en el teatro de Mérida, de ahí para arriba, y su amante estaba dispuesto a alimentar esos sueños previo pago en efectivo. Había un proyecto teatral en perspectiva.

Fue en el verano de 2016 cuando decidieron pasar un largo fin de semana en esa casa solariega que el tipo había heredado de sus antepasados, o vete tú a saber. Se habían prometido tomar unas gambas rojas y unas sepias a la plancha a la vista de todo el mundo; poner a punto el velero atracado en el Náutico para participar en la próxima regata y practicar sexo hasta reventar en aquella cama antigua que tenía cuatro columnas de palo santo torneadas, una en cada esquina. Todo cuanto acontecía en ese lecho, alto como un altar, incluidas las refriegas más inverosímiles, se reflejaba al fondo de la habitación en la gran luna del armario, que en el silencio de la noche emitía crujidos como si hablara. Si uno ponía atención, también podía oír las termitas que estaban royendo sus nobles maderas, así como las de la cama. En cuanto a los limoneros en flor, eran la única licencia poética que este pez gordo se permitía, sin que se supiera por qué, puesto que ninguna flor le importaba nada en absoluto. Tal vez este acontecimiento glorioso de la naturaleza que sucedía en aquel valle de la Marina le había funcionado como truco en otra ocasión para llevarse a una chica al huerto. Bueno, la verdad es que una vez este tiburón se puso una gardenia en el ojal de la solapa para celebrar con mariscos en La Trainera el haber salido indemne de un juicio por tráfico de divisas, eso era todo.

Después de unas horas de viaje desde Madrid, el todoterreno Porsche Cayenne se detuvo ante la herrumbrosa cancela de la finca. El dueño confiaba en que el encargado, el señor Benítez, hubiera dejado la llave tapada con una piedra en una grieta consabida de la pared, como siempre. Allí estaba, en

efecto, pero California ignoraba cuánto mejor habría sido que no fuera así, puesto que esa llave oxidada iba a dar paso a un destino aciago para los amantes. Por un camino de grava flanqueado de adelfas y palmeras llegaron ante el porche umbrío y abrieron la puerta, algo que no se había hecho desde el verano anterior. El aire estancado aún contenía, pegado a las paredes del zaguán, un profundo olor a algarroba, a cereal, a pretéritas cosechas que provenía del granero, ya en desuso, y se unía a la melaza que despedían los muebles y las maderas nobles del artesonado. Era un olor que una vez más despertó en él una extraña pulsión sexual, debida sin duda al recuerdo inconsciente de aquella criada, Miguelina, que en su adolescencia, bajo este mismo olor, le inició, como a muchos otros señoritos, en el placer de la carne en el cuarto trastero del desván.

Los amantes pasaron el primer día muy relajados. Por la mañana bajaron a la explanada del puerto y desayunaron en una terraza a la sombra de los plátanos, cuyas hojas, al agitarse levemente con la brisa, filtraban un sol muy amable que dibujaba arabescos de luz imprecisa sobre el café, los zumos de pomelo, las tostadas con aceite de oliva y alcaparras, el tomate rallado y las aceitunas amargas machacadas. Después, ella hojeó una revista del corazón mientras él consultaba en la tableta los movimientos de la Bolsa, compartieron el periódico *Levante* leyendo muy divertidos en voz alta los anuncios de sexo para excitarse, o simplemente miraban pasar a los turistas sin hacer comentarios. Una señora se acercó a preguntarle a la chica si era actriz.

—Sí, sí, esa... ¿Cómo se llama? La he visto en televisión, tengo el nombre en la punta de la lengua.

La chica se llevó una gran alegría al comprobar que empezaba a ser reconocida, aunque le humillaba que la vieran con un hombre mayor con pinta de millonario, de modo que lo negó, protegida por unas enormes gafas oscuras, hasta que la señora la dejó en paz.

Pese a todo, estaban decididos a hacer público su romance con la vaga promesa de que él pediría el divorcio, y en esta primera mañana se acercaron al Náutico; el financiero quería comprobar si estaban inscritos los dos en la lista de participantes en la próxima regata. Todo estaba en orden, según lo previsto. Había que poner a punto el velero, el *Gipsy*, un Bénéteau Oceanis de cuarenta pies.

—Es precioso —exclamó Dora mientras lo abordaba por la escala desde el

pantalán.

—Este hermoso cacharro se lo debo a la primera guerra del Golfo —dijo Pepe California con una sonrisa enigmática.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Bobadas.

Así se zanjó la cosa, y como había buena mar y viento favorable optaron por comprobar qué tal navegaba. Zarparon tranquilamente, y al cruzar la dársena, Dora Mayo, en bikini, de pie, agarrada al estay, vio por primera vez cómo el filo de la proa a veces dividía el arco iris que formaban las manchas de gasoil sobre el agua muerta, y apenas ganada la bocana, California izó el foque y se dio prisa en poner el piloto automático que le dejara las manos libres para abordar a la amante, tratando de poseerla mientras las olas golpeaban las amuras y la vela vibraba, unos sonidos tan esenciales que, unidos al silencio acuático, le excitaban sobremanera. Pero la chica se negó. Un orgasmo en alta mar son dos abismos, demasiados, uno abajo y otro arriba, sin control. Y la chica decía:

—No, aquí no, por favor. Tengo miedo de que perdamos la cabeza. En casa, en casa todo lo que quieras, ya verás esta noche.

Dora le recordó el anuncio de sexo que habían leído en el periódico esa mañana.

Navegaron, fondearon en la primera cala, se bañaron desnudos, emitieron grititos de felicidad dentro del agua y abrasados por un sol tórrido, regresaron al Náutico, donde la espuma de la cerveza muy fría a él le empapó el esternón y a ella le humedeció la primera curva de los adorables senos manoseados. Almorzaron en Casa Federico una escorpa a la brasa para dos con un picadillo de perejil y mostaza negra. Ya no hacían nada por ocultarse, salvo que él no consentía que lo cogiera de la mano, ni ella que doblara el cuello como un enamorado. Se comportaban como un empresario y su secretaria.

Fue en la tarde del sábado cuando, en la cama, Dora Mayo se dispuso a desarrollar una vez más todas sus dotes de actriz. El tiburón financiero, que por supuesto no mandaba nada en esta contienda, estaba preparado para someterse a las órdenes realmente voluptuosas de la chica, quien, a la hora de la siesta, se encaprichó con pintarle los labios de carmín y después le obligó a vestirse de mujer. En el armario de luna había corpiños de cualquier abuela de principios del siglo pasado y enaguas almidonadas, faldas de lino ajadas y pamelas con frutas engarzadas. Hete aquí, pues, a un financiero, un auténtico

escualo con tres filas de dientes en el paladar, que en la mesa del despacho tenía cuatro teléfonos conectados directamente con agentes de bolsa de Frankfurt, Londres, París y Nueva York, ese fin de semana del verano de 2016, ante el espejo del armario ropero, vestido aproximadamente de Isabel Pantoja o de Lola Flores. Fue una siesta muy intensa, hasta el punto de que, en medio del fragor del deseo, la chica dijo por fin con voz gutural aquello que desde hacía tiempo él le había pedido:

—Cariño, esta noche dejaré que me ates.

Lo habían leído esa mañana en un anuncio de sexo en el periódico, pero solo con oír esa promesa en boca de su amante, California sintió que un golpe de sangre le ofuscaba el cerebro.

Fuera de la casona hacía un calor sin piedad, con los barrancos deslumbrados por un sol descarnado, que obligaba a las serpientes a abrir la boca y a los alacranes a acumular debajo de las piedras doble carga de veneno para salir a cazar por la noche. Obsesionado con la idea de encontrar unas cuerdas más bien rudimentarias, de esparto a ser posible, California intuyó que podía hallarlas en el trastero del desván o en el cobertizo, junto a los viejos aperos de labranza. En efecto eran de esparto las que aparecieron dentro de un serón de palma y puede que hubieran servido para colgar y orear embutidos en la azotea después de la matanza ritual que se ejercía antiguamente en la casa solariega todos los años por San Martín. Las llevó al dormitorio mientras el corazón le daba un aviso de que la sesión iba a ser muy fuerte, pues los latidos le llegaban a la garganta. Después de dividir las en cuatro partes con el cuchillo de la cocina, este quedó olvidado en la mesilla como un elemento más del amor en caso de que fuera necesario.

El acto supremo de esta función se produjo esa misma noche. La secuencia no admitiría más comentarios que los normales ante un coito por todo lo alto. Mientras la actriz encendía unas velas perfumadas de almizcle e incienso y disponía el lecho como un ara del sacrificio, Pepe California, que media hora antes se había tomado la pastilla reglamentaria para quedar como un héroe, se miraba desafiándose en el espejo del cuarto de baño para darse ánimo. Por primera vez la chica, totalmente desnuda, permitió e incluso alentó a que la atara bien firme boca arriba, cada muñeca en la columna correspondiente a un lado y otro del cabezal, y los tobillos muy separados en las que había al pie de la cama. El cuerpo de la mujer adoptó la forma de aspa o cruz de San Andrés, como en aquellos rituales de tortura en los que cuatro caballos

tiraban de las extremidades de la víctima en direcciones opuestas bajo el sonido del látigo hasta desmembrarla. Pero no fue este el caso. Era la visión soñada desde hacía mucho tiempo, la mujer dominada, oferente y callada, puesto que California le había tapado la boca con un pañuelo de seda para que los gemidos de placer tuvieran una sonoridad solo gutural, sin palabras, ya fueran tiernas u obscenas.

Aquel financiero que tenía cuatro teléfonos en la mesa del despacho y una empresa sumergida en Montecarlo conectada con Arabia Saudita se acercó desnudo a la cama y, ante el cuerpo abierto de la mujer, sintió un primer vahído que atribuyó a la emoción de verla así a la luz de unas velas que proyectaban sombras en las paredes semejantes a danzas de huríes con los siete velos. No hubo por su parte ninguna palabra. La amante amordazada le decía solo con los ojos: haz conmigo lo que quieras, eres todavía un hombre muy guapo, has hecho un pacto con el diablo, quiero hacerte feliz, hazme daño, estoy atada porque he sido mala.

Pepe California se tumbó al lado de Dora Mayo. Mientras la acariciaba experimentó un segundo vahído, unido a un dolor difuso en el brazo al levantarlo para incorporarse levemente, pero eso no era nada frente al placer que le proporcionaba su propio deseo. Después del escarceo sin control, puso todo su cuerpo sobre el de la mujer. Ella comenzó a agitarse, a retorcerse suavemente, porque sabía que ese movimiento voluptuoso le ayudaría a excitarse, y cuando ya la refriega alcanzaba cierto paroxismo, él sintió un fuerte trallazo en mitad del pecho que le obligó a emitir gemidos inconexos. En estos casos, lo lógico es que la mujer los atribuya a la pasión que despierta y por eso suele llenarse de fortaleza y autoestima, pero enseguida esta vez Dora presintió que sucedía algo terrible en aquel cuerpo empapado de sudor frío que tenía encima. En ese momento trató de decirle con los ojos: ¿qué te pasa?, ¿te sientes mal?, mientras intentaba arrancarse con los dientes el pañuelo de seda que le tapaba la boca. El hombre siguió gimiendo con unos estertores semejantes a un orgasmo, y el último esfuerzo que hizo fue alargar el brazo para alcanzar el cuchillo, sin duda con intención de liberar a la mujer de las ataduras. Llegó a cogerlo, pero pronto quedó paralizado en silencio, con los ojos de terror muy abiertos, mientras soltaba todavía un poco de espuma por la comisura de los labios que fue a caer, junto con el cuchillo, cerca del cuello de la amante. Y finalmente, después de un último espasmo, quedó inmóvil. Ella sintió que tenía encima un hombre muerto aplastándola.

Había caído fulminado por un infarto seco sobre el cuerpo de Dora, atada de pies y manos en las cuatro esquinas de la cama con varios nudos de cuerdas muy recias, sin que pudiera liberarse de ellas. Aunque hubiera podido gritar, nadie la habría oído desde el exterior de aquella apartada casona solariega. En el despacho de Pepe California no sabían dónde estaba. Su mujer había dado por bueno el consabido viaje de negocios, lo normal en estos casos, y no lo esperaba. Solo el infierno parecía dispuesto a aceptarlos entre sus llamas, pues no otra cosa eran las imágenes que las velas proyectaban sobre las paredes.

¿Qué pasa cuando tienes un muerto encima y estás atada sin poder moverte ni pedir socorro? Si en ese momento el cerebro de Dora Mayo aún no estaba cegado por el pánico, la mujer pudo pensar cuál iba a ser su destino final: alguien, no se sabe cuándo, entraría en aquella casa y encontraría los cadáveres unidos en un abrazo, tal vez en avanzado estado de descomposición, y el suceso pasaría a las crónicas negras de los periódicos. Una mansión solitaria, unos amantes secretos, un caso de erotismo sadomasoquista, una joven actriz que tenía por delante un brillante futuro en el teatro y en la pantalla, un conocido hombre de negocios, con mujer e hijos, en flagrante adulterio.

En efecto, la historia tenía todos los ingredientes para convertirse en un relato de terror, pero, dada la forma imprevista en que se resolvió el caso, en realidad el hecho encajaba mejor en una novela de misterio. Porque Dora Mayo, viendo al muerto encima de ella, tardó apenas unos segundos en liberarse de las recias ataduras que la sujetaban de pies y manos. ¿Cómo fue posible? Ni ella misma pudo explicarlo hasta días después, pero, tras liberarse de forma milagrosa de los cuatro nudos que le atenazaban muñecas y tobillos, se arrancó el pañuelo de la boca, se vistió llorando, recogió sus cosas, las metió en la maleta, buscó las llaves del coche en los pantalones del muerto, abandonó la casa dejando la puerta abierta y se perdió en la noche.

Los antiguos romanos tardaron mucho tiempo en percatarse de que los dioses lares, que protegían el hogar, eran los esclavos. Hoy la sociología más elemental explica que la libertad de los amos la conceden los criados.

Al principio del verano, en el tablón de avisos del Real Club Náutico de Circea de la Marina, lugar de la costa mediterránea, había aparecido clavado con cuatro chinchetas el anuncio de la próxima regata que se iba a iniciar el miércoles 3 de agosto. Se trataba de una regata no reglamentaria, ni siquiera competitiva, sino de puro placer, y en ella podía participar cualquier socio que tuviera un barco de vela, según distintas categorías de peso y eslora, y cuyo patrón fuera capaz de navegar a su aire durante trece singladuras por Ibiza, Cabrera y Menorca hasta Alguer de Cerdeña, y regresar por el oeste de Mallorca a puerto, en cuya bocana se situaría el jurado junto a la última baliza para proclamar al ganador, que, como siempre, sería seguramente quien más mentiras contara durante la fiesta que se iba a celebrar bajo la luna llena como final de la aventura.

Al acercarse la fecha de salida, en el Náutico se había establecido el natural ajeteo. Hasta el momento se habían inscrito unos diez veleros cuyos patrones eran, en general, jóvenes empresarios y profesionales de éxito que iban de acá para allá por los pantalanes, con sus cuerpos bronceados y ataviados con bermudas, gorras de visera, zapatillas náuticas, gafas de espejo, mochilas, anoraks y chubasqueros, todo de marca. Como estaban de vacaciones, muchos de estos millonarios habían rebajado su ideología al nivel de imágenes de Popeye o de Mickey Mouse estampadas en las camisetas, que también exhibían leyendas de todo cariz, unas budistas, otras macabras, pacifistas o provocativas. En el pecho de cualquier empresario se podía leer: SONRÍE Y SÉ FELIZ o CREO EN LAS ESTRELLAS Y EN EL ARCO IRIS. Cosas así.

En este conjunto de argonautas los había más o menos deportistas amantes del mar, pero otros solo eran ricos, prepotentes o amables, acompañados de chicas espléndidas o de esposas de toda la vida. En general, así son los millonarios vistos de cerca si uno no busca más. Puede que el conjunto de sus

empresas, despachos y establecimientos alcanzara una fortuna muy respetable, ya que entre los distintos participantes estaban Armando Bielza, dueño de una fábrica de cementos; Merlín Fraud, cirujano plástico que había corregido papadas y narices muy famosas; Pepito Cobaleda, abogado con un bufete de renombre, y diversos constructores y comerciantes. Pero, a la hora de la verdad, la dicha de todos ellos se hallaba en manos del mecánico del Club Náutico, en apariencia un pobre diablo cubierto de grasa hasta las cejas, llamado cariñosamente Popete, de quien dependía, como siempre, que los barcos estuvieran listos para zarpar.

Unos días antes de que se iniciara la regata, entre los sillones blancos de la terraza de la cafetería se producía una verdadera procesión de rogativas en boca de estos adinerados, que iban detrás de Popete pidiendo que les reparara una avería de última hora, la bomba de achique, el filtro del gasoil, un manguito, el contacto de arranque o cualquier otro problema que en ese momento se interpusiera entre el sueño y la realidad. Era digno de ver cómo unos millonarios rogaban humildemente a un desarrapado: «Popete, por favor, acuérdate de mí; por favor, no me dejes tirado; por favor, pídemelo que quieras, pero arrégla-me de una vez esa puta culata de motor». Tales plegarias las emitía una gente acostumbrada a mandar y a ser obedecida de inmediato, cosa que no ocurría en este caso.

De hecho, Popete se paseaba entre los socios del Náutico consciente de su poder, y no le faltaba un punto de sadismo. Las once de la mañana era la hora en que decidía sacar la cabeza de las tripas del barco que estuviera reparando, se limpiaba la grasa de las manos con un trapo y hacía un alto en el trabajo a discreción para tomarse en la barra de la cafetería un whisky a pelo, como en el Oeste Lejano, y hasta el taburete donde estaba sentado en plan vaquero, con la pierna displicentemente descabalgada, se acercaban los argonautas suplicantes. Alguno se atrevía a levantarle la voz con alguna queja. Después de todo, Popete tampoco era un genio de la mecánica. A veces daba por terminada la reparación de una avería y el dueño del barco se encontraba con que le habían sobrado varios tornillos y algunas arandelas o incluso había olvidado una llave inglesa dentro del motor que seguía sin arrancar. Y si alguien le recriminaba por semejante chapuza, Popete contestaba con una frase acuñada:

—Che, oiga, todo en este mundo no puede ser de categoría.

Pese a esto, ya se sabe que la felicidad del amo se la proporciona el criado.

Los romanos veneraban con un fuego sagrado en el hogar a los dioses lares en la creencia de que esos seres sobrenaturales mantenían el orden y fundamento de la familia, sin darse cuenta de que los verdaderos dioses lares eran los esclavos. Sin esclavos no hay libertad, no hay imperios, no hay historia, no hay nada. Popete sabía que si él no ponía a punto el motor del velero, su dueño no participaría en la regata sino en el mar de los sueños. Más allá del dinero, se sentía recompensado solo con ver cómo los ricos le adulaban. Ese era un placer que no tenía precio en moneda.

Popete sacaba su carácter indomable cuando le rompían los huevos, como demostró con el lance que tuvo un par de días antes, en medio del ajetreo de la regata, con Liborio Lamarca, un falso italiano, especulador de terrenos, propietario de un velero de lujo desmesurado, el *Dédalo*, de dos palos y treinta metros de eslora. Este patrón, que al parecer se sentía el emperador de Bizancio, acostumbraba a humillar a la marinería siempre que se disponía a zarpar los domingos. Primero se hacía servir a bordo, con toda solemnidad, una paella del restaurante del Náutico para tomársela con sus amigos en alguna cala o simplemente fondeado como un hortera detrás de la escollera. El comodoro, muy solícito, ponía en acción a un despliegue de marineros para ayudarle a salir del atraque; le soltaban amarras, le retiraban la guía, con los bicheros procuraban que no dañara a los barcos que estaban en los costados, dada su impericia como patrón, y mientras las potentes turbinas levantaban el légamo del fondo hasta poner de color limón podrido toda la dársena, excitado por el potente sonido del motor, Liborio ejecutaba siempre la misma ceremonia: primero, enrollaba de forma muy visible en un puro Cohiba un billete de cincuenta euros con una goma, y a continuación, contemplando la maniobra desde la cubierta del velero, comenzaba a fumar con aires de grandeza, muy satisfecho de su gracia. Los marineros sabían de sobra lo que iba a pasar. En el momento de zarpar, Liborio daría tres últimas chupadas ostentosas al Cohiba y finalmente lo lanzaría sobre el pantalán, carcajeándose al ver cómo los marineros se precipitaban a coger la colilla con el billete, algunas veces ya chamuscado. Había establecido una condición: esa propina sería para quien la cazara al vuelo.

A Popete esta escena le sacaba toda la mala leche y así se lo hacía saber a cuantos quisieran oírle en la barbería. Desde muy joven, cuando aún era un simple empleado del taller de motores de barco sin más lecturas que las novelas del Oeste, se había hecho famoso por el escape trucado de la moto,

por los vaqueros muy apretados y por la forma de bailar el *twist* en el Salón Dorado de la Rosaleda, hasta el punto de que a veces se quedaba solo en la pista con su chica en medio de un corro que lo aplaudía, en lo que después se conocería como la fiebre del sábado noche. Y de eso le venía la fama de garduño. Ya era entonces un tipo legal. La greña tenaz que le caía sobre la frente le daba un aire indómito, a lo Dean Martin en *Río Bravo*. Ese instinto rebelde no le había abandonado ahora que se había hecho dueño del negocio de Náutica Ramos S. L. Ese era su apellido.

Esta vez, próxima ya la regata, el señorito macarra Lamarca quiso poner a punto el barco y decidió darse un garbeo por el mar para probar las velas y los nuevos aparejos. Como siempre, subió a bordo con unos amigos, encendió el Cohiba envuelto en un billete de cincuenta euros y, después de darle unas chupadas voluptuosas recreándose en la suerte, lo arrojó hacia los marineros que lo despedían desde el pantalán con risas y reverencias. Pero esta vez fue Popete quien consiguió cazar el habano al vuelo, y después de darle un par de chupadas de imitación decidió actuar como Dean Martin. El barco se hallaba ya liberado de amarras, pero Popete, con toda la intención, dejó caer un cabo al agua junto a la hélice en marcha para que lo absorbiera y se enroscara en ella hasta que quedara bloqueada. El motor paró en seco y el velero quedó sin gobierno en medio de la dársena. Ninguno de los que estaban a bordo, ni Liborio ni sus amigos, podía bajar. Desde el pantalán, Popete le devolvió el Cohiba por el aire y le gritó:

—Tendrá usted que fumarse el puro con el billete entero si quiere que le arregle este asunto. Quiero ver qué clase de humo sale de su puto dinero.

—No me jodas, Popete —gritó Liborio desde cubierta.

—Sí le jodo, sí le jodo —exclamó el esclavo.

—Por favor, Popete —murmuró el comodoro.

—Ni favor ni hostias. A la mierda, mi señor.

Viendo venir la tormenta, los marineros se alejaron y el comodoro quiso intervenir para arreglar las cosas, pero no hubo forma de que Popete pidiera las más mínimas excusas ni se allanara. El barco de Liborio Lamarca, sin gobierno, a merced de la arrancada, chocó contra un yate alemán atracado en la dársena y el impacto hizo saltar el obenque de babor, que dio un latigazo contra el estay de proa. La avería impidió que Liborio Lamarca participara en la regata.

Haberle plantado cara a este señorito fue un hecho escandaloso que poco

después dividiría en dos la opinión de los socios del Club. Unos lo felicitaban por su cuajo, otros trataron de retirarle la contrata y echarlo a patadas. Quedó establecido que el asunto se decidiría por votación de los socios en la siguiente junta general, pero el resultado no estaba claro porque los esclavos, aunque tengan orgullo, son necesarios. Desde el antiguo Egipto hasta Norteamérica ningún imperio se ha hecho sin ellos, pero no se sabía qué decisión iba a tomar la junta general en el Náutico de Circea de la Marina.

Así pues, habían comenzado a celebrarse cenas y fiestas previas a la regata en las que participaban los tripulantes en compañía de sus mujeres, que lucían una adorable carne tostada bajo blancos linos ibicencos, mariposas en las orejas y collares de nueces tropicales sobre los palpitantes senos. Las bañeras de los yates y veleros eran los únicos reinos de la inmortalidad que podían darse en este mundo, y de unas a otras se trasvasaba la felicidad estática. Bajo un cielo muy estrellado de la luna nueva de agosto hubo una cena de gala en la terraza superior del Real Club Náutico. Medio centenar de mesas redondas con manteles color manteca, adornadas con centros de jazmines y biznagas, dispuestas con centelleante cristalería, cubiertos de diseño, platos cuadrados y servilletas rojas en forma de conejito dentro de las copas esperaban a los comensales que, a la luz de los hachones de sebo perfumado, al estilo de la antigua Roma, iban llegando en medio de un parloteo feliz de risas y besos. Algunas mujeres se daban un piquito de lado en cada mejilla para no mancharse de carmín, pero otras se abrazaban efusivamente y se frotaban la espalda entre ellas a cuatro manos. Durante el cóctel de pie, los socios, agarrados a la copa, habían comenzado a juntarse por afinidades de negocios electivas, y las jóvenes camareras de la empresa de *catering*, muy bellas y de piernas muy largas, sorteaban los grupos exhibiendo en las bandejas licores y canapés. Entre los ejemplares más vistosos estaba el exministro Camilo Veragua, simpático como siempre, y también había un empresario condenado por estafa que acababa de salir de la cárcel, así como un exconsejero autonómico imputado por cohecho, un banquero que se había librado por los pelos de sentarse en el banquillo, todos ellos acogidos a la presunción de inocencia. Los tres habían sido invitados a la boda de la hija de Aznar en El Escorial. Lejos de ser eludidos a la hora de los saludos, estos socios eran los más solicitados. Parecía que todo el mundo pugnaba por darle la mano a un

ladrón. De los corros donde había algún corrupto salían las carcajadas más sonoras, que se mezclaban con las melodías lentas de boleros con letras de amor que se esparcían hasta el mar a cargo de una orquestina y un vocalista local. La vista nocturna era espléndida. La oscuridad estaba perforada por las luces de la costa y de los barcos atracados, que formaban una auténtica ciudad náutica. Una brisa ligera hacía sonar los amantillos y las jarcias contra el bosque de palos con un tintineo semejante al de un rebaño de dulces cabritillos.

Todos los argonautas parecían felices pero estaban ansiosos, como si presintieran que aquel encanto de nocturno rosa y suave estuviera a punto de desaparecer para siempre. «El último verano de nuestras vidas», suspiraban algunos. Otros eran más optimistas y decían que lo peor de la crisis económica había pasado, que los negocios redondos estaban esperando a la vuelta de la esquina y había que tener afilados los colmillos para morder de nuevo. A ese presentimiento contribuían las canciones nostálgicas del vocalista. *Io sono il vento; Guarda che luna guarda che mare; Come prima; Volare...* Canciones italianas de otros tiempos que a los tripulantes sesentones les hacían soñar con ser jóvenes todavía. Entre los comensales había conversaciones de toda clase; mientras la mayoría hablaba de negocios, algunos comentaban el agravio que había causado Popete a Liborio Lamarca; otros optaron por dedicarse a algo que no comprometía a nadie y buscaban en el cielo la estrella polar, que iban a necesitar para la regata.

Fue esa noche, durante la cena de gala, cuando comenzaron a expandirse los pormenores siniestros de la muerte de Pepe California. Toda clase de rumores, algunos muy disparatados, venían a adornar el sarao. El encargado de la finca, el señor Benítez, había visto la puerta abierta y desde el zaguán había gritado: «¡Señorito Pepe! ¿Está usted ahí? ¿Hay alguien en casa?», pero enseguida le sorprendió un hedor a podrido que parecía descender desde la habitación principal de la primera planta por la escalera con zócalo de azulejos de Manises, y hacia ese foco le tiraba de la correa el perro perdiguero. El hedor se iba haciendo insoportable según subía, hasta que le obligó a taparse la nariz con el pico de la camisa antes de descubrir al señorito Pepe desnudo y muerto en la cama con los primeros síntomas de descomposición. Estaba vuelto de lado, con los ojos abiertos fijos en un cuchillo que había quedado junto a la almohada, pero no presentaba ninguna señal de violencia, pese a que el encargado reparó en que en cada una de las

cuatro columnas de la cama había una cuerda de esparto atada con nudos intactos.

Después sucedió lo de siempre en estos casos. Llegó la Policía Judicial, llegó el juez a levantar el cadáver, llegó el furgón para llevárselo al depósito del tanatorio, llegaron desde Madrid la mujer y una hija, llegó el reportero Julito León, de la crónica de sucesos de un periódico local, llegaron las habladurías antes de que el forense tuviera tiempo de hacerle la autopsia. También el joven escritor Ismael, que iba a participar en la regata, tomó sus primeras notas de cuanto se decía. Cada uno cumplió con su cometido. La policía inspeccionó la habitación, descubrió huellas dactilares en la cama, en las cuerdas y en el cuchillo y, aun antes de verificar su identidad, solo por la extraña presencia de aquellas ataduras, por la forma en que el lecho estaba revuelto y por las señales del peso de una cabeza en la almohada, dedujo que allí había estado otra persona. Por supuesto, desde el primer momento estaba claro que se trataba de una mujer. Bastaba con aspirar el perfume del pañuelo de seda abandonado en el suelo.

Aquella noche, entre los regatistas sentados ya a las mesas, había quienes creían estar en el secreto del asunto. Por supuesto, algunos habían visto a Pepe California con aquella chica unos días antes en la popa del velero, y también en la terraza del puerto. Incluso algún reportero insinuó que se trataba de una actriz y creía saber su nombre. En este aspecto las habladurías podían ser certeras, pero el enigma consistía en los cuatro nudos que habían quedado intactos. El joven escritor Ismael anotó en su cuaderno: «¿Cómo pudo lograr esa mujer, quienquiera que fuese, con un muerto encima, liberarse de las ataduras?». Ese misterio estaba bajo secreto de sumario.

La pulsera de oro, los nudos de esparto, las esposas de acero son tres iconos de las muñecas que expresan el amor, el milagro y la culpa.

Después de la muerte fatídica de su amante, Dora Mayo se encontró perdida en medio de la oscuridad, huyendo hacia ninguna parte en aquel cochazo que apenas sabía conducir. Durante una hora anduvo dando vueltas por carreteras secundarias hasta encontrar la salida hacia la autopista de Valencia, donde pensaba coger el primer tren que la llevara a Madrid. A lo largo de la noche fue incapaz de apartar de su mente las terroríficas imágenes del muerto. El llanto le provocaba más llanto, y un puño de hierro le comprimía el diafragma. Iba flotando como dentro de una campana neumática en busca de una gasolinera o de cualquier lugar que estuviera abierto para detenerse hasta el amanecer, pero solo había encontrado las luces rojas de varios prostíbulos. Siguió camino, con las manos nerviosas bien agarradas al volante. Ni siquiera se había parado a pensar en la forma milagrosa en que se había liberado de las ataduras. De pronto, al tratar de comprobar si los nudos habían dejado alguna marca en sus muñecas, el corazón le dio un vuelco. No llevaba la pulsera. Detuvo el coche en el arcén y registró su bolso. No la encontró. Tal vez la había olvidado en alguna parte o la había extraviado en la precipitada fuga.

La pulsera era muy valiosa. Se la había regalado su amante hacía apenas un par de semanas en la habitación del hotel Negresco de Niza, donde se habían hospedado durante su último viaje a Mónaco. Recordaba muy bien la escena. Estaban en el balcón que daba al paseo de los Ingleses, frente al bodegón del desayuno que el camarero había traído sobre un carrito cubierto con mantel de hilo. Dora Mayo, intrigada por la enigmática sonrisa de su amante, tuvo que esperar a servirse el té para poder interpretarla. Cuando desplegó su servilleta, una pesada pulsera de oro engastada con perlas cayó sobre su regazo.

—¡Oh! ¿Y esto? —exclamó muy alborozada la actriz.

—La compré ayer en Montecarlo, en Hermès, mientras tú hacías *footing*.

Tómala como si fuera la pulsera de pedida —le dijo Pepe California.

—Es maravillosa. No quiero ni pensar cuánto te habrá costado.

—Verás. Son cinco aros de oro amarillo con perlas australianas insertadas con una horquilla. En la joyería me han dicho que se llama pulsera Kelly en homenaje a la princesa Grace, que la lució en una película de Alfred Hitchcock. Es una edición limitada.

—Gracias, cielo. Serás recompensado.

—Te la mereces. Déjame que te la ponga en la muñeca.

Dora Mayo había encontrado por fin una gasolinera abierta. Aunque contaba con autoservicio, tuvo que pedir ayuda para poner un poco de combustible. ¿Gasolina o gasoil? Ni siquiera sabía abrir el depósito. Al verla con los ojos llenos de lágrimas, el empleado nocturno de guardia, con la manguera en la mano, le preguntó si le había pasado alguna desgracia.

—No se preocupe —contestó ella—. No es nada.

—Ah... Señorita..., perdone que la moleste... Usted ha salido en televisión ¿o me equivoco?

—Por favor. Solo quiero un poco de agua y descansar.

Dora le rogó al vigilante nocturno que la dejara sentarse en cualquier rincón si fuera posible y allí, dormitando entre sobresaltos, pasó unas horas hasta que empezó a amanecer. La pérdida de la pulsera la llevó de nuevo a aquel balcón de hierro vegetal adornado con guirnaldas doradas del hotel Negresco. Desde allí gozaba de una fantástica vista del mar —en cuyo horizonte se distinguía un velero de dos palos— y del paseo de los Ingleses, por donde discurrían, entre palmeras y farolas modernistas, viejos caballeros y ancianas con un caniche en los brazos. Su memoria se llenó de imágenes que la devolvieron al llanto.

Dora Mayo se llamaba en realidad Antoñita Calvo y era una chica de Carabanchel que iba para patronista de corte y confección o para cajera de supermercado. Desde niña, había tenido una gracia natural y un explosivo cuerpo adolescente que obligaba a los vecinos del barrio a volver la cabeza a su paso. Su madre era modista, había trabajado de sastra en una película de Álex de la Iglesia y tenía amigos en el mundo del espectáculo. Un día la llevó a un *casting* y Antoñita obtuvo el primer papel en una serie de televisión. Después se matriculó en una escuela de arte dramático y se pagó sus estudios

trabajando de camarera en Malasaña, repartiendo publicidad en los parabrisas de los coches, de niñera y de azafata de congresos. Cuando ya hacía sus pinitos como actriz secundaria, con todo el futuro por delante, conoció a Pepe California. Fue en una terraza de verano, mientras servía copas con una faldilla muy corta y subida a unos patines.

Ahora aquella Antoñita se había acabado hospedando en el hotel Negresco de Niza, que era como un palacio blanco con cúpulas y mansardas de color salmón rematadas con adornos florales verde lagarto y criados de calzón corto con casaca y un jacinto en la chistera. Había dormido en la misma cama en que lo hizo una noche la princesa Grace Kelly y había tomado un baño con sales en la misma bañera que una diva de Montparnasse, modelo del gran Modigliani —llegada en tiempo de entreguerras desde París—, había llenado de champán rosa antes de cortarse las venas.

—No me importaría suicidarme aquí algún día —le dijo Dora Mayo a su amante.

—Lo haremos los dos juntos.

—¿Dejarás que me fume antes un cigarrillo Muratti con una boquilla de marfil? Así lo hacían antes las novias de los artistas.

Puede que esa pulsera estuviera maldita porque desde el momento en que se la había puesto en la muñeca no habían ocurrido más que desgracias. La propia Grace Kelly había muerto en un accidente de coche en una curva de Mónaco, y dos días después de que ellos abandonaran el hotel, en el mismo paseo de los Ingleses donde Dora hacía *footing* todas las mañanas, un terrorista tunecino había arrollado con un camión de gran tonelaje a la multitud que esa noche contemplaba los fuegos artificiales de la fiesta nacional del 14 de julio y había provocado una gran matanza. El río de sangre de ochenta y cuatro muertos y centenares de heridos se fundía ahora en su recuerdo con los exquisitos manjares de los que había disfrutado en el restaurante Chantecler.

Poco antes de las ocho de la mañana, Dora dejó el coche abierto con las llaves puestas en el aparcamiento de la estación Joaquín Sorolla de Valencia y tomó el primer tren de alta velocidad que salía con destino a Madrid. Durante el viaje su mente atormentada consiguió cierta somnolencia en la que iba y volvía una pesadilla. Soñaba que en su muñeca la pulsera de oro se

convertía en un nudo de esparto del que no se podía liberar. Cuando del todo abatida con las ojeras hasta la barbilla llegó a Madrid, entró en su apartamento en La Latina y se arrojó llorando sobre la cama hasta quedar profundamente dormida. En medio del sueño saltó el contestador automático y sonó la voz del director de teatro con la noticia de que había sido elegida de protagonista para interpretar el papel de Lisístrata, de Aristófanes, en un local alternativo de Lavapiés. Se iba a montar la obra como un grito antimilitarista contra las bombas que estaban cayendo en Alepo.

El director y los compañeros de reparto sabían que Dora Mayo estaba liada con un millonario, de quien esperaban que sufragara el montaje. Las malas lenguas decían que le habían dado el papel principal precisamente por eso. La chica no se había recuperado del trauma, pero aún era ajena al hecho de que el papel que iba a representar no sería solo el de Lisístrata, la heroína feminista de la comedia de Aristófanes, sino el de testigo de cargo, cómplice e incluso autora de un homicidio, tal vez de un asesinato si las cosas se torcían. Arrastraba su pesadilla en silencio por las calles de Madrid en ese verano fatídico y sofocante hasta el teatro alternativo del barrio de Lavapiés, donde comenzó a ensayar la obra, y hacía lo posible por compartir las risas con sus compañeros de trabajo sin que se dieran cuenta de su tragedia. Tomaba con ellos cervezas en las terrazas de la calle Argumosa, sobre todo en la del bar Achuri, en la Fundamental, en Maldito Querer o también en el café Barbieri, donde coincidía con muchos jóvenes airados de aquel 15 de mayo a los que había acompañado en la Puerta del Sol y que con el tiempo habían creado esa nueva formación política que se había dado en llamar Podemos. Desde luego, si era verdad que un actor necesita estar muy cargado por dentro para poder expresar pasiones o sentimientos profundos y violentos, Dora Mayo no se podía quejar del pesado bagaje que le había proporcionado el destino. Llevaba un cadáver a cuestas. Lo lógico habría sido morir mientras su amante se pudría sobre su cuerpo, y ella debería expresar esa imagen tanto en el escenario como en el juzgado.

Si en algún puerto —pensaba Ismael— hubiera algún filósofo que vendiera ámbar y otras piedras preciosas e hiciera filosofía mientras compartía con los discípulos pulpo seco braseado, sin duda ese sería su maestro.

A simple vista quedaba claro que la regata no iba a ser una dura competición, pues antes de zarpar, a la hora de aprovisionar los barcos, entre los participantes no se hablaba de otra cosa que de los placeres del estómago. Lejos de poner a punto los aparejos, algunos de estos argonautas parecían más preocupados en cargar a bordo hasta trece sandías, una por cada singladura, un lastre que incumplía todas las reglas estéticas del mar. La víspera rodaban por los pantalanes carritos de supermercado repletos de viandas para toda la travesía: latas de conserva, quesos, jamones y embutidos, pan negro alemán y de molde, frutos secos, galletas energéticas de miel y avena, refrescos, vino y toda clase de licores duros, entre los cuales el ron era el más apreciado debido al carácter literario que lo une a historias de piratas y bucaneros. También había tripulantes que metían en el barco una paella y varios kilos de arroz, las verduras apropiadas y la carne de conejo, pollo y cerdo, y los bidones de agua necesarios. Algunos marineros del Club preguntaban a estos regatistas si sería posible guisar una paella a bordo en alta mar, a merced del oleaje. «Eso ya se verá. Si no en altamar, la haremos en Alguer de Cerdeña, para dejar bien alto el pabellón de Valencia», era la respuesta. Pero también había quienes, sin duda, más competentes y meticulosos, consultaban las previsiones del tiempo y del estado de la mar para los próximos días, ponían en orden las cartas de navegación y establecían *waypoints* estratégicos en el GPS. En los pantalanes había un trajín muy marinero: se revisaban las velas, los foques, el génova, el *spinnaker*, se hacía firme el tangón, se custodiaba el tormentín, se aclaraban las escotas y las drizas, se adujaba la cabuyería, se comprobaba el amantillo, se trimaba la jarcia firme operando sobre los tensores, se revisaba la maniobra de los rizos, se ponían a punto los veleros en son de mar, de modo que este vocabulario náutico competía con los nombres del jamón de Jabugo, de los melones de Villaconejos, de los chorizos de Cantimpalos, de los

tomates corazón de buey y del arroz bomba.

Uno de los veleros, el *Titán II*, lo pilotaba un padre de familia del Opus, llamado don Saúl, con la tripulación formada por la madre y tres hijos, todos optimistas y repeinados, que asistieron a misa y tomaron la comunión esa mañana antes de partir para conjurar la fortuna del mar. Otros se habían juntado por afinidades electivas y monetarias entre amigos que compartían la pasión por la vela o por los mismos negocios. El velero *Lydia* lo capitaneaba Armando Bielza, el dueño de la fábrica de cementos, y llevaba a bordo al famoso exministro Camilo Veragua, quien entre todos los tripulantes inscritos en la regata era el que más respeto infundía y más parabienes recibía sin saber por qué. Había pasado por varios partidos, y en todos había logrado un puesto importante. Sería por eso. Hasta ahora se había salvado de cualquier imputación, parecía libre de toda sospecha. Empezó en UCD, después se hizo socialista, luego se pasó al Partido Popular como independiente, y en todos los cargos había dado lo mejor de sí, hasta que finalmente había sido nombrado ministro. Se decía que era muy amigo personal del rey Juan Carlos y que de ahí le venía la influencia y el don de decir siempre la última palabra, esa que agrada a todos y a nadie molesta. Ahora estaba a la espera de algún puesto en un banco o en una empresa multinacional. Era uno de esos ejemplares cuyo atractivo consiste en ser simpático, espabilado y pragmático, y sin más ideología que la de quien antiguamente se llamaba un hombre liberal.

El patrón del velero *Suertes de Mar* era el famoso cirujano plástico Merlín Fraud, que tenía un toque frívolo, mundano y guaperas, aunque se mostraba extremadamente serio y profesional con el bisturí. En este barco se había enrolado el joven escritor Ismael Arnau, apenas un novel en el oficio, con quien el doctor había trabado una buena amistad después de extirparle una verruga sospechosa en lo alto de la mejilla, cerca del ojo, un posible epiteloma, o algo peor, que habían mandado a un laboratorio de Madrid para realizar una biopsia. No era la primera vez que un gran destino o una pasión convulsa estaban ligados a una simple verruga. El joven escritor se había propuesto hacer por su cuenta una crónica de la travesía con vistas a un posible relato. Conocía muy bien los lances del mar por haberlo navegado durante muchos años desde niño con su abuelo Joan, un pescador de bajura que tenía una barca inscrita en la cofradía del puerto. Todo lo que Ismael sabía del mar se lo debía a aquel viejo ya muerto: el arte del curricán, los

vientos y las velas, los nombres de peces y toda clase de refranes e historias. El cirujano llevaba de acompañantes a dos chicas: su joven secretaria, enfermera o amante, llamada Sofía, y su amiga Laia, una pelirroja de treinta años envuelta en un extraño misticismo biológico; una de esas sacerdotisas de herbolario.

Ese día, al caer la tarde, se vio llegar en un patinete eléctrico hasta el pie de su barco, en el pantalán número 3, atraque 800, al famoso abogado valenciano Pepito Cobaleda, con su camiseta de Snoopy y una pequeña bolsa de Prada de cuero muy dulce con quince mil euros en billetes de quinientos. Era el propietario del barco *Taormina*, de treinta y cinco metros, ya cargado con toda clase de exquisitos manjares adquiridos en una tienda de *delicatessen*. El barco contiguo en el pantalán, el *Orestes*, pertenecía a un constructor amigo suyo, Paco Olmedilla, para quien el abogado había ganado algunos pleitos gordos en el Supremo. Aquella tarde, al ver que iban a compartir regata, se abrazaron alborozados, se cruzaron algunas bebidas — gin-tonics y todo eso— entre las bañeras respectivas y recordaron ante otros amigos una vez más el divertido lance que sucedió antes de que les cayera encima la crisis económica.

—¿Recuerdas a aquellas dos titis del aeropuerto? —le dijo el constructor Olmedilla.

—Claro que las recuerdo, ¿cómo no las iba a recordar? —le respondió el abogado.

Pepito Cobaleda había ganado en su favor el pleito de una recalificación en la costa de El Saler, gracias a la cual el empresario se había embolsado varios millones de una tacada sin levantarse de la cama, y los dos se dirigían a Madrid para firmar el fallo favorable de la sentencia del Supremo. En el aeropuerto de Manises aparecieron dos chicas de una belleza espectacular. Puede que fueran modelos, o algo así; lo cierto es que estaban acaparando las miradas de todos los pasajeros que se disponían a abordar el avión. Ellas se pusieron a la cola. Llevaban un pequeño maletín de mano. A veces intercambiaban unas palabras en voz baja acompañadas de una leve sonrisa, pero avanzaron en silencio, pasaron el control del equipaje, mostraron los pasajes y esperaron con paciencia a que la tripa del avión absorbiera el remanso de pasajeros que llenaba el *finger* y, llegado el momento, ocuparon sus plazas sin más. Al llegar a Barajas, el abogado Pepito Cobaleda se sorprendió al advertir que desde que habían bajado del avión las chicas les

habían seguido los pasos muy de cerca y habían cruzado las distintas salas del aeropuerto hasta colocarse detrás de ellos en la cola de los taxis. Cuando les llegó el turno, el taxista abrió las puertas para que entraran el abogado y el constructor, pero ellas, con una naturalidad extraordinaria, se colaron riendo dentro del coche y fue entonces cuando, ante el asombro del abogado, el constructor Olmedilla le dijo:

—Amigo Pepito, este es el regalo que te hago por haber ganado el pleito. Una para ti y otra para mí.

—¿Adónde llevo tan maravillosa mercancía? —preguntó el taxista.

—Por favor, al hotel Santo Mauro.

Pasaron dos días sin salir de la suite. Se les olvidó presentarse ante el Supremo. El abogado tuvo que arreglar el caso con una astilla, mordida, coima o soborno al oficial del juzgado, pero contaba Pepito Cobaleda a quien quisiera oírle que nunca se sintió más querido que por aquellas dos profesionales del amor, una detrás de otra, hasta colmar el vaso del deseo. El constructor Olmedilla se había inscrito en la regata más interesado en ver qué partes de las costas de las islas estaban todavía despobladas, a merced de la futura especulación. Iba con su mujer Delia y sus dos hijas muy pijas.

En el mismo pantalán, un par de barcos más allá, estaba el *Gipsy*, el velero de Pepe California. Sobre su cubierta se cernía la sombra de la muerte; de hecho, la viuda y algunos familiares, recién llegados desde Madrid para hacerse cargo de los restos mortales del finado, habían izado en el palo mayor una bandera española a media asta. Puesto que todo cuanto concierne a la aventura de la mar se halla bajo los caprichos de la fortuna, nadie aludía al caso sin bajar la voz y cruzar los dedos para quitarse de encima el mal fario. Habían pasado tres días desde el fatídico suceso y los rumores apenas habían aportado nada al misterio de los nudos sin desatar. Lo que había comenzado como un cuento de terror se había ido transformando en un relato de misterio: el muerto había dejado de ser el protagonista y ahora todos los comentarios se centraban en la identidad de aquella chica, la supuesta amante del financiero. Todos daban por seguro que se trataba de la actriz Dora Mayo, y las maledicencias habían comenzado a cernirse sobre ella. Cuando la mujer y la hija de Pepe California accedieron al velero, el camarote aún estaba impregnado de un perfume femenino —tal vez Nina Ricci— que ellas percibieron en silencio. Era el rastro invisible que la amante había dejado de su presencia en el barco. Pero además encontraron otras pruebas más

evidentes: en la mesa de cartas, bien a la vista, había dos copas, una de ellas manchada de carmín, y a su lado, junto a la botella de ron, brillaba la pulsera de oro y perlas australianas que Dora había olvidado.

Ismael, el aprendiz de escritor, se había tomado como un favor de la fortuna reflejar en una crónica la regata por esas islas que él conocía tan bien, pero la travesía se había complicado con el caso del regatista muerto en extrañas circunstancias. Se proponía llevar un diario de a bordo, como un cuaderno de bitácora. Daría cuenta de todos los placeres que le proporcionara el mar, de cualquier percance, aventura, tempestad o bonanza. Pero ante todo debía cuidarse del sol, que en su caso, como le decía el doctor Fraud, sería un dios maléfico si le daba demasiado en el rostro, donde le había quedado una pequeña herida a causa de la operación de la ya famosa verruga. Después de navegar todo el día bajo un sol tórrido, llegaría a un puerto de cualquier isla, se sentaría en una terraza y pediría una cerveza bien fría. Puede que a esa hora estuvieran dando el telediario, pero él se sentiría ajeno a cualquier tragedia que hubiera sucedido en el mundo porque sabría que ese sería el monstruo marino que habría que vencer, como hacían los navegantes antiguos cuando un pulpo enorme surgía por debajo de la quilla. Incluso trataría de olvidar a los inmigrantes ahogados en esas mismas aguas que iban a navegar. Miraría con desdén la pantalla cuando saliera algún político español, de derechas o de izquierdas. A la mierda con ellos. La espuma de la cerveza le llegaría hasta el ombligo y esa sería, por el camino de la piel, la mejor travesía. Pese a que era un periodista moderno, Ismael consideraba que vivir ese verano sin que el telediario le contaminara constituía la mejor obra de arte, porque el crimen que pudiera aparecer en pantalla era en cierto modo el crimen que él también cometía. En todo caso, tenía un cadáver reciente a mano.

Ismael vivía en el barrio de los pescadores de Circea de la Marina. En una taberna del puerto, un marinero manco, cuyo brazo se había llevado al fondo del abismo un marrajo, le dijo un día mientras repartía cartas con una sola mano en una partida de póker:

—Mira, Ismael, en todas las partidas siempre hay un tonto que pierde. Si a

la media hora de juego no sabes quién de todos es el tonto, es que el tonto eres tú.

—¿Sucede eso también en el mar? —preguntó Ismael.

—En una mala jugada perdí mi brazo —dijo el marinero.

Ismael pensaba que una regata también era en cierto modo una partida de azar, y se había propuesto no ser el tonto ni en ese juego ni en ningún otro de la vida.

Desde su casa, camino del Náutico, Ismael tenía que atravesar el Raset y la explanada del muelle principal, y a la hora de embarcar ese trayecto rutinario estaba dividido como su mente. A un lado se hallaban la lonja del pescado, rodeada de tabernas de marineros junto al paseo de Cervantes, y detrás el mercado de carne, pescado, frutas y verduras con todos sus gritos. En ese espacio se movían tipos astutos que apenas te veían ya te habían contado los pelos dentro de la nariz. Allí estaban el jugador manco que hacía trampas con una sola mano, el mercader trapacero, el mafioso con cadena de oro, el embustero charlatán. Gente mediterránea pegada a la tierra por el ombligo. Al otro lado del paseo de Cervantes se extendía el horizonte del mar, cuya línea discurría de forma muy pura, solo quebrada por los falsos sueños y por un barco que se pierde en la lejanía o tal vez en la mente. Era en ese lado donde Ismael consideraba que se encontraba lo menos contaminado de sí mismo. Lo ideal era unir las dos partes: los gritos de la lonja, las trampas de la taberna, la astucia de los mercaderes, sin renunciar a la belleza mental que se extendía más allá de la bocana. Si en algún puerto —pensaba Ismael— hubiera algún filósofo que vendiera ámbar y otras piedras preciosas e hiciera filosofía mientras compartía con los discípulos pulpo seco braseado, sin duda ese sería su maestro.

Para el aprendiz de escritor el país que dejaba en tierra desde el mar mostraba un inagotable juego de colores. De pie en la cubierta del barco respiraba como el aire más puro la alegría de vivir y la aventura de navegar.

Había llegado por fin el 3 de agosto, festividad de Santa Lidia, fecha elegida para iniciar la regata. Armando Bielza se sentía muy feliz porque ese día celebraba la onomástica su señora, cuyo carácter era como el mar, un día muy apacible y el otro de armas tomar. Era también el nombre de su empresa, Cementos Lydia S. A., y de su velero, el *Lydia*, de dos palos, dieciocho metros de eslora y tres de manga, y las velas de color púrpura. Además de Camilo Veragua, en el *Lydia* iba embarcado el guardaespaldas de este, Luisote, un fortachón que serviría de marinero para todo.

Santa Lidia, natural de Tiatira, ciudad de Asia, fue una joven muy bella, perteneciente a la primera familia bautizada en Europa. Había sido una comerciante especializada en púrpuras, la costosa tela que servía para confeccionar las vestiduras de sacerdotes, reyes y emperadores. En el siglo primero eso significaba ser pudiente de verdad, dado que el tinte se extraía con mucha dificultad de cierto caracol marino muy buscado. Fue también la primera diseñadora. Solo una élite podía permitirse el lujo de lucir sus modelos, como pasaría hoy con modistas como Donna Karan, Kenzo o Yves Saint Laurent. Santa Lidia vivió en Macedonia y se sabe que llegó en su propio barco, cuyas velas eran, por supuesto, de color púrpura, hasta Cerdeña, donde siguió con el negocio de telas sin abandonar la santidad. En esa isla se la veneraba todavía con una fiesta religiosa. Eran motivos suficientes para haber sido elegida patrona de la regata a petición de Armando Bielza, principal animador de la competición y un beato muy acendrado, y también para que el Alguer de Cerdeña fuera uno de los hitos en la travesía. Las velas color púrpura del *Lydia* eran un homenaje a la santa, pero asimismo contaba el hecho de que ese color es el primero que se avista en alta mar en caso de peligro.

El arranque de la regata se había establecido para esa fecha tan señalada, si bien la hora de la partida se había dejado al juicio de cada patrón. No había control de salida. Algunos habían largado amarras con la primera luz del día para tener más ventaja, y al cruzar la dársena aún habían podido ver a las huestes juveniles bailando bajo las descargas de una música muy violenta en las discotecas que rodeaban todos los muelles del puerto de Circea de la Marina. A lo largo de la noche, un sonido espasmódico, como latidos del infierno, se oía a varios kilómetros a la redonda, según iba o venía la brisa. La salida del sol coincidía con el espectáculo del animalario humano. En distintos puntos de la dársena había grupos de adolescentes de todas las razas, naciones y lenguas, macerados por la travesía de la noche, que practicaban la alianza nocturna de civilizaciones, alborotados y alegremente semidesnudos. Algunas parejas se besaban de pie en la escollera sin abandonar la botella de cerveza, ellos con la boca de ceniza, ellas con el rímel empastado en las ojeras; pandillas de chavales se llamaban unas a otras con risas y gritos que apestaban a alcohol, y el olor se mezclaba con el del caucho quemado que provocaban los derrapes de los coches, por cuyas ventanillas salían piernas de carne sonrosada, y el sol, como un ojo de cíclope diferente cada día, asomaba por el horizonte e iluminaba toda esa gloria que se dispersaba hacia los colchones privados. A esa primera hora del día las barcas de pesca de arrastre ya estaban faenando a unas diez millas, y otras pequeñas embarcaciones de recreo navegaban con curricanes, tentando el bonito y la caballa, o balanceaban las poteras en busca del calamar. Los primeros barcos de la regata habían puesto rumbo noventa grados hacia la isla de Ibiza.

El velero *Suertes de Mar*, del doctor Fraud, con Ismael y las chicas a bordo, había zarpado a las nueve de la mañana. Tanto Laia como Sofía trataban de ponerse a punto con el vocabulario náutico y preguntaban por el nombre de los cabos, aparejos y espacios de la embarcación. Ismael, en tono de broma, les dijo:

—La cosa es muy sencilla. Si veis gaviotas a babor, el lado contrario es estribor.

—¿Eso lo aprendiste de tu abuelo? —le preguntó Laia con sorna.

—Así es. Y ahora os voy a enseñar a hacer algunos nudos marineros. El ballestrinque sirve para impresionar a las chicas, porque se puede hacer con

una sola mano y hasta resulta erótico —les decía—. Mirad, así. Es muy fácil. Pero el que debéis dominar es el as de guía. La razón es muy sencilla. Como en los matrimonios mal avenidos, es más importante la facilidad con que se deshace el nudo que el hecho de que este sea fuerte.

La compañía de dos chicas atractivas en la travesía siempre era un placer añadido. Algún día durante la travesía veré sus bragas puestas a secar en los candeleros, pensó Ismael. En el momento de soltar amarras, los cuatro navegantes chocaron las manos como gesto de buen augurio y comenzaron a cantar a coro *Volando voy*, de Kiko Veneno. Apenas abandonado el pantalán, Ismael abrió la libreta de bolsillo de tapas rojas para anotar este deseo y siguió escribiendo:

«Laia es pelirroja, con pecas en los pómulos, en los hombros y en la primera curva de los senos. Parece débil. Tiene una belleza escondida que habrá que ir desvelando. Por lo que ha hablado hasta ahora, no acierto a saber si es mística o naturista. Se mueve con mucha elasticidad. Te mira como pensando siempre en otra cosa. En cambio Sofía es muy guapa a simple vista, pura carnalidad, ríe a carcajadas voluptuosas cuando se le aproxima un placer.»

En el muelle principal del puerto estaba atracado el yate que había pertenecido al rey Juan Carlos, regalo de un grupo de empresarios mallorquines. Habían cambiado el nombre de *Fortuna* por el de *Foners*, «honderos» en catalán, en homenaje a los antiguos honderos que fueron famosos en las Baleares. Según cuentan en los bares del puerto, lo había adquirido el empresario Abel Matutes bajo la cobertura de Baleària. Al parecer estaba en venta, y a veces lo sacaban a pasear para orearlo con algún magnate ruso o chino que quisiera presumir de navegar en el yate de un antiguo rey. Oh, aquel esplendor en la mierda. Ismael lo había visitado por curiosidad una vez. Le pareció muy hortera, pero le excitó imaginar las escenas, algunas muy eróticas, y los tratos de negocios sucios que pudieron suceder en esos salones que todavía olían a plástico. La verdad es que le hubiera gustado follar un día en uno de sus camarotes.

El *Suertes de Mar* dejó atrás también los megayates de los peces gordos, conocidos o no —entre ellos el de Hamilton, el campeón de Fórmula 1, blanco y azul como una lanzadera—, así como el ferri *Ramon Llull* de línea a Ibiza, que en ese momento estaba siendo abordado por los turistas. Antes de ganar la bocana, al pasar junto a la escollera sur, donde aparecían alineadas

las siluetas de los pescadores de caña, Ismael tuvo un recuerdo para su abuelo Joan.

Cuando tenía diez años, su abuelo, que había sido marinero, lo llevaba allí para enseñarle a pescar. Sentado en ese espigón al sol de la mañana le había oído contar sus historias de navegaciones y otras hazañas más o menos imaginarias mientras veían entrar y salir aquellos primeros barcos que iban y volvían de Ibiza. Desde la cubierta, los jóvenes pasajeros saludaban al pescador con los brazos. Eran como guerreros que se dirigían a librar batallas de amor a las islas, de donde unos volvían vencedores y otros derrotados. El abuelo Joan y su nieto Ismael los veían pasar, levantando la vista de la veleta que flotaba en el agua iridiscente de la dársena. Ismael recordó la vieja canción de Otis Redding y la anotó en su cuaderno rojo: «Sentado en el muelle de la bahía, al sol de la mañana, desperdiciando el tiempo, veo entrar y salir los barcos. Ahora simplemente estoy aquí, y la soledad nunca me dejará solo. Parece que todo va a cambiar, pero todo seguirá igual».

Aquellos guerreros victoriosos o derrotados que saludaban con los brazos solo eran siluetas en la memoria de Ismael. Al abandonar la bocana del puerto de Circea de la Marina para iniciar la regata, recordó una de las historias de su abuelo Joan:

—Yo me tuve que enrolar en un mercante cuando la pesca no daba ni para comer. No lo vas a creer, Ismael, pero en casa comíamos a menudo sopa de agallas de atún. ¡De agallas! Lo que no querían ni los peces, ni los perros, ni las fábricas de salazón era nuestra dieta en los días duros cuando yo era joven. No podíamos permitirnos los intestinos secos del atún. Ni las vísceras. Solo la sopa de agallas. Durante una travesía en un carguero por la costa de Guinea yo me mareaba menos que el capitán, y subí muchos puntos en su aprecio cuando descubrí que después de los temporales nocturnos, al amanecer del día siguiente, siempre había en cubierta media docena de peces voladores o más, vivos todavía en su mayoría, temblando incrustados entre los rincones de la regala o atrapados en los imbornales. Descamados, limpios y fritos con buen aceite en la mínima cocina de a bordo eran una delicia. Los peces voladores en la noche llegaron a ser como un maná para nosotros. Mirad los lirios del campo, Dios cuida de ellos, dice el Evangelio. Atentos a los peces que vuelan, digo yo.

Ismael recordaba aquel día en que le pidió a su abuelo que le enseñara a hacer nudos.

—¿Nudos? Querido Ismaelillo, empatillar un anzuelo es algo que debes aprender a hacer de noche, en medio de un temporal en alta mar o en una noria de feria. Yo te enseñaré. También aprenderás conmigo a navegar a vela. Primera lección de la escuela del mar. Las dificultades de la vida, como las de un viento contrario, jamás pueden ser salvadas enfrentándolas directamente, ni tampoco rindiéndose ante ellas, pero sí se pueden afrontar dándoles un cierto ángulo, es decir, navegando de bolina. ¿Te das cuenta? ¡Se trata de ir relativamente contra el viento gracias al viento! Esa es la esencia de navegar a vela. Aprovechar las leyes de la necesidad para conquistar la pequeña parcela de libertad que nos sea dada. La mar no quiere hombres. El mar no admite la chulería de quien se opone a él con prepotencia y suele acabar en el fondo del abismo antes de que su cadáver sea escupido en alguna playa remota. A los cobardes y a los tímidos de la tierra, en cambio, la mar los puede revestir de una dignidad que no tenían o no creían tener, siempre y cuando sepan leerla con cautela y sobre todo con atención, si navegan con ella y no contra ella, si aprenden a navegar contra el viento gracias al viento. Si saben, en definitiva, ganar barlovento al destino. Por eso, niño, se ha dicho con toda la razón que el mar es la mejor escuela moral que existe, porque es una escuela de humildad y de modestia. Y una escuela siempre en acción, como las olas. Todo lo que debes saber sobre las clases de cebos, según los gustos gastronómicos de cada pez, así como el manejo del sedal y el carrete, lo aprenderás con la práctica, pero ante todo debes tener en cuenta que *pescar* es un verbo transitivo: consiste en tirar de la caña cuando sientes la picada, y no en esperar pasivamente a que el pez se trague él solo el anzuelo. La moral del pescador de caña no ha cambiado desde los tiempos de Séneca. Pescar es no pensar en nada mientras todo el universo se concentra en la veleta que flota como la vida, un fin sin finalidad.

Con estos recuerdos de su abuelo Joan en la mente, Ismael se había propuesto realizar una travesía feliz. En el equipo de música sonó la canción de *Zorba el Griego* y el ánimo de los cuatro tripulantes del *Suertes de Mar* se sentía exaltado de armonía. Sin embargo, a menos de una milla de la bocana les sorprendió la presencia del velero *Gipsy*, propiedad de Pepe California, en cuya cubierta se veía a un grupo de personas vestidas de luto. La mujer del difunto, con el rostro sombreado por un velo, llevaba en las manos una urna

que apoyaba en el pecho; los hombres, muy circunspectos, con chaqueta y corbata, permanecían de pie agarrados a los obenques y a las jarcias, balanceados por una mar blanca sin apenas oleaje. Como es bien sabido, el naufragio de Pepe California se había producido en tierra y, siguiendo la moda de convertir el Mediterráneo en un cementerio, sus familiares y amigos llegados de Madrid iban a dar de comer a los peces con las cenizas de su ser querido, que habían sido dispuestas en el tanatorio de Circea de la Marina después de que el forense hubiera diagnosticado la muerte por infarto severo y hubiera dado el correspondiente permiso para ser incinerado. Pese a ello, la Policía Judicial seguía con la investigación.

El *Suertes de Mar* se acercó para unirse a la ceremonia funeraria, como también lo habían hecho otros barcos de la regata en homenaje al único de sus participantes que ya había llegado a la última boya. La hija de Pepe California sostenía un ramo de flores. Alguien estaba leyendo un poema de despedida, o tal vez fuera un salmo del rey David que nadie esperaba oír en el funeral de este pez gordo. «Mírame y apiádate de mí, Señor, porque estoy solo y desvalido. Alivia las angustias de mi corazón y perdona todos mis delitos.» Llegado el momento, la esposa esparció las cenizas por sotavento y sobre ellas la hija arrojó las flores al agua. Luego, discretamente, sacó del bolsillo la pulsera de oro y perlas engastadas que había encontrado en el barco y sin que nadie se diera cuenta la tiró de forma displicente al mar, al tiempo que se oía recitar la oración: «Entre los muertos, en el fondo del mar, está mi lecho. Y con todas tus olas me abrumas. Inclina tu oído a mi clamor». La pulsera de oro se hundió en el abismo con sus treinta mil euros de precio o de valor, y el ramo de flores comenzó a navegar en la superficie a merced de una mínima deriva. Los barcos de alrededor hicieron sonar las bocinas. El salmo de David lo había traído hasta Ismael la brisa cargada de sal, desnudo, sin un grito de dolor, tal vez solo con las consabidas lágrimas bajo las gafas oscuras y algún pañuelo de encaje en la boca. Todos los que participaban en el duelo, sin duda, tenían presente a aquella mujer a la que nadie se atrevía a llamar por su nombre y cuya pulsera de oro ya había llegado a su destino.

Mientras el *Suertes de Mar* se alejaba de aquel funeral marino, Ismael pensó que había tantas almas en el mar como pavesas humanas había esparcido el amor sobre las aguas. Tenía algunos amigos sumergidos además de su querido abuelo Joan, cuya sabiduría y experiencia se habían diluido para formar parte del mar, y ahora él navegaba sobre sus almas, que ya eran

olas azules. Su destino en el más allá lo marcaban las mareas. Unas veces, las almas de esos amigos —Norberto, Luisa, Nicole, Antonio, Baltasar— y del abuelo Joan estaban en calma; otras eran almas rizadas o arboladas, convertidas en fuertes marejadas, en amaneceres rosados o en sangrientas puestas de sol, según el tiempo que hiciera. Ese día Ismael los recordó mientras la quilla iba partiendo su memoria. El mar no quiere hacerse cargo de los náufragos que han muerto luchando contra la tempestad, ya se trate de héroes, esclavos, príncipes, mercaderes o navegantes desesperados que huyen del hambre de otras latitudes. Solo admite con gusto a cuantos naufragan en tierra y desean que sus almas se vuelvan azules. Cada día Ismael asistía a las noticias de miles de ahogados que llegaban flotando a esas costas y que el oleaje arrojaba sobre su conciencia. Esos cadáveres congelados, alineados en las playas con los ojos aún abiertos hacia nuestro paraíso, el mar no los quería porque se debían a la crueldad y la injusticia.

Pese a todo, la salida de la regata no fue melancólica. Esa mañana, las almas de los amigos estaban en calma. Ismael vertió un poco de ron por la borda para que su abuelo Joan echara también un trago. La brisa del sur era constante; convenía no perder barlovento. A las diez de la mañana, mientras los del funeral volvían a puerto, el *Suertes de Mar* siguió proa a Ibiza con las velas vibrando en el corazón de los tripulantes con un viento que se había reforzado. Si el mar da una señal, la obligación del buen marinero es fijarse en ella, pues siempre tiene un punto enigmático. La estela residual de una motora, un encuentro de corrientes que discuten entre ellas, el vuelo de las pardelas sobre un banco de bonitos o de caballas huidizas, la marca de los dedos de un viento incipiente, la huella de unos peces voladores. O la bendita aparición de los delfines.

Eran las 11.34 de la mañana, según anotó después Ismael en el cuaderno rojo, cuando el patrón Merlín gritó:

—¡Delfines!

—¿Dónde? —gritaron a la vez la pelirroja Laia y la amante Sofía.

—Allá, a estribor —señaló Merlín.

—¿Delfines? ¿Delfines? —dudó por un momento Ismael—. ¡Por todos los clavos de Cristo! ¡No son delfines, son ballenas!

Dos surtidores primero, y luego otro más rezagado, proclamaban la presencia de rorcuales por la amura de estribor, a rumbo de colisión con el *Suertes de Mar*, que no modificó un ápice la singladura marcada por el piloto

automático, hipnotizados los cuatro tripulantes por el espectáculo de esos lomos con los que soñaban los balleneros de antes y que solo mostraban, sin embargo, una parte mínima del animal inmenso, más de veinte metros de eslora viva y coleando, y exhalando espuma de mar, como en los cuentos de nuestra adolescencia. El asombro es una emoción superior al miedo, tal vez. Su penúltima aparición por la amura de estribor fue una visión aterradora que primero les atipló la voz del susto y luego los hizo enmudecer. Tampoco las ballenas habían modificado ni un grado su rumbo. Los cuatro tripulantes viraron la mirada ciento ochenta grados, esperando verlas aparecer por la aleta de babor. Tardaron segundos largos como milenios en lanzar su estornudo mítico justo donde esperaban verlas, alejándose suavemente y para siempre, como la plácida manera de morir que tienen los recuerdos, según dijo el poeta. «Llamadme Ismael», proclama el inicio de *Moby Dick*.

—¡Llamadme Ismael! —repitió ahora Ismael Arnau, nacido treinta y cinco años atrás en Circea de la Marina, escritor en ciernes que, enfebrecido, anotó el milagro de la primera singladura de la regata.

Los rorcuales comunes eran los animales más grandes que jamás hubieran existido sobre el planeta Tierra, con la única excepción de la ballena azul, que era su prima hermana. Sabios científicos no descartaban que hibridasen y que la descendencia fuera fértil, lo que pondría de manifiesto que eran variedades de la misma especie. De una especie más grande aún que los más gigantescos dinosaurios del Cretácico que ya formaban parte de nuestra cultura y de nuestra imaginación. Tres ballenas casi azules cuyo corazón podía alcanzar el tamaño de un coche y en cuya arteria aorta podría nadar Mireia Belmonte con sus medallas de oro colgadas al cuello habían pasado bajo la quilla del velero *Suertes de Mar*. No todo era horrible en verano.

—¡Llamadme Ismael!

La pelirroja Laia, debido a la emoción, sin poder controlarse, le dio un beso al aprendiz de escritor mientras gritaba:

—¡Solo el mar es Dios!

Entonces Zeus le dio a Hermes un sombrero de oro para protegerse de la lluvia y unas sandalias con alas también de oro con alas para que pudiera volar más veloz que el viento. Con Pepito Cobaleda no fue tan generoso. Este navegante tuvo que salir del temporal por sus propios medios.

Hacia el mediodía, se acercó el mecánico Popete al pantalán donde estaba atracado el velero *Taormina* a punto de zarpar y le entregó a Pepito Cobaleda la pequeña bolsa de Prada, de cuero muy dulce, que había olvidado en el mostrador de la secretaría del Club. Era la segunda vez que sucedía esa mañana. La bolsa, que contenía quince mil euros en billetes de los grandes — los de color lila—, la había olvidado también en el retrete del cuarto de baño un par de horas antes. Pepito Cobaleda le agradeció el detalle y trató de recompensarle, pero Popete hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Guárdesela —exclamó con cierta sorna—, pero si vuelve a perder la bolsa, me quedaré con toda la pasta. Esa no es forma de despreciar el dinero. Tiene suerte. Agradezca que la haya encontrado un pobre. Si la hubiera pillado alguno de estos millonarios que andan por aquí, adiós muy buenas, señor Cobaleda.

—Gracias, oye. He sabido que le has plantado cara a ese macarra de Liborio Lamarca —le dijo Pepito Cobaleda—. Tienes un par de cojones, y que sepas que en la junta votaré para que, en vez de echarte a la calle, te concedan una medalla.

Algo no iba bien. Olvidar la bolsa con la documentación y una importante cantidad de dinero en crudo un par de veces en apenas unas horas indicaba que una extraña nube cargada de negros presagios estaba cruzando el cerebro del navegante. A punto de zarpar, mientras se tomaba un whisky de malta en la bañera de popa con Chinín Bürmann, director de arte, compañero de travesía, Pepito Cobaleda sintió una ligera agonía. No le dio importancia, pero el malestar al principio difuso fue tomando intensidad, de forma que el hombre dejó de participar en la animada conversación. Trató de disimular, como si no pasara nada, y siguió bebiendo en silencio e incluso pidió al restaurante del Club que les sirvieran a bordo una merluza con almejas. Fue mientras daba cuenta de ella cuando comenzó a tiritar y a sudar, y llegó a

pensar que podía desmayarse.

A esa hora, todos los veleros de la regata se habían hecho ya a la mar. El *Taormina* se había rezagado a la espera de que se incorporara a su tripulación José Manuel Cervino, un actor de cine, un tipo muy culto en sabidurías antiguas —de esos a quienes hay que perseguir con un mármol y un escoplo para grabar sus frases redondas—, quien apenas llegado, viendo la cara de color limón que exhibía el patrón, presintió que la aventura se iba a torcer antes de empezar.

—Si te mareas ante una merluza con almejas —dijo con voz profunda—, ¿qué puede pasarte en alta mar frente a un tiburón?

—No seas cabrón —murmuró Pepito Cobaleda.

Pero apenas acabó de pronunciar estas palabras Pepito Cobaleda comenzó a vomitar en la bañera y por la borda la merluza con almejas, y después de que el caso se complicara con un dolor difuso en el pecho, seguido de una taquicardia, el comodoro del Náutico llamó a un médico del servicio del Club, quien se limitó a tomarle el pulso y bajarle el párpado inferior izquierdo al enfermo, no se sabe por qué. Y algo raro vería en el fondo del ojo, ya que pidió que llamaran enseguida a una ambulancia de la Cruz Roja que tardó media hora en llegar, tiempo durante el cual la tripulación del *Taormina* llegó a pensar que su patrón podía estirar la pata así por las buenas, en presencia de todos. A partir de ese momento, sin saber qué demonios le pasaba por dentro, Pepito Cobaleda inició una regata particular por tierra, si bien el trofeo que ansiaba ganar era el de seguir vivo, prácticamente como el resto de los mortales.

Ni el peor de los temporales en alta mar sería tan duro como el que le esperaba a este navegante en el hospital La Fe de Valencia, pero Pepito Cobaleda, aun en medio de la tormenta, no perdió el sentido del humor proclive al disparate. Como si estuviera convencido de que iba a morir sin hacer un alarde de altura, expresó ante sus amigos Bürmann y Cervino cuál sería su última voluntad. Antes de que unos jóvenes voluntarios de la Cruz Roja lo tumbaran en la camilla para introducirlo en la ambulancia, abrió la bolsa de Prada y sacó un puñado de billetes, los contó a su manera y a continuación les ordenó taxativamente:

—Ahí van nueve mil euros, más o menos. Haced con ellos tres partes. Una se la entregáis al párroco de la iglesia que está al lado del Mercado Central de Valencia, para que me diga una misa solemne de funeral a la antigua usanza,

en latín y todo eso. Otros tres mil se los dais a Juanito Varona, el propietario del bar Alcayata que está enfrente de la iglesia, para que disponga una barra libre para cuantos no deseen asistir a la misa por mi alma pero quieran emborracharse por mi memoria durante el funeral. Y la tercera parte que sirva para contratar una esquila en el diario local de más tirada con la condición de que se publique en medio de la página de anuncios eróticos. Haced lo que os digo. Seguidme hasta el hospital. A ver qué coño pasa.

Así dispuso Pepito Cobaleda su última voluntad, cuyo cumplimiento hizo jurar a sus amigos Chinín y José Manuel antes de que lo metieran en la ambulancia. Los amigos prometieron que así lo harían y lo repitieron un par de veces con toda formalidad y la mano alzada, para que quedara constancia, y por su parte añadieron algunas prestaciones más: aparte del funeral de lujo, celebrado como antiguamente con tres curas revestidos con casullas negras bordadas en plata que oficiarán de espaldas a la grey, se añadiría una escolanía al completo entonando el *Dies irae* y un órgano tocando fragmentos del *Réquiem* de Mozart, todo eso por si no salía vivo del hospital. En cuanto a la parte laica, se haría saber al dueño del bar Alcayata que a los licores duros debería añadir gambas, empanadas de lamprea e, incluso, tacos de jamón a mansalva, todo por su eterno descanso.

—¿Entendido?

—Entendido.

Tendrían que emborracharse para que él se largara contento de este mundo. Sería la mejor forma de despedir sus restos mortales. Sin embargo, antes de llegar al hospital la regata por tierra que había emprendido Pepito Cobaleda comenzó a complicarse. Al entrar en Valencia, en medio de un formidable atasco y bajo el asfixiante calor de agosto, la ambulancia sufrió una avería. Sencillamente, una luz roja se encendió en el salpicadero y el motor dejó de funcionar. El conductor insistió con la llave de arranque y nada. Al final ahogó el carburador, y encima daba señales de quedarse sin batería. No tenía ni idea de qué tripa se le había roto, pero a continuación los peatones vieron una imagen insólita: una ambulancia con el capó levantado, el conductor toqueteando aquí y allá varios cables, la puerta trasera del furgón abierta por falta de refrigeración que dejaba ver a un enfermo en una camilla con un gotero enganchado en el antebrazo y dos cánulas de oxígeno que salían de la nariz. El conductor seguía manipulando las tripas del motor y, mientras se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano sucia de grasa, decía

para sí: «Deben de ser las válvulas». En ese preciso momento los enfermeros de la Cruz Roja le tomaban la tensión a Pepito Cobaleda, vigilaban la bomba de oxígeno y repetían lo mismo: «Puede que sean las válvulas del corazón las que estén fallando». Algunos curiosos contemplaban a la vez ambos remiendos y su interés se dividía casi en partes iguales, sin saber cuál de los dos estaba más estropeado. A unos les atraían mucho los trabajos en la maquinaria, a otros les seducía más el auxilio de urgencia que se le estaba practicando a aquel enfermo de carne y hueso.

Probablemente sería un infarto de miocardio o una peritonitis aguda, o quizá un problema del carburador o cosa de bujías. La ambulancia de sustitución no acababa de llegar y la calle se estaba llenando de un clamor de bocinas. Después de apretar unas tuercas aquí y allá, el conductor trataba de poner en marcha el vehículo. Le daba al arranque y el motor parecía mudo, pero en ese instante Pepito Cobaleda soltaba un gemido ronco y prolongado, seguido de una imprecación. También sucedía al revés. Cuando el enfermero conectaba una cánula en la nariz del paciente, de pronto el tubo de escape parecía que comenzaba a toser. Era evidente que si Pepito Cobaleda se encontraba cerca de la agonía, lo mismo le pasaba a la ambulancia. El atasco de coches continuaba creciendo y, en vista de que el caso no tenía fácil solución, alguien llamó a la grúa. Cuando esta llegó, se planteó el dilema: dado que al parecer el hombre enfermo y el motor roto formaban un ente indivisible, ¿adónde había que llevar a aquel par de trastos, al taller o al hospital? Entre los automovilistas atascados había opiniones de todas clases, que emitían a través de las ventanillas. Unos estaban de parte del agonizante, a otros les parecía más urgente reparar el motor. Algunos chavales insensibles a los quebrantos de la vida cruzaban apuestas respecto al origen y remedio de las dos averías. ¿Al taller o al hospital? Uno de ellos en plan gamberro simuló echarlo a suertes, a cara o cruz, lanzando un euro al aire. Salió cruz. Al final, entre los dos pacientes, Pepito Cobaleda cargó con ella.

Una vez en el hospital, el abogado fue conducido de inmediato a la sala de observación. El equipo médico no tardó en diagnosticar que le estaba fallando una válvula del corazón, y que lo más resolutivo sería llevarlo cuanto antes al quirófano después de realizarle varias pruebas. Quedó hospitalizado. Mientras Pepito Cobaleda permanecía tumbado en la cama de la habitación 315 en compañía de sus amigos Bürmann y Cervino, atendido por una enfermera muy solícita llamada Rosalía, sus oídos se iban

acostumbrando a oír, de boca de médicos y cirujanos, esos términos que se suelen pronunciar durante la travesía hacia la oscura región del Hades, adonde la maga Circe mandó a Ulises: revascularización coronaria, flujo sanguíneo, cirugía de *bypass* sin circulación extracorpórea realizada mientras el corazón y los pulmones siguen en funcionamiento, sistema de estabilización de tejidos para inmovilizar el área del corazón donde había que intervenir. Palabrería médica. Pero el cirujano que lo iba a operar hizo acto de presencia al pie de la cama un par de días después y de manera sucinta le explicó qué clase de maniobras iba a realizar con su corazón en medio del temporal. Se trataba de cambiarle una válvula por otra de un material sintético, prácticamente indestructible, una operación que se realizaría a corazón parado mediante circulación extracorpórea; una máquina asumiría la función del corazón y de los pulmones durante la operación. Tendría que abrirle el pecho por el esternón, lo que le dejaría una cicatriz de suficiente extensión como para que el día de mañana pudiera mostrarla con orgullo a sus amigos en el bar.

El cirujano no se daba cuenta de que Pepito Cobaleda se estaba desmayando solo con oír lo que iban a hacer con su cuerpo. Le quitó hierro al asunto. Le dijo que las válvulas ya no eran de cerdo, ni de esas metálicas que sonaban.

—Yo tuve una paciente prostituta que tenía una de estas válvulas —le contó—. Cuando hacía el amor con un cliente, tenía que poner la música muy alta para que la válvula no se oyera.

Antes de entrar en el quirófano, Pepito Cobaleda recibió de nuevo la visita de sus amigos, el director de arte y el actor de culto, quienes después de deseárselo suerte le hicieron saber que, acatando el juramento, habían cumplido el triple encargo.

—El cura ha cogido el dinero de buen grado —le dijo el actor—, aunque ha manifestado que en el mejor de los casos, es decir, si te mueres, la misa solemne con tres curas no podrá celebrarse, salvo aviso contrario, hasta el sábado 13 de agosto. Ha anotado la fecha en un libro de protocolo. Por lo demás, Juanito Varona nos ha prometido que la barra libre será muy generosa. Hará acopio del whisky Jack Daniel's que tanto te gustaba. Lo mismo el cura que el tabernero se han referido a ti en pasado, pero eso debes aceptarlo como un defecto de forma.

—¿Y la esquila?

—He depositado el dinero en la contaduría del periódico. La he redactado a mi manera —le dijo el director de arte—. Seguro que te va a gustar, tanto si la lees en el cielo como si lo haces en el infierno.

Llegado el momento de la operación, ya en el quirófano, la sedación previa a la anestesia sumió a Pepito Cobaleda en una turbiedad de la mente en cuya niebla vislumbró su barco *Taormina* navegando en los tiempos felices de los años ochenta con los amigos, en la primera travesía a Ibiza. En su somnolencia, las imágenes iban y venían de aquella medianoche de verano, cuando zarparon dejando atrás la melodía de un vocalista dulzón que cantaba en una verbena del puerto *Soy como el mar, / como el azul del cielo, como el sol. / Soy algo más / que las estrellas al anochecer. / Olé y olé, / los ojos de la española que yo amé*. Aquella voz melodiosa de los ojos de la española los acompañó durante muchas millas en la oscuridad del mar, y ahora entraba en la niebla del cerebro de Pepito Cobaleda con toda la letra.

Al abandonar la bocana con calma chicha marcó un rumbo de noventa grados. Comenzó a trabajar el piloto automático, y a palo seco se inició la navegada en medio de una noche llena de estrellas. Aparecieron enseguida las cuatro ráfagas del cabo de San Antonio, y poco después también el faro de la Nao los acompañó a contrapunto, y ya no se perdieron de vista a popa en veinticuatro millas. Había que esperar a que amaneciera para divisar el perfil de Ibiza, con el peñón Es Vedrà jineteando el horizonte; pero antes hubo tiempo de echar un sueño, y la tripulación bajó a los camarotes después de formular maravillosos proyectos tomando unas copas en cubierta con las velas plegadas.

La anestesia confundió a Pepito Cobaleda en el recuerdo de aquella noche de soledad bajo las estrellas mientras los amigos dormían. Con la cabeza apoyada en un candelero, se puso a pensar en los signos algebraicos de las constelaciones, en el Can, en el Triángulo de Verano, en la profundidad pitagórica y en la armonía nocturna de este espacio balear.

Ahora, perdido y sin gobierno, batido por el oleaje, presentía las tenazas del cirujano que le iban a partir el esternón, sobre el cual en otro tiempo había colgado de una cadena de oro la diosa Tanit, comprada a unos hippies en aquel primer viaje a Ibiza. Sus costillas se abrirían bajo los graznidos de una nube de gaviotas, aunque tal vez no fueran gaviotas sino sus amigos agolpados en la barra del bar Alcayata, que soltaban carcajadas al final de sus exequias. Su corazón se detuvo durante noventa minutos en una cirugía que

duró seis horas.

Fueron esas aguas entonces una pauta mental, la nueva frontera que había que conquistar desnudo, y aquellos viejos payeses que parecían modelados con barro cartaginés vieron bajo las higueras maternas de Ibiza a los pioneros de la libertad encendiendo de noche la luna para celebrar sus ritos. Y no se asombraron de nada, pues era la naturalidad la esencia de esa isla. No volver el rostro nunca.

Aunque la regata, después de varias horas de travesía, no había hecho más que empezar, fue Laia, la mística naturista, la primera en formular la pregunta prohibida:

—¿Dónde estamos?, ¿cuánto falta para llegar a Ibiza?

—Nada, no falta nada —le dijo Ismael—. Ya hemos llegado. Nuestro objetivo es ir a Ibiza a vela, y eso es precisamente lo que estamos haciendo. Por lo tanto, ya hemos llegado a hacer lo que queríamos hacer. Si deseas llegar rápidamente a Ibiza, hay vuelos muy baratos en internet. Nuestro objetivo es el viaje, y en eso estamos.

Ismael fue didáctico y demoledor en su respuesta, pero a Laia no le molestaron estas palabras; al contrario, le agradeció la lección porque ella, según puso de manifiesto con una sonrisa, se había embarcado para aprender. El patrón, Merlín Fraud, trató de compensar el punto de vista filosófico con cierta dosis de pragmatismo.

—Niña, si todo va bien, en unas siete horas estaremos en la isla y, si los dioses y los delfines nos son propicios, hacia las seis de la tarde nos podremos dar un delicioso baño en pelotas en una cala de Formentera.

La euforia de los cuatro tripulantes no daba lugar a dudas y parecía sumarse al viento favorable que empujaba las velas en un mar en calma. Navegaban a la altura del canal y el sol, ese dios al que Ismael tanto temía, había dejado de ser cruel. El *Suertes de Mar*, con todo el trapo, sin ayuda del motor, marcaba siete nudos en la corredera. Sonaba música a bordo, tarantelas napolitanas, canciones de Melina Mercouri, había cerveza y frutos secos, había café. El piloto automático permitía cierta somnolencia en los cuatro tripulantes, que, deslumbrados bajo las viseras, se abandonaban con la mente en blanco o recordaban momentos felices mientras se recreaban en el suave rumor de las olas absorbidas por la proa y en la tensión que el viento provocaba en las velas. A la caída de la tarde creyeron avistar a estribor, muy

esfumados, los arenales ocres de Formentera, y poco después se definieron las siluetas de los islotes ofuscadas en negro por el rebote de la luz solar y los pedernales de la costa cortados al pie de los pinos, cuyas copas hacían juego con las grutas. A babor fueron apareciendo, perfilados en la bruma, el cabo Llenrisca, la punta Yondal y el cabo Falcó, que convergían a proa con los *freus* de la isla de los Ahorcados. Las aguas transparentes tomaban un color turquesa si los fondos eran de arena, o adquirían la intensidad del zafiro si se reflejaban en un fondo de algas.

Era el espacio iniciático de la felicidad, tierra de neófitos. Sobre esta latitud, que fue paso de fenicios, griegos, cartagineses y romanos y también refugio de piratas y corsarios de toda índole, cayeron en los años sesenta del siglo pasado los hijos de las flores para ensayar una vida libre sin que ningún áspid les mordiera la nuca. Vivir sin culpa, esa era su apuesta. A esta primera leva de seres inocentes siguieron los escritores y los artistas, que pasaron del realismo socialista a ponerse pantalones de panadero y colgarse una pluma de pato de la oreja. Ismael conocía toda la literatura que había generado la isla: aquel dormido silencio de chicharras, payeses de negro y una ermita blanca junto a una tienda de comestibles, las calas deshabitadas, algún llaúd de vela latina que cruzaba las aguas calmas, la pesca de raones al volantín cuando los hippies aún se estaban despiojando en la discoteca Paradiso de Ámsterdam. Pero enseguida vinieron ellos a hacerse cargo de este edén, y después llegaron sus sucedáneos, que eran argentinos con tenderetes de collares; a estos los siguieron los oficinistas disfrazados de locas y las putas más hermosas de todas las salas de masaje de Europa junto con los tiburones financieros, y finalmente llegaron las mesnadas de italianos con chancletas y de *hooligans* ingleses ebrios, cuya base de operaciones es hoy un San Antonio cutre, repoblado de piernas de pelo rizado y macutos. Ismael leyó en voz alta lo que había escrito en su cuaderno:

—«¿Dónde estarán ahora aquellas criaturas de oro vestidas de moaré, las que se amaron envueltas en humo de cannabis bajo higueras maternas, aquellas chicas transparentes de ojos de fresa que se bañaban desnudas bajo la luna y se alimentaban de higos y miel?»

—Ahora tienen alrededor de setenta años, y a algunas de ellas les he operado la papada y las ojeras y les he puesto bótox en las mejillas y silicona en los labios —respondió el patrón Merlín—. ¿No es así, querida Laia? He ayudado a muchas de aquellas criaturas a soportarse, a no suicidarse, entre

ellas, ya sabes, a tu madre. Hubo que hacerle un lavado de estómago una vez y otra un torniquete en la muñeca. Con la cirugía estética trató de recuperar los sueños perdidos; bastaba con que le estirara la barbilla y se la plegara detrás de las orejas.

—De esos sueños perdidos nací yo —dijo Laia.

A continuación, los navegantes iniciaron una conversación sobre el peligro de jugar con la máscara.

—Puede suceder que al quitarles los pellejos a estas señoras maduras llenas de melancolía no aparezca aquella joven que se bañaba desnuda en estas playas, sino el mismísimo espectro de la muerte —dijo Merlín Fraud.

—Vaya, no me asustes —exclamó Laia.

—Algunas mujeres acuden al quirófano como si fueran a la peluquería. Ahora existen muchas facilidades para mudar de yo. Puedes cambiar de piel todos los años como las serpientes, pero hay que andar con cuidado si uno juega con la máscara.

—Un día me haré cortar el cuerpo por una línea de puntos, siguiendo un modelo de gimnasio o de revista de moda —dijo Sofía.

—La máscara es la persona, según los griegos —sentenció Ismael.

El doctor Merlín iba a contar el caso de un criminal que quiso cambiar de rostro para no ser reconocido por la policía, pero antes de que pudiera empezar gritó:

—¡Mirad a estribor! Ahí está la isla. Sois jóvenes. Ahora os toca a vosotros. La libertad es la mejor cirugía, la que mantiene la piel más tersa, fresca y saludable. El agua azul es el verdadero espejo del alma. ¡Ahí están los delfines!

A popa apareció de repente una multitud de delfines, quizá un centenar. Eran de la especie más pequeña y menos común que el grande y elegante delfín mular, que no solía ir en grupos tan numerosos. Eran los delfines délficos de las cerámicas griegas, y tenían ganas de juerga. Iniciaban una persecución hacia el velero como si estuviesen haciendo una carrera entre ellos; luego se paraban cuando estaban a unos veinte metros de distancia y entonces el último, una cría mucho más pequeña que los demás, daba un salto mortal de espaldas. Los tripulantes del *Suertes de Mar* aplaudieron. ¿Qué otra cosa podían hacer? Entonces los delfines se paraban y desaparecían por la popa. De repente, y como obedeciendo alguna orden, volvían a empezar una carrera que llenaba de espuma el mar, y el colofón era de nuevo aquel salto

mortal de la cría circense que hacía las veces de final de acto. En tres ocasiones repitieron el espectáculo antes de desaparecer para siempre.

—¡Poseidón os bendiga! —gritó Ismael.

Se había levantado la brisa de levante. A esa altura existía la posibilidad de abrirse hacia el islote de Espalmador y ensayar rápidamente el número de la felicidad. Cuando el *Suertes de Mar* arribó a esa cala, ya estaba allí fondeada lo que parecía la Armada Invencible: grandes yates, veleros majestuosos, lanchas motoras deportivas, motos náuticas, y en sus cubiertas, los millonarios abrasados, algunos viejos paralíticos que también eran reyes industriales rodeados de muchachas de plástico y macarras, señoras legítimas requemadas o encendidas como tizones que escondían su excesiva carnalidad bajo los pareos, y también sus hijos violando la perfección de las aguas con toda clase de cacharros. El patrón Merlín largó el ancla y comprobó que no garreaba muy cerca de la playa cerrada por un fondo de sabinas que guardaban las pozas de barro milagroso donde acudían los esotéricos neófitos a embadurnarse para alcanzar la juventud por detrás. Por la arena resplandeciente desfilaba una corte de seres desnudos bajo una capa de arcilla que el sol, casi ya en la raya del horizonte, cuarteaba como a las antiguas figuras de dioses fenicios mal cocidos.

Los cuatro navegantes del *Suertes de Mar* habían llegado agotados, con demasiado sol dentro de la piel, y decidieron darse el baño prometido alrededor del barco fondeado. Ismael sabía que durante las diez horas de travesía Laia había hecho todo lo posible para llamar su atención y hacerle saber que existía. La forma de mirar, de reír, de moverse por cubierta, entrando y saliendo del camarote, de acercarle la taza de café sin evitar que las manos se rozaran, de prepararle el ron con hielo. Era esa tensión que se produce cuando dos cuerpos se atraen y ninguno se atreve a romper el equilibrio. El sol de la travesía le había encendido las pecas de los hombros a esta pelirroja que a veces se quedaba absorta mirando el horizonte como si esperara que alguien llegara a su encuentro. Ahora veía su cuerpo desnudo chapoteando en el agua junto a su amiga Sofía con una naturalidad de lo más inocente. Sus pechos redondos, el triángulo oscuro del pubis, las risas, ¿no te quieres bañar?, el agua está muy rica, anda, tírate, no te lo pierdas, no seas tonto, esas expresiones infantiles que el placer extrae de lo más secreto de las vísceras. Ismael se echó al agua y chapoteó entre las dos chicas, y pese a que el doctor Merlín Fraud y su amante comenzaron a jugar a abrazarse en el

agua, el joven escritor se mantuvo feliz y azorado, sin atreverse a iniciar ese mismo juego con Laia pese a que tal vez ella lo esperaba, lo deseaba. Después, Merlín y Sofía se encerraron en el camarote de proa, y al rato comenzaron a oírse algunos jadeos entre los sonos de trompeta de Miles Davis. «¿En qué momento de la regata conquistaré el vellocino de oro que Laia guarda tan celosamente? Puede que esta regata no sea sino una navegación azarosa en busca del sexo femenino», escribió Ismael. Después del amor, Sofía preparó una fuente con berenjenas, anchoas, ajos tiernos, tomates y pimientos asados, y el incipiente crepúsculo ensangrentado en la bañera de popa hizo brillar el aceite de oliva aliñado sobre estos manjares. Ismael apuntó también en el cuaderno de bitácora estas sensaciones placenteras y su propósito de emular a Jasón mientras contemplaba el cuerpo desnudo que Laia a veces exhibía sin pudor por debajo de la toalla.

Hubo un momento en que el tiempo transcurrió sin horas mediante la fusión del sol con la memoria. La brisa llevó al *Suertes de Mar* por la costa rumbo a Santa Eulalia, situada a doce millas de distancia, con treinta grados al norte-noreste. Pasaron los *freus* entre una neurótica procesión de lanchas aerodinámicas que volvían a Ibiza. A babor estaba Talamanca y el cabo Martinet. Antes de arribar a Santa Eulalia el patrón mandó fondear en cala Llonga para seguir explorando grutas y bucear en aguas de una profundidad tan clara que se confundía con la propia infancia de cada uno. Volvieron a bañarse y tomaron ron con algunos salazones. En cala Llonga también habían fondeado otros barcos de la regata y desde cubierta sus tripulantes se saludaban alborozados, se gritaban mutuas hazañas y se ofrecían unos a otros licores, higos, sandías y claudias. Desde la cubierta del *Orestes*, con un megáfono, Paco Olmedilla notificó al grupo el percance coronario que había tenido su amigo Pepito Cobaleda. En ese momento entraba el *Lydia* con las velas de color púrpura desplegadas en los dos palos, mayor y mesana, y poco después el exministro Veragua se zambullía en el mar lanzando un grito de Tarzán:

—¡Auauauauuu!

Ismael y Laia, en silencio, se entretenían viendo cómo los lenguados jugaban alrededor del ancla en las aguas transparentes, solo iluminadas por las algas azules. Laia se quedó un rato pensativa y de pronto dijo:

—A ver si adivinas cuántas pecas tengo en la cara.

—Sé el número exacto. Las de la cara y las de los hombros. Y las que guardan la entrada del paraíso —contestó Ismael.

—¿El paraíso? Oh, muchas gracias —exclamó ella riendo.

Esa primera noche, en el puerto de Santa Eulalia, tumbados boca arriba en cubierta, Ismael tenía a su disposición el mar nocturno, el cielo muy estrellado y algunos versos que podía decirle a Laia al oído después de haberse bañado desnudos para invitarla a explorar juntos el misterio del universo. Las constelaciones eran su fuerte y le habló de ellas como si fueran un cuadro de Joan Miró. Allí estaban los sexos femeninos, los signos algebraicos, los símbolos surrealistas, los ojos de los pájaros. Ismael susurró de memoria los versos de Leopardi:

*Vagas estrellas de la Osa, nunca
creí que volvería a contemplarlas
desde el jardín de mi niñez.*

No hubo entre ellos más que silencio. Y después se cogieron de la mano.

Fue al final de la primera singladura de la regata, durante la noche, cuando la radio dio una noticia sobre un caso en que estaba involucrado el exministro Camilo Veragua. Su nombre se pronunció por primera vez en una tertulia nocturna. No quedó claro de qué se trataba, si había sido un elogio o una denuncia, un chisme o un rumor, pero era evidente que este político acababa de meter los pies en la charca.

Probablemente sin enterarse de este asunto, los tripulantes del *Lydia* habían fondeado al atardecer en cala Saona. El patrón había mandado recado al restaurante Es Molí de Sal para que mandaran una lancha, y a bordo de ella Armando Bielza, el exministro Camilo Veragua y los suyos llegaron a la mesa reservada y dieron cuenta de una parrillada de pescado en la que no faltaron los raones que unos chavales muy pijos habían pescado esa mañana al volantín desde su motora y vendido al restaurante a precio de oro. Era la manera de trincar algún dinero para ir a la discoteca. Después, con las velas de color púrpura desplegadas, navegaron hasta el congestionado puerto de la Savina, donde pese a todas las influencias no lograron amarre, por lo que optaron por buscar refugio en el Náutico de Santa Eulalia como los demás. Los cachorros de los regatistas, incluido el guardaespaldas del exministro,

decidieron tomar una copa en Keeper, bailar en Pachá, seguir en la discoteca Amnesia y terminar la fiesta en Space, con el sol ya sobre la playa d'en Bossa, donde al final la gente remojaba el alcohol, y mientras estos jóvenes corpóreos iban a medir sus músculos en semejante locura, Armando Bielza y el exministro Veragua optaron por seguir hablando de negocios y tomarse una copa en la terraza del Náutico. Esa noche había allí una tertulia de mafiosos locales, gente de cráneo rapado que expresaba toda su sabiduría con el silencio o a lo sumo con monosílabos guturales cuya interpretación solo estaba al alcance de los iniciados. Al parecer fue una sorpresa agradable para uno de aquellos mafiosos locales, el que aparentaba más edad y dominio, ver aparecer al exministro Veragua en la terraza del Náutico. De hecho, se levantó para darle un abrazo, y algunos pudieron escuchar lo que le dijo en voz baja:

—Oye, Camilo, esta noche te ha sacado a pasear un hijo de puta en una tertulia de la radio.

—¡No me jodas! —exclamó el exministro.

—Yo que tú tomaría cartas en el asunto. Si necesitas mi ayuda, aquí estoy a tus órdenes, como siempre.

—Hombre..., ya veremos. Si me buscan, me van a encontrar.

—A estos señores no les cobre —dijo a continuación el mafioso al camarero.

La regata completaba la primera singladura mientras en Alepo las bombas llovían sobre familias, niños y hospitales. En el teatro alternativo de Lavapiés, la actriz Dora Mayo, en el papel de Lisístrata, gritaba contra el dios de los ejércitos.

Esa mañana de agosto en Madrid, en la plaza de Lavapiés se agitaba el oleaje de otra clase de mar turbio y multirracial. Otra regata tenía lugar en el asfalto. Un grupo de africanos invocaba a los espíritus de la selva tocando los tambores sincopados; en la puerta de un supermercado de Carrefour unos solidarios recogían alimentos para los necesitados; unos ecologistas cultivaban una huerta alternativa de lechugas y tomates en un solar; una anciana con bata guateada se asomaba por una ventana y gritaba: «¡Mohamed, súbeme pan y una botella de leche!», y el joven Mohamed desde la acera asentía; entre dos guindos colgaba una pancarta que convocaba a una manifestación organizada por Podemos contra el Gobierno en funciones, y algunos balcones exhibían la bandera republicana.

Con el cargo de conciencia en la mochila, Dora Mayo bajaba por la calle Argumosa hacia la plaza de Lavapiés entre chicas sarracenas con velo islámico; adolescentes muy fardonas con *piercings* en las cejas y en los labios; negras con floripondios de colores en la cabeza y tipos con coleta o sin ella que podían ser profesores, poetas, bohemios, artistas o nada, simplemente jóvenes ya maduros sin horizonte que habían estado acampados en la Puerta del Sol aquel ya lejano 15 de mayo.

En cada farola de la plaza de Lavapiés había un rey Baltasar congoleño o senegalés que tal vez había salvado las concertinas de la valla de Ceuta o había arribado en una patera para ofrecerse de esclavo en el paraíso y ahora esperaba de pie a que pasara el camello con la mandanga. En este mar aciago de la vida, los navegantes de aquel barrio invadían las terrazas y compartían pollos al curry en los restaurantes indios con unas sirenas que un día habían dejado la cama revuelta y se habían largado de casa. En los locutorios de la calle de Tribulete, donde recargaron los móviles los terroristas del 11-M, vendían ahora saris y perfumes orientales. El sistema había levantado en el barrio un muro entre el hoy y el mañana difícil de saltar. A este lado de la

barricada, la plaza de Lavapiés era otra forma de estar en el mundo. Los náufragos de este mar solo soñaban con llegar a una costa que cada día, a medida que braceaban denodadamente contra el temporal, se alejaba más.

Lejos del Mediterráneo donde se celebraba la regata, en el viejo café Barbieri de Lavapiés, sumergida entre grandes espejos, Dora Mayo esperaba a media mañana la llegada de las compañeras de reparto mientras leía el libreto de *Lisístrata*. Sentada a un velador de mármol, a veces volvía el rostro hacia uno de los espejos para escrutar obsesivamente las ojeras que le había dejado la negra sombra que llevaba en la memoria. Aunque, después de todo, tal vez la tragedia pudiera hacer emerger una fuerza irracional desde las mismas vísceras que la ayudara a demostrar que ella era una buena actriz. Pidió otro café y continuó repasando su papel para el ensayo de esa mañana.

Lisístrata es una mujer ateniense que, harta de no ver a su marido por estar este siempre en la guerra, decide proponer a un grupo de esposas de soldados una huelga sexual hasta que sus hombres no depongan las armas. Negarse rotundamente a follar a fin de forzar la paz con el enemigo era una versión griega de la vieja consigna hippy de haz el amor y no la guerra. La acción de esta obra de Aristófanes, según la versión libre del joven director René Laguardia, se desarrollaba en las afueras de una base militar cualquiera. Durante la función se oirían sobre el escenario el paso de helicópteros artillados y los despegues de aviones de combate que tal vez se dirigían a la ciudad siria de Alepo. Este sonido de fondo, más o menos intenso, debería ser persistente a lo largo de toda la obra. Al final el coro entonaría cánticos de placer y el sonido de los aviones sería sustituido por un gran orgasmo colectivo, como sucede después de una lucha entre chimpancés bonobos. La paz habría llegado.

Una tras otra, todas las actrices que formaban el elenco femenino fueron llegando a la cita del café Barbieri. Dora Mayo sintió que los besos y los alegres y confiados abrazos, junto con los elogios desmedidos hacia su talento, parecían haberse transformado en unos saludos formales, más bien fríos. O al menos eso creía la actriz, a quien la paranoia estaba minando por dentro a pesar de la seguridad que le confería su belleza. Tal vez sus compañeras, con las que había creado una cooperativa subvencionada por su amante secreto Pepe California, se hubieran enterado ya de la historia de terror que había vivido en la playa días antes; tal vez el proyecto de sacar la obra adelante se hubiera venido abajo por ese percance siniestro. Sin

embargo, poco después llegó el director, con sus rastas hasta media espalda y, como siempre, su sonrisa abierta le hizo concebir esperanzas de que nada había cambiado. Apuraron las consumiciones, salieron a la plaza y por la calle de la Primavera llegaron en grupo a la calle de la Fe y de ahí a Zurita, donde estaba el local de teatro alternativo.

Aquella mañana las actrices de *Lisístrata*, bajo las órdenes del joven director rastafari, iban a realizar un ensayo a la italiana. Sentadas en círculo en el escenario, cada una leería su papel. Un momento antes de que empezara el ensayo, en la pequeña oficina del teatro se recibió una llamada de teléfono en la que alguien preguntaba por la actriz Dora Mayo.

—¿Quién llama? —preguntó la secretaria.

—Solo quiero saber si la chica está ahí —respondió la voz.

—Sí. Está aquí. ¿De parte de quién?

—Vale. Gracias.

Comenzó la lectura. La escena se situaba en el patio de un pabellón castrense donde vivían las mujeres de los militares. Se suponía que Dora Mayo, en el papel de Lisístrata, era la esposa del coronel jefe de la base. Salía a escena, contemplaba el cielo nocturno y, tapándose los oídos ante el estruendo de los aviones, gritaba:

LISÍSTRATA

¡Gloria a Dios en las alturas, maldita sea...! Otra vez pasan por el cielo nuestros soldados, erectos, con sus gigantes nísperos descapullados como burros en celo, dispuestos a sembrar la muerte. ¡Gloria a Dios en las alturas, por todos los diablos!

MIRRINA

¡Ya está bien, Lisístrata! Aquí no hay quien duerma. Vas a despertar a todo el mundo con tus gritos. Mi niño está durmiendo.

LISÍSTRATA

¿Cómo puede dormir esa criatura con este ruido infernal?

MIRRINA

Desde que estaba en mi vientre se acostumbró al estruendo de los aviones de combate, pero no a tus alaridos. No grites, por todos los dioses. Llevamos

así varios años. No pasa nada. Los aviones bombardean. ¿Qué van a hacer? Es su trabajo.

LISÍSTRATA

¿Su trabajo? ¿Sabes adónde se dirigen esas máquinas ahora? Se dirigen a matar, solo a matar, cada una en nombre de su propio dios. No les importa en qué lugar y a qué gente. Esos aparatos solo buscan carne humana. ¡Maldita sea! Las armas se pelean entre ellas. No importa quién las maneje.

CLEÓNICA

No hables así, Lisístrata. Es nuestro ejército, son nuestros soldados, nuestros maridos, nuestros novios. Arriesgan su vida para salvar la civilización cristiana. También nuestra vida corre peligro.

LISÍSTRATA

En eso tienes razón, vecina. Cualquiera día cae uno de esos pepinos sobre nuestras cabezas y... ¡adiós! ¡A tomar por saco Grecia, Roma y el cristianismo! Las bombas no pertenecen a ningún bando. A estas alturas de la historia ya nadie es de los nuestros. Lloro mirando el cielo vulnerado por unos soldados en celo, con esos misiles que no son más que prolongaciones de sus penes.

CLEÓNICA

A mí me gusta mucho el misil *tomahawk*. Mi marido desfiló a su lado durante una parada militar. No hay falo más elegante. Grande, esbelto, duro, con la cabeza mortífera color de rosa. Atraviesa el espacio bajo las constelaciones, guiado hacia el objetivo por las estrellas.

LISÍSTRATA

Eso no es más que literatura barata.

MIRRINA

Te diré que mi dulce marido se despidió de mí haciéndome el amor, tan cariñoso, suave como un osito. Llevo ya dos meses sin verle. Puede que ahora esté pilotando uno de esos aviones, pero me ha mandado un mensaje. Vuelve mañana de permiso. Por la noche se celebrará una gran fiesta en

nuestra cama.

LISÍSTRATA

Hija, llevas varias semanas en ayunas esperando que regrese el héroe con un pase de pernocta. Te echará un polvo, se marchará de nuevo a seguir matando gente y tú te quedarás entre las sábanas contenta como una gatita.

MIRRINA

No me quejo, Lisístrata. Mientras me atienda... Mi marido dice que la guerra es un trabajo muy seguro, y que dentro de poco se programarán los ataques con un ordenador, y mientras el misil va a buscar al enemigo él podrá quedarse en el bar tomando un whisky o follando conmigo en la cama. Solo las armas tendrán conciencia, y ellas decidirán quién es bueno y quién es malo.

LISÍSTRATA

Sí, claro, claro. Pero hoy los soldados se levantan, se duchan, se afeitan, desayunan un tazón de leche con avena, se lavan los dientes, dan un beso a su niño que duerme abrazado a un peluche, dan otro a su mujer que los despide en la puerta de casa sobre el felpudo, ¡adiós, querida!, ¡adiós, amor mío!, ¡menudo día me espera!, y, como quien se va a la oficina o al despacho o a la fábrica, suben a sus aviones y ¡hala!, a cagar hierro desde el cielo. Puede que ahora tu marido esté dejando caer una tonelada de acero sobre una mujer que está guisando una sopa para sus hijos, o sobre una pareja de enamorados que está follando en la cama, o sobre unos niños que juegan en la calle. ¿Eso no te conmueve?

CLEÓNICA

Ya te estás pasando otra vez, Lisístrata. No está bien que a tu edad sigas siendo una vulgar pacifista. Ese sueño es propio de jovencuelos.

LISÍSTRATA

Nadie debe ser nunca de los nuestros si mata de forma cobarde desde diez mil metros de altitud, sin ningún peligro, arrojando una lluvia de acero sobre gente inocente. Yo he visto cómo muchos de esos valientes, después de bombardear una ciudad entera, se ponían muy nerviosos si tenían que

tomarse un yogur caducado.

Hasta aquí había llegado la lectura de *Lisístrata* en el escenario, antes de que fuera interrumpida por un tipo que preguntaba por Dora Mayo con el suficiente interés como para detener el ensayo. La actriz pidió perdón a sus compañeras para atender al recién llegado. Se trataba de un policía judicial, acompañado por otro colega que se había quedado un poco rezagado en el vestíbulo. Con buenos modales, le comunicó a Dora Mayo que tenía que hacerle unas preguntas y le pidió por favor que le concediera unos minutos después de la lectura. La chica asintió. Quedaron en encontrarse en el café Barbieri hacia las dos de la tarde.

La actriz se reincorporó al diálogo del libreto de la obra, pero era tan evidente su nerviosismo que el director tuvo que preguntarle si tenía algún problema.

—En absoluto, no es nada —dijo ella.

Siguió la obra hasta el final, en que las mujeres atenienses solucionan la guerra del Peloponeso gracias a la huelga de sexo, en el siglo VI antes de Cristo o así, lo que no impedía que los aviones rusos y norteamericanos estuvieran ahora masacrando la ciudad siria de Alepo ante la pasividad del mundo.

A las dos de la tarde, Dora Mayo estaba sentada en el café Barbieri frente a dos policías muy amables que le hicieron saber que estaban investigando la muerte súbita de Pepe California. En principio, desde el punto de vista forense no había nada oscuro; había sido un infarto de miocardio severo e invasivo. Sin embargo, al parecer, ese alto financiero estaba implicado en un asunto relacionado con el contrabando de armas y, siguiendo el rastro de sus múltiples cuentas corrientes, se había detectado una partida puesta desde Montecarlo a nombre de esa compañía teatral cuyo monto ascendía a doscientos cincuenta mil euros y a la cual Dora Mayo podía acceder con solo estampar su firma en un talón o metiendo la tarjeta en un cajero.

Los policías evitaron hacerle preguntas capciosas acerca de la amistad íntima que había mantenido con el financiero. Por supuesto, dieron a entender que conocían con cierto pormenor los avatares de la muerte, pero no parecía interesarles demasiado, al menos de momento, qué papel había desempeñado

ella en esa tragedia. No había sospechosos. Ni ella ni nadie. No obstante, debía declarar qué había pasado en los cuatro viajes que habían hecho juntos a Mónaco en los últimos meses. ¿Tenía ella conocimiento de que su amante se dedicaba al tráfico ilegal de armas con ciertos países árabes? Cortésmente le hicieron saber de parte del juez que por ahora su cuenta en el banco había quedado bloqueada hasta nueva orden y le entregaron un sobre que contenía la citación del juzgado de instrucción de Circea de la Marina, donde debía presentarse el lunes 16 de agosto para aclarar algún punto oscuro que había quedado en el atestado. Dora Mayo no pudo reprimir el llanto al recordar en ese momento el comentario de su amante al abordar el barco en el amarre: «Este hermoso cacharro se lo debo a la primera guerra del Golfo». Aquel estúpido alarde cobraba ahora sentido.

Cruzó la plaza de Lavapiés hasta la terraza del bar Maldito Querer, donde la esperaban tomando unas cervezas el director y las compañeras de reparto, quienes al verla llegar con lágrimas en los ojos quedaron muy alarmados. La actriz les explicó sucintamente lo ocurrido, además de algunos detalles de la historia negra que acababa de vivir. A continuación les comunicó que, por su parte, no podría seguir aportando ningún dinero a la cooperativa.

—No pasa nada —exclamó el director rastafari.

—Ya estamos embarcados.

—Vamos a seguir. Y si es preciso atracaremos un banco.

Por unanimidad, el grupo decidió hacer frente a cualquier temporal y sacar la obra adelante. El grito contra la guerra no iba a ser acallado.

En aquel momento Zeus envió un carnero dorado con alas que descendió volando desde el Olimpo. Nuestro héroe se subió sobre su lomo y siguió su vuelo hasta Cólquide, donde sacrificó el carnero en honor a Zeus. Luego colgó su vellón de oro en el templo de Ares, bajo la vigilancia de una enorme serpiente.

La travesía desde Ibiza a Cabrera tuvo que demorarse una jornada en Santa Eulalia, a la espera de que llegara la autorización preceptiva de la Comandancia de Marina para navegar y fondear en aguas de esa isla preservada en manos del Ejército. Desde que en 1986 cesaron las maniobras militares con fuego real, en la isla de Cabrera había quedado un destacamento de treinta soldados al mando de un teniente, por mucho que hubiera sido declarada parque nacional. Para recalar allí había que solicitar permiso, y solo el pensar que ese espacio estaba reservado purificaba la mente. Todo un ejercicio del espíritu: ver cómo flotaba la isla desde lejos, incontaminada.

Cumplimentada la solicitud, el *Suertes de Mar* inició la singladura de las sesenta y nueve millas náuticas que separaban Santa Eulalia del cabo Llebeig, con un rumbo de ochenta y tres grados. El parte meteorológico anunciaba un día bonancible, así que largaron amarras muy confiados y, después de salvar la Llosa de Santa Eulalia, el peligroso bajío que tantos naufragios había provocado, habiendo perdido de vista la agreste isla de Tagomago a babor, les sorprendió una mar blanca sin viento, con el presagio de un día tórrido en el cráneo. «Cuídate del sol, Ismael, ese dios es tu principal enemigo.» El consejo del doctor Merlín Fraud lo llevaba el aprendiz de escritor en su conciencia. En la bañera del barco se inició entonces la sesión de cremas de protección sobre los rostros como un rito religioso.

Muchos navegantes prefieren un temporal a una de estas encalmadas. Puesto que la botavara trasluchaba a menudo, con peligro de llevarse alguna cabeza al agua, no hubo otro remedio que arriar velas para navegar a motor. Antes de que a media mañana los sesos de la tripulación comenzaran a fundirse con sus respectivas tapas bajo las gorras, el patrón mandó colocar la toldilla y esa lona en forma de ángulo sobre la bañera de popa le dio al barco un aire de tartana marinera.

Cuando en la mar hay calma chicha, a veces las borrascas se producen en

cubierta. De pronto, en medio del canal, el tedio revienta, y dentro de la luz cegadora suena una imprecación, esta libera una carga negativa, y entonces comienzan a brillar miradas de odio seguidas de algunos gritos que sacan a la superficie viejas rencillas de las parejas y heridas sin cicatrizar. En cualquier barco hay algo mucho más importante que el motor o las velas o determinados aparejos: la tripulación. El mal ambiente a bordo de un velero, por lujoso y grande que sea, lo convierte en un infierno y solo pronostica naufragios. No hay nada peor que una riña conyugal en alta mar. Eso es terrorismo marítimo, y justifica plenamente lanzar un *mayday* y reclamar ayuda a la Guardia Civil y a Salvamento Marítimo.

—Jamás te embarques en un barco propenso a gritos y broncas; está maldito —le decía el abuelo Joan al joven Ismael—. Busca siempre un barco en el que todo el mundo sepa quién es el patrón, pero en el que nadie lo adivinaría si viera desde fuera el comportamiento de la gente a bordo; esos barcos a menudo llenos de risas y de buen humor, con algunas toallas y un par de bragas pinzadas en los candeleros ondeando al viento, esos son los barcos seguros.

Así era el *Suertes de Mar*, pese a la encalmada.

La pastosidad del aire parecía haber unificado también los cuerpos de sus tripulantes en la misma amalgama. No había una sola nube en el cielo. Sofía se había tumbado en cubierta y la luz harinosa envolvía sus senos desnudos, firmes y coronados por una areola rosada. Puesto que alrededor había un aura difusa y el calor comenzaba a ser insoportable, Ismael pensó que tal vez era el momento de adentrarse en el espíritu de la pelirroja Laia, envuelta como él en el mismo sopor, y despojarla de la primera capa de su cebolla. Quería preguntarle qué placer encontraba en ese misticismo que sustituía a Dios por la naturaleza. Qué pintaban en este asunto la pobreza, la angustia, la duda de los mortales.

—Oye, Laia —le preguntó—, si hoy no se puede ver a Dios con el telescopio Hubble, dime qué haces tú buscándolo todavía en las hojas podridas de un herbolario.

—Perdona —contestó Laia—. Yo no busco para nada a Dios. No me hace falta. Yo solo busco estar bien. Esa es mi teología. Dios es ese punto de contacto entre el placer y la belleza que puede estar en la yema de los dedos a la hora de acariciarte.

Laia guardó silencio y se quedó mirando el horizonte como si pensara que

esta había sido la respuesta adecuada. Pasó así algunos minutos, pero de pronto gritó:

—¡Eh, eh, mirad allá! ¡Una gaviota va navegando sobre el caparazón de una tortuga gigante!

—¡No la veo! —exclamó Ismael escrutando la mar blanca que se extendía hasta el horizonte.

—Allá, allá —señaló Laia con el dedo.

—Ahora sí, perfectamente. Puede ser una tortuga laúd, o una tortuga boba —comentó Ismael.

Fue suficiente que una tortuga boba apareciera en el horizonte para que la discusión metafísica sobre la existencia de Dios quedase pospuesta para más adelante. El patrón Merlín propuso tomar unas cervezas bajo la sombra generosa de la toldilla. En la bañera los senos desnudos de Sofía comenzaron a tener una presencia ineludible, hasta el punto de que el tedio de la encalmada fue sustituido por una exaltación de los sentidos, como si en cada pezón se concentrara todo el universo. Merlín insinuó que podrían parar el motor, dejar el barco a la deriva, que era apenas perceptible, y puesto que la calma chicha lo permitía sería un placer tomar un baño, desnudos, con más de trescientas brazas de abismo bajo el alma o los genitales.

Sin conceder ni un solo minuto a la duda, el doctor se zambulló en el mar con un salto atlético desde la cubierta y chapoteó un rato alrededor de una guindola atada con un cabo a una cornamusa.

—¡Andad, atreveos! —gritó desde el agua.

—¡Me atrevo, aunque sea lo último que haga en esta vida! —exclamó Ismael mientras se quitaba el bañador.

El agua inundó de un frescor indecible su piel abrasada por el sol y su cuerpo comenzó a flotar con una sensación muy misteriosa, una mezcla de atracción por el abismo y de exaltación por la vida. Las chicas contemplaban desde la bañera a los nadadores tan paganos con risas que empezaban a ser voluptuosas; de hecho, Laia se propuso celebrar esa felicidad con himnos y alabanzas al dios del universo empuñando una cerveza en el aire.

—¡Por los dioses, si los hay! —gritó Ismael desde el agua.

Después de un gran espacio de calma se levantó la brisa del sur, fuerza cuatro, que llegaba entre el través y la aleta. Izaron las velas y comenzó a sonar a bordo la canción *Le métèque*, de Georges Moustaki, mientras Ismael recitaba de memoria en voz alta unos versos de Kavafis: «Los hombres

conocen lo acontecido. Lo venidero lo conocen los dioses, plenos y únicos poseedores de todas las luces». Y después de estos versos avistaron la punta Anciola a media tarde. Este morro de Cabrera fue dejando de ser una silueta de humo para convertirse en una enorme mole mineral poseída por la luz rosada del atardecer. Enfilada la proa diez grados más al norte, navegaron a seis nudos.

—¡Eh, mirad, las velas color púrpura! ¡Ahí están los del *Lydia*! —gritó Ismael.

Y enseguida apareció el cabo Llebeig, que daba entrada a la gran ensenada del puerto de Cabrera, donde se permitía fondear, aunque no más de cincuenta barcos por día. Los tripulantes del *Suertes de Mar* largaron el ancla al abrigo del farallón de la Clavellera y en el chinchorro llegaron hasta el pequeño muelle donde, a bordo de dos mallorquinas atracadas, unos pescadores naturales de la isla limpiaban el trasmallo. Allí estaba el exministro Camilo Veragua, aparentemente muy feliz, tratando de comprarles unos cabrachos que acababan de pescar. No fue posible. Se los iban a zampar a la brasa los pescadores esa misma noche para celebrar el nacimiento de un nieto que sería bautizado con agua de mar. Había varios soldados en la explanada junto al depósito de víveres y a la Comandancia de Marina, que exhibía dos cañones en la entrada. Los bastimentos estaban recién encalados, tenían las puertas y ventanas pintadas de verde, y también parecían sumidas en un orden cuartelero un poco desvencijado la vivienda de los marineros y una casa con terraza donde habitaban los jóvenes del Seprona y en cuyos bajos había un horno de leña para hacer el pan todos los días. Sobre estas construcciones con aire de vivac se levantaba el castillo de Cabrera, del siglo XIV, que fue baluarte del archipiélago mucho tiempo. Uno de los soldados le preguntó al patrón Merlín Fraud:

—¿Son ustedes del barco *Suertes de Mar*? Vienen con la regata de don Camilo Veragua, ¿no es cierto? El teniente los esperaba ayer. Soy el encargado de víveres, para servirles. Hay algunas latas. Y pan por la mañana si se pide ahora.

Había más soldados bajo la parra de la cantina; uno cantaba fandanguillos en voz baja con las botas de media caña encima de la mesa, otros dormitaban o bostezaban. Sonaban fichas de dominó y cubiletes de parchís a media tarde en el aire dormido de la bahía. La golondrina que traía a los turistas desde la

colonia de Sant Jordi, en Mallorca, ya se había ido, dejando la isla en un silencio que vibraba en el perfil de las orejas. El teniente llegó en un jeep a la caída del sol y fue muy amable con todos, en particular con el exministro Veragua, a quien mostró una deferencia especial a fin de hacerle grata la estancia, y aunque era posible que se hubiera enterado del escándalo en el que estaba implicado, no por eso dejó de actuar como si estuviera a sus órdenes. Después de mostrarle el horno de pan, que ya estaba preparado con leña de pino, le dijo que a las nueve de la mañana pondría a su disposición un jeep para recorrer la isla y que sentía no poder ofrecerle más. Como en cualquier cantina del Ejército, en Cabrera solo había berberechos, mejillones de lata y bebidas, pero no se servían comidas. El teniente se sentó a tomar café con la tripulación del *Lydia*. Después llegó su mujer, con un hijo de pocos meses en brazos, y también se acercó un joven guardia civil en pantalón corto. Y así dejaron todos que muriera el día, contemplando cómo mecía la brisa las hojas del emparrado.

Mientras agitaba el cubilete del parchís, Paco Olmedilla, el patrón del *Orestes*, comunicó a los demás nuevos detalles del percance que había tenido Pepito Cobaleda.

—Creíamos que estaba en Ibiza tomando una fritura de pescado, pero ya ves, resulta que está en el hospital La Fe de Valencia dispuesto a que lo abran en canal. Van a cambiarle una válvula.

Alguien había oído decir que el pronóstico era muy pesimista. Incluso había cundido la especie de que Pepito Cobaleda había llegado ya muerto al quirófano después de haber sufrido un accidente muy grave con la ambulancia.

En la ensenada había esa tarde unos treinta veleros fondeados, y algunos pertenecían a la regata. Desde el camarote, bajo el cielo estrellado de luna nueva creciente, se oyó balar a algunos corderos del Ejército. Era todo el sonido que producía Cabrera, y esos lamentos parecían ir de cala en cala hasta perderse. Tumbado en cubierta, Ismael lio un porro de marihuana y comenzó a fumar boca arriba mirando las constelaciones. Laia se sentó a su lado. Ismael le ofreció una calada, pero ella la rechazó con un mohín muy dulce mientras le ponía una mano sobre su rodilla.

—No me gustaría que ningún misterio de la naturaleza se interpusiera entre nosotros dos —le dijo entonces Ismael.

—Está bien —murmuró Laia.

Guardó silencio. Después dijo que se acercaba la noche de San Lorenzo, y le prometió que verían juntos la lluvia de estrellas. Las Perseidas me ayudarán a conquistar el vellocino de oro, pensó Ismael.

Cuando uno se pone tierno con la naturaleza, cualquier pájaro o la hierba más humilde le devuelve la suavidad al corazón, y de pronto salta de alegría al contemplar un acebuche o una sabina, un espliego o un simple matojo, un líquen, un alga que nunca había amado porque no los conocía.

A bordo de varios jeeps, gracias a la deferencia del teniente, los tripulantes de la regata se adentraron en la isla por una pista de tierra hasta llegar al observatorio de Bellamirada, y después siguieron camino por un bosque de pino carrasco a través del Coll d'es Burrí. Durante el itinerario, Merlín y las chicas se detuvieron varias veces para que Ismael pudiera tomar notas en su cuaderno acerca de algunas plantas autóctonas —como el llampúdol borde, especie endémica semejante a una encina enana— y de las lagartijas de cuello esbelto, también autóctonas. El pinar albergaba un monolito levantado en recuerdo de los prisioneros franceses que fueron abandonados a su suerte en esta isla después de la batalla de Bailén. Murieron cerca de seis mil soldados, algunos devorados por sus propios camaradas, en medio de la sequía y de la soledad que acentuaban estas mismas chicharras que ahora sonaban frenéticas en la canícula.

Después de la excursión tomaron unos bocadillos a la sombra del emparrado de la cantina. El pan era de miga espesa, muy cuartelero, pero la corteza, muy recia, guardaba aún el perfume de un fuego silvestre. Por sus grietas resbalaba el aceite del atún y de las sardinas en lata. De pronto Laia, con una inocencia provocativa, introdujo el dedo pulgar empapado en la boca de Ismael.

—Prueba el sabor del aceite, así, y verás que es de gran calidad —le dijo.

—Claro, claro. Se ve que es virgen —contestó Ismael después de succionarle el dedo varias veces.

Luego, en una zódiac del Seprona pilotada por un joven biólogo, exploraron las costas. La isla Conejera no estaba lejos. Ese peñasco sideral, según contaban, fue la patria de Aníbal, ya que su madre, preñada, recaló allí para parir al caudillo cartaginés durante una singladura de piratas. Hacia el norte se extendían los islotes de la isla Plana, la Redona, la Foradada, y cada

una tenía secretos en forma de cabezas de gigantes petrificados, que eran viejos navegantes muertos. Al llegar al este del islote de S'Esclata Sang, un islote desabrigado, vieron que la mar se había levantado; aun así, navegar por la cepa de los acantilados en paz y dejar que las voces se elevaran en el silencio hasta la altura de algún halcón marino extasiado en el aire era el ejercicio de la isla de Cabrera. De regreso al puerto corrió el rumor de que se acercaba un temporal. Después se bañaron en la cala, en medio de una soledad mineralógica. Cabrera quedaba como una pauta exquisita de la mente. Antes de abandonar la isla, Ismael anotó en su cuaderno:

«En busca del vellocino, al mando de los argonautas, Jasón navegó por el Helesponto, más allá de Troya, a través del mar de Mármara hasta Cólquide, para enfrentarse a la poderosa serpiente que lo guardaba. En cambio, para mi suerte o desgracia, yo tengo ese tesoro al alcance de la mano sin tener que abandonar el barco. Es toda mi aventura, la única finalidad de la travesía.»

Si estás destinado a navegar, por muy prudente que seas, siempre habrá un día en que te sorprenderá un temporal. Su nombre es perfecto. Porque significa que es pasajero, no duradero. Si aguantas el sufrimiento y la fatiga, la lucha también acabará siendo solo temporal y saldrás de ella reconfortado.

Al poner rumbo a Menorca, Ismael recordó lo que había leído sobre el azar incierto que se atribuye al islote, llamado con toda propiedad la isla del Aire por ser salvajemente ventoso, situado al sudeste de Mahón, frente a punta Prima. Tampoco olvidaba las historias que le había contado su abuelo Joan acerca de temporales y naufragios acaecidos en esa latitud bajo el imperio inexorable de la tramontana o del mistral.

—Querido Ismael —le dijo una vez—, te aseguro que un temporal en Menorca es un motivo serio, junto con la música de Wagner, para creer en Dios o en el diablo.

Pero ahora el temporal anunciado había quedado en una marejadilla y el parte meteorológico no anunciaba ningún chubasco en los próximos días. Los marineros dicen que el de Mahón es el mejor puerto de todo el Mediterráneo. En otro tiempo fue bastión militar, y ya se sabe que donde estén o hayan estado los militares, desde los marinos feacios a los piratas británicos, allá donde fondeen los barcos de guerra, ese es puerto seguro. El olfato militar para los refugios náuticos marca la historia. Los marineros añaden que, además de Mahón, el otro gran puerto del Mediterráneo es todo el mes de junio, cuando el mar decide portarse bien e incluso estar de buen humor. No era junio, sino agosto, un mes caprichoso, pero Menorca, si todo iba bien, estaría al alcance después de diez horas de navegación. De momento, nada perturbaba el ánimo de los tripulantes. El tiempo era bueno. Navegaban con todo el trazo disponible de la mayor y el génova a merced de una brisa suave de *xaloc*, y con un punto de motor alcanzaban los seis nudos. El patrón recordó la frase que encabezaba una guía náutica inglesa sobre la navegación en Menorca: «*Sailing in Minorca can be either heaven or hell*». Navegar en Menorca puede ser el cielo o el infierno, venía a decir. Así pues, hacia el cielo o el infierno navegaba el *Suertes de Mar* bajo el son de la canción *Mes amis d'hier*, de la cantante Melina Mercouri, cuya letra decía:

*Mes amis d'hier, mes compagnons,
mes amis perdus, dans quelle île,
quelle ville, dans quelle prison.*

No había temporal en la mar, pero los tripulantes del velero *Lydia* tuvieron que enfrentarse a una grave adversidad en Portopetro, en la costa oriental de Mallorca, donde atracaron para llenar el depósito de gasoil y cargar provisiones. En la cala se estaba celebrando una fiesta popular, y allí un señor muy circunspecto arrojaba un pato al agua de la pequeña dársena y un tropel de niños se zambullía para atraparlo por el cuello. El pato, lleno de terror, huía, y los niños aullaban de placer persiguiéndolo a nado.

—Ya tenemos cena para esta noche —exclamaba el ganador, retorciendo el pescuezo del animal.

Los tripulantes del *Lydia*, Armando Bielza y los suyos, contemplaron muy divertidos esta escena perversa desde el pantalán y luego decidieron desentumecer las piernas y tomar una cerveza en el bar más próximo al muelle. Fue entonces cuando, en la pantalla del televisor colgado en un ángulo del local, apareció un primer plano del exministro Camilo Veragua, que ilustraba con su rostro la noticia de un supuesto desfalco o lo que fuera que hubiese cometido. Pero no era eso lo peor. Armando Bielza vio con horror cómo a continuación se sucedían distintas imágenes de su propio barco, en cuya cubierta también aparecían él y su mujer junto con un macizo guardaespaldas con gafas de espejo, muy alegres y confiados, gastándose bromas. Esas escenas muy reales, dada su calidad, no las podía haber tomado algún espontáneo con su móvil sino un profesional de la información que los hubiera seguido o incluso los estuviera siguiendo todavía, ya que mientras la locutora desarrollaba la noticia se veía a los tripulantes del *Lydia* sucesivamente dando buena cuenta de una parrillada en el restaurante Es Molí de Sal de cala Saona, en Formentera, después aparecía el exministro departiendo con unos mafiosos de cabeza rapada en el Náutico de Santa Eulalia, y por último la información, absolutamente escandalosa, terminaba con la imagen reiterativa de Camilo Veragua subiendo por la escalerilla del barco con un bañador un tanto ridículo después de zambullirse en el agua en cala Llonga. Ninguno de los clientes acodados en la barra del bar reparó en

que el protagonista de aquella noticia de corrupción, una más, se encontraba allí mismo, a su lado. Para protegerse de las miradas, el exministro instintivamente se puso las gafas de sol y se bajó la visera de la gorra hasta media nariz, un gesto que no dejaría de repetir desde ese momento siempre que bajaba del barco en cualquier parte. Fue brutal la paranoia que invadió, como el peor temporal, a los tripulantes del *Lydia*, pues no sabían dónde podría estar ese espía que los tenía bajo el control de su objetivo. La locutora de televisión parecía estar bien informada. De hecho aludía a la regata en la que participaba el sospechoso Veragua, e incluso sabía que se trataba de una travesía de placer por las Baleares hasta la isla de Cerdeña para volver a Circea de la Marina, de donde había partido. Toda España estaba siendo machacada por esta noticia, que se repetía una y otra vez en los informativos de La Sexta: un famoso exministro, supuesto ladrón, se zambullía en el Mediterráneo lanzándose desde la cubierta de un velero de lujo con velas color púrpura, propiedad de un adinerado fabricante de cemento. ¿Dónde estaría ese hijo de perra que seguía sus pasos con un móvil o una cámara oculta?

El *Suertes de Mar* tenía previstas en el GPS diez horas de navegación para completar la singladura de las ochenta millas que separan la isla de Cabrera del puerto de Mahón. En la costa oriental de Mallorca, a babor irían dejando atrás sucesivamente Portopetro, Portocolom, Porto Cristo, Capdepera y Cala Ratjada, para atravesar luego el canal. Era la primera vez que el patrón Merlín Fraud iba a entrar en el puerto de Mahón y esperaba que los vientos fueran favorables, porque de lo contrario atracar en el mejor puerto del Mediterráneo podía convertirse en una tortura.

—Mi abuelo Joan decía: «Solo hay dos clases de vientos, los portantes y los jodientes» —exclamó Ismael.

—Qué jodido era tu abuelo —dijo Sofía.

La entrada del puerto de Mahón apuntaba al oeste-noroeste, y si el mistral discordado soplaba a rachas huracanadas, con la navaja del viento en la cara, el mar y el destino de proa, ese paraíso sería inalcanzable. Los antiguos derroteros recomendaban en ese caso fondear junto a la entrada de esa especie de largo y maravilloso fiordo mediterráneo, sufriendo viento y mar, pero con las anclas mordiendo un magnífico tenedero de arena, pendientes

siempre de no garrear. Se decía que la tramontana y el mistral descansaban a medianoche, antes de volver a rearmarse en la morada claridad que anunciaba el alba. Ese era el momento de intentar ganar la entrada a toda costa, al abrigo de la noche, con ayuda de motor, de remos, haciendo bordadas a vela o como fuera. Lo que llamaban entrar al puerto de Mahón «en modo espía». Por el contrario, si el mistral viraba a tramontana pura y se reforzaba, serían entonces arrojados hacia los escollos de la isla del Aire. Muchos barcos se perdían así. Los tripulantes del *Suertes de Mar* no tardarían en tener noticia de que eso mismo le acababa de suceder a uno de los veleros que participaban en la regata, el *Titán II*, patroneado por la devota familia del Opus.

El destino previsto era Mahón y el pronóstico meteorológico, al parecer, era muy desfavorable, pero todo iba bien, incluso demasiado bien, hasta el punto de que semejante disfrute le despertó a Ismael mala conciencia. Ese año, la armonía del Mediterráneo que navegaban con tanto placer ya se había tragado a más de tres mil náufragos. Caía el sol. El crepúsculo, con la costa de Menorca ya a la vista y los cúmulos de nubes ensangrentadas, era realmente fastuoso. También era otra sangre la que se había derramado sobre las aguas azules desde el principio de la historia, y ahora el caudal seguía manando desde Siria. En el equipo de música del barco sonó el *Vals de las olas*. Ismael tuvo la misma sensación que le acogía en el concierto de Año Nuevo en Viena, flores y bombardeos, discotecas baleadas por terroristas, muerte y dorados ballets entre ninfas.

Las velas, hinchadas con una brisa larga y constante, proyectaban una sombra color azafrán sobre la cubierta. Sonaba ahora el vals *Los bosques de Viena*. Las olas balanceaban el barco de forma rítmica y suave. En la popa, el patrón Merlín Fraud iba muy abstraído, pensando tal vez en dar solución al rostro de una determinada paciente para devolverlo con el bisturí a su antigua belleza, o en ese ruso de Benidorm que le pidió una máscara nueva que lo hiciera irreconocible y que antes de poder someterse a la operación había sido baleado, un crimen que estaba todavía sin resolver. O tal vez pensaba en el resultado de la biopsia de la verruga de Ismael, que esperaba con cierta duda. Sofía llevaba ya un tiempo en la cocina removiendo cacharros, e Ismael, deslumbrado, dormitaba con la cabeza apoyada en un candelero mientras el piloto automático hacía su trabajo. En ese momento, bajo la melodía sugestiva del vals, Laia, tumbada en una colchoneta en la cubierta de proa,

decidió ejecutar uno de sus ejercicios místicos. De pronto, su cuerpo comenzó a agitarse con unos movimientos suavemente convulsos, acompañados de unos ligeros y casi imperceptibles jadeos diluidos en el sonido del viento y de la música. Desde popa, Ismael podía verla en escorzo y pensó que posiblemente se sentía mal o que se había mareado y se dispuso a atenderla, pero al incorporarse vio que Laia tenía las piernas muy abiertas y que con una mano se estaba acariciando por debajo del bañador de forma rítmica, unas veces suave, otras con una medida violencia, mientras con la otra se amasaba los senos desnudos e incluso se metía un dedo en la boca y lo succionaba. La escena no podía ser más excitante, y a la vez más inesperada, hasta el punto de que Ismael se quedó paralizado. Enfrente, el sol encendía unas nubes como una gloria de Bernini y la isla del Aire parecía arder en llamas. La silueta de la costa de Menorca, con la majestuosa boca de Mahón, se perfilaba con una mineralogía salvaje. Ismael hizo lo posible por observar aquella actuación sin que la chica se diera cuenta, aunque tampoco le extrañaría que a ella le gustara que la observasen. Realmente se trataba de una masturbación en toda regla, siete grados en la escala Richter del placer, según la energía que parecía liberar. Fueron diez minutos de una intensidad creciente, hasta que Laia se tapó la boca con una toalla para ahogar el último grito triunfal del orgasmo.

—¿Estás bien, Laia? —le preguntó Merlín sin saber en realidad lo que sucedía.

—Creo que está muy bien —dijo Ismael.

Al rato Laia volvió a la bañera y nadie hizo comentarios, pero Ismael anotó la escena con todo pormenor en su cuaderno de bitácora y se prometió preguntarle esa misma noche a qué extraño rito místico se debía esa ceremonia. ¿Estaba también Dios al fondo del horizonte? Laia no esperó a la noche para abrir su corazón a la curiosidad morbosa que Ismael manifestaba con sus preguntas. En un momento en que estaban los dos sentados a proa, la chica le confesó con toda naturalidad su costumbre de buscar el placer en su cuerpo para fundirlo con la naturaleza mientras contemplaba una puesta de sol o un paisaje maravilloso.

—Hay crepúsculos en el mar, como este, que son masturbables, como también lo son algunos valles húmedos entre altas montañas o alguna noche muy estrellada o una pieza de jazz o un columpio bajo los pinos de un jardín que te recuerde tu niñez o el olor a tierra mojada después de una tormenta de

verano. No me pasa siempre, pero a veces me excito y no puedo reprimirme. Pienso que tanta belleza se merece un homenaje. Es una forma de introducirla en mi cuerpo y a la vez de expandir el placer del cuerpo hacia ella —le dijo Laia.

—¿Y nunca necesitas ayuda? —le preguntó Ismael.

—No. Nunca hasta ahora —contestó Laia.

En donde se da la receta de la salsa mahonesa en el mismo lugar donde fue creada. En el Mediterráneo, la vida se divide en dos variedades: con ajo o sin ajo.

La tarde de agosto era suficientemente larga como para que pudieran entrar en Mahón a la puesta de sol, siempre que renunciaran a fondear en las calas y se limitaran a contemplarlas bajo la frondosa y oscura línea de pinos de la costa. El patrón Merlin estaba contento y entonaba *'O sole mio*. Cantaba fatal. Laia, recién salida de la masturbación, hizo una propuesta de merienda para alargar el placer: unas láminas de atún marinado bañadas con aceite de oliva de la sierra de Espadán, unos tomates secados al sol y una botella de un rioja joven para compartir entre los cuatro tripulantes. La propuesta fue aceptada por unanimidad como premio merecido por tener a la vista Menorca después de haber navegado durante todo el día sin percance alguno. Durante muchos años, Ismael había imaginado que un día podría fondear en las calas Son Saura, la Turqueta, la Macarella y la Macarelleta e investigar lo que había quedado en ellas de sus sueños adolescentes, cuando las navegaba con el dedo índice en aquella página azul del atlas del colegio. Tampoco esta vez fue posible.

El patrón dejó de cantar napolitanas y reclamó una canción romántica, esa de *Venecia sin ti* de Charles Aznavour, y cedió el cuidado del piloto automático a Ismael para tumbarse un rato en la litera del camarote de proa. Hay ocasiones en que vivir la mar y convivir en ella con amigos durante días es casi tan dulce como caer derrotado por la fatiga y poder dormir al abrigo de un puerto al lado de la mujer a la que amas. En el barco comenzó a sonar aquello de «Qué tristeza sin fin, qué distinta Venecia si me faltas tú» y el patrón, desde la tripa del barco, gritó:

—*Voglio una donna!*

—Sofía, te llaman —exclamó Ismael.

—Sí.

Y Sofía bajó de inmediato a atender a su amante, y poco después Ismael y Laia tuvieron que sufrir una vez más los gemidos de placer que emergían

desde el fondo del barco hasta la bañera, una situación excitante y embarazosa ante la cual no podían sino guardar silencio o hablar de gaviotas. Pero esta vez Ismael se decidió a preguntar en voz baja:

—¿Cuántos orgasmos hemos tenido que soportar? No aguanto más.

—Los llevo contados desde el principio. Cuatro nocturnos y tres a pleno sol desde que salimos de Circea de la Marina. Creo entender que lo estás pasando mal con el placer de los demás —contestó Laia.

Había que arriar velas y cobrar el sedal del curricán. Durante la travesía solo habían pescado un alga artísticamente envasada por la hélice en un plástico. Para entrar en el puerto de Mahón había que pasar junto a la isla del Aire, y hacerlo en calma chicha les parecía un milagro que contradecía su fama, un afortunado fiasco, un regalo de los dioses o más bien de su ausencia. Eolo, al menos, no estaba allí esa tarde de agosto. También había cesado finalmente el nortillo residual. Menorca: la isla del viento, repetían todas las guías y manuales de navegación, y también los incautos navegantes que no subyugaban sus melenas con una goma o un gorro bien apretado. Solo quedaba un levante fatigado en la enfilación, pero no valía la pena volver a izar las velas. A babor y a estribor empezó a proyectarse el espléndido panorama de la entrada al puerto de Mahón. Un café a bordo muy caliente, que los hombres rebajaron a una temperatura soportable con un bautismo de brandy, acabó de animar a los tripulantes del *Suertes de Mar*. Los bajos de la punta d'es Clot y la punta de Sant Carles, convenientemente señalizados, delimitaban la entrada de barcos de gran calado después de la estrecha cicatriz de la cala de Sant Esteve, coronada por el soberbio fuerte de Marlborough, claro recuerdo de la dominación británica y de las novelas de Patrick O'Brian, y, más cerca, el faro de Mahón y el castillo de San Felipe. Dentro ya del maravilloso fiordo de Mahón, enseguida apareció la isla fortificada del Lazareto, donde antiguamente pasaban la cuarentena los marineros enfermos, los prisioneros y los apestados. Este islote, por el que salivaría de libidinoso placer idolátrico el especulador de terrenos Paco Olmedilla, no podía ser construido ni habitado. Los tripulantes del *Suertes de Mar*, fieles a la intención de creerse los reyes del almirantazgo personal, continuaron la ruta más profunda, dejaron a estribor la isla Plana y pusieron proa a la isla del Rey, que da nombre a la Universidad de Verano de Mahón. Desembarcaron en el puerto, absolutamente borrachos de mar. La tierra se movía bajo sus pies, y cuando se sentaron en la terraza de un bar el temporal

aún parecía peor.

—*Eppur si muove* —exclamó Ismael.

—Perdone, no le he entendido —dijo el camarero—. ¿Qué desean tomar?

—Agua sin gas y un café, y usted perdone —dijo el patrón. Y en ese momento avistaron el velero *Lydia*, que entraba en el fiordo de Mahón con las velas de color púrpura desplegadas.

A la hora incierta del crepúsculo, todos los barcos de la regata, excepto el *Titán II*, habían conseguido atracar en el puerto. Hubo consenso entre los regatistas en demorarse un día en la ciudad, cada patrón a su arbitrio, para descansar, repostar y cargar víveres, pues la siguiente singladura hasta Cerdeña iba a ser la más dura y azarosa. Esa noche, solos en una terraza del puerto, Laia estuvo muy cerca de abrir su corazón a Ismael cuando, ante una de sus preguntas, le confesó algunos secretos, sus formas de entender el sexo. Era como una guía que trataba de conducir a su amigo al paraíso pero siempre se detenía en la puerta.

Al día siguiente, a media mañana, los tripulantes del *Suertes de Mar* encontraron el punto que Ismael buscaba: el mercado de pescado, junto a la iglesia del Carmen. Estaba en plena actividad. Era un lugar limpio donde a veces se podía ver a un pescador fatigado subiendo la cuesta con una caja de salmonetes al hombro mientras su barca menorquina permanecía con el motor en marcha al pie de las escaleras que ascendían desde el mar de cobalto. Regalados la vista y el olfato con el espectáculo del pescado fresquísimo de la isla, entraron en el claustro del convento del Carmen. En él se alojaba el mercado general de frutas, verduras, carnes y embutidos. Y también muchos puestos de flores y de plantas aromáticas, mientras numerosos bares ocupaban la parte exterior del recinto ortogonal. En el piso superior del mercado, de absoluta autenticidad, se hallaban las aulas donde se celebraban las clases y conferencias de la Universitat d'Estiu de Menorca Illa del Rei. Ismael escribió: «Solo en un ámbito mediterráneo puede existir algo tan lúcido y humano como una universidad que forme parte del Mercado Central en una ciudad portuaria. El arte y la ciencia entre puestos de pescado, frutas y verduras».

Ante tal cúmulo de alimentos terrestres les entró hambre, y el patrón Merlín propuso tomar el aperitivo en una de las tabernas que ocupaban los soportales exteriores del claustro. Pidió sepia a la plancha y nadie planteó la más mínima objeción.

—¿Con mahonesa o sin mahonesa? —preguntó el solícito camarero.

—¿Cómo? Naturalmente que con mahonesa. Estamos en Mahón. Con mucha mahonesa y un poco de pan payés, por favor —respondió Ismael, y las chicas asintieron a la vez.

—Y dos jarras de cerveza muy fría, si es tan amable —añadió el patrón.

A esa hora, en la televisión del bar salió a relucir de nuevo el escándalo del exministro Veragua, y los comentarios malignos de la tertulia de periodistas se acompañaron una vez más con las consabidas y reiteradas imágenes del velero *Lydia* y del ya famoso baño del exministro en cala Llonga, exhibiendo ese ridículo bañador, aunque ahora se incluía un nuevo reportaje en el que aparecía el barco del millonario Armando Bielza entrando en el fiordo de Mahón con las velas color púrpura desplegadas como una cola de pavo real, lo que demostraba que el pérfido, anónimo y enmascarado reportero no había cesado de perseguirlos con la cámara. Merlín Fraud apartó los ojos de la pantalla e hizo un comentario compasivo; los demás añadieron una opinión banal sobre la corrupción y acto seguido iniciaron el clásico debate sobre el origen de la famosa salsa mahonesa. En la práctica, la que más sabía sobre este manjar era Sofía, puesto que lo había preparado mil veces en la cocina de casa, pero la teoría estaba en poder de Ismael, quien no se resistió a dar una explicación casi académica.

—Deben de haber sido interminables las discusiones sobre esta famosa salsa —empezó diciendo—, pero es bien fácil imaginar su origen. Desde el neolítico, cuando en Menorca, en Cerdeña o en la Grecia prehomérica se erigían talayots y navetas, los mediterráneos disponían de unas pocas cabras domesticadas, algo de caza y pesca y unas parcelas de cereales y viñedos protegidos del viento con márgenes de piedra. Y del jugo de los frutos oscuros y raquíuticos pero muy numerosos de un árbol sagrado: el olivo. El aceite de oliva era parte de la dieta básica. También podían recurrir a tallos, flores y a sus bulbos. Uno de ellos, muy abundante, era el ajo silvestre. A alguien se le ocurrió machacar ajo mezclado con aceite en un cuenco de piedra a modo de primitivo mortero. Algunos comprobaron que, añadiendo poco a poco un hilo de aceite sin dejar de removerlo con una maza, la

emulsión se trababa. Si se añadía un poco de flor de sal recogida en las rocas de la cala de Fornells y se untaba ese gel translúcido en una torta de harina de centeno o de trigo, el resultado era sublime. ¡Eureka! Había nacido el *all-i-oli*. Pero había dos problemas: el primero, que la demostración de tal alquimia muchas veces fracasaba y la emulsión se cortaba antes de cuajar. Pronto se descubrió el truco para que jamás fallara el invento y la pasta tuviera la consistencia adecuada: añadir una yema de huevo de ave durante el proceso. Era el *all-i-oli* con huevo, tan sabroso y más nutritivo que el primero. El segundo problema era que a los más finos de la tribu y a los dispépticos les fastidiaba o les sentaba mal el ajo. Está bien, quitémosle el ajo y ya está. Tan simple decisión, sin embargo, no fue acreditada oficialmente hasta que un gerifalte francés que residía por casualidad en Mahón en el siglo XVIII, cuando franceses e ingleses se jugaban Menorca a los dados cada dos años, la dio a conocer reivindicando la patente. *All-i-oli* con yema de huevo pero sin ajo. Había nacido la mahonesa, o mayonesa. Porque la vida en el Mediterráneo, como la mahonesa, se divide en dos variedades: con ajo o sin ajo. Fin de la lección de filosofía.

Y dicho esto llegó el camarero con cuatro sepias a la plancha y dos tarrinas, una con mahonesa con ajo y otra sin ajo, como corresponde a la vida. Venían acompañadas de dos jarras de cerveza muy fría. Y mientras daban buena cuenta de esta vianda vieron pasar muy compungido a don Saúl, el patrón del *Titán II*, y al resto de su familia, guiados por un guardia urbano. Habían oído misa esa mañana en la iglesia del Carmen para dar gracias a Dios por haberlos salvado de la tragedia.

—Hemos perdido el barco —exclamó angustiado don Saúl—. Dios nos ha mandado una prueba.

—Menos mal que estamos vivos —dijo su señora.

Sucintamente contaron lo ocurrido. Ya en la boca del puerto, después de ganar la cala de Sant Esteve, frente a la punta de Sant Carles comenzó a funcionar el sonar con redoblados pitidos que anunciaban bajíos o escollos en aquella zona. No les dio tiempo a reaccionar. En la tripa del barco sonó un estruendo compuesto de sucesivos golpes, y de pronto el *Titán II* quedó encallado. Sucedió a un centenar de metros de la costa. Las olas crecidas empezaron a golpearlo de costado y al final quedó escorado, a duras penas la familia pudo liberar el chinchorro después de ponerse los salvavidas. Con un

gravísimo peligro de naufragar, consiguieron saltar al agua. Tras una angustia inenarrable, llegaron remando a la costa, empapados, maltrechos y con heridas al verse obligados a trepar por las rocas convertidas en cuchillos afilados durante mil años por las olas. Una vez a salvo en el farallón, vieron que algunas lanchas se acercaban al barco encallado y sus ocupantes se disponían a asaltarlo como pirañas.

—Desde las rocas les gritábamos: «¡Oigan, que ese barco tiene dueño! ¡Por favor, no hay derecho! ¡Respeten la propiedad privada!», y ellos ni caso —explicó don Saúl.

Ante sus propios ojos, y sin que pudieran hacer nada para evitarlo salvo gritar, suplicar y rezar, desde varias lanchas unos tipos abordaron el barco, entraron en los camarotes y comenzaron a robar cuanto les vino en gana. Aquella honrada familia cristiana contempló cómo unos simples turistas se llevaban aparatos, carteras, móviles, maletas, y sin duda —pensaban— también se llevarían la ropa, el dinero y las tarjetas de crédito como vulgares ladrones. El expolio del barco se produjo a la vista de otros veleros, algunos de ellos participantes en la regata, y nadie hizo nada por enfrentarse a ese atropello que se fundaba en la creencia de que un barco sin patrón en medio del mar pertenece a quien lo encuentra.

—¿Y encima usted, don Saúl, ha ido a la iglesia con su familia a dar gracias a Dios? —preguntó Ismael—. ¿No habría sido más lógico blasfemar ante semejante tragedia?

—No hables así —dijo Laia—. Después de todo, se han salvado de morir ahogados.

—Así es, hija mía —respondió don Saúl—. Gracias a Dios lo hemos podido contar.

Los tripulantes del embarrancado *Titán II* siguieron al guardia urbano, quien los condujo a la Comandancia de Marina. Allí les facilitaron un remolcador y marineros expertos para reflotar el barco que, una vez realizada su labor, previo pago que marcaba la ley, lo llevarían a puerto para ponerlo en seco. El patrón comprobó que los ladrones no habían dejado ni las raspas. Así terminó la regata para el *Titán II*. La familia tomó el avión al día siguiente con destino a Valencia y el barco, una vez reparada la profunda cicatriz que el escollo le infligió en la quilla, fue conducido por un marinero profesional hasta el puerto de Circea de la Marina.

En medio del desierto del Sinaí se quedaron sin agua, y entonces Moisés levantó su mano y golpeó dos veces la peña con una vara, y brotó agua en abundancia, y bebieron el pueblo y los animales.

Dora Mayo había hecho saber al rastafari René Laguardia, el director de teatro, los pormenores de su drama particular. Había llorado en su hombro y él la había consolado, pero ella quiso dejar claro que, si su cuenta bancaria permanecía bloqueada, por su parte le resultaría imposible contribuir a sacar la obra adelante. Estaba dispuesta a hacerse a un lado. El rastafari, que tal vez había empezado a enamorarse de ella, tomó una de sus manos y dijo:

—Estrenaremos *Lisístrata* aunque tengamos que atracar un banco, y tú serás la protagonista.

La proposición fue aplaudida por las actrices de la compañía en la terraza de Playa de Madrid, aquel bar de Lavapiés. El grupo desafió al futuro incierto pidiendo una de bravas y bebiendo a morro de los botellines de cerveza. ¿Acaso no era Dora Mayo una estrella que se había liberado mágicamente de otros nudos mucho más severos? Sin duda era una chica con suerte, y tal vez algún día podría protagonizar otro milagro. Así pues, el ensayo continuaba todas las tardes como si no hubiera pasado nada. Bajo las órdenes de René, Dora Mayo se movía con naturalidad en el escenario y leía con una entonación medida su papel en la comedia feminista de Aristófanes.

LISÍSTRATA

Mi marido es el jefe de esta base militar, el mandamás con tres estrellas de ocho puntas en las hombreras y en las bocamangas y un fajín sobre la barriga. Sé de qué hablo. Mi marido también dice que la guerra es un buen empleo. Él ha llegado a coronel. Se cree Dios. Pero en la cama no es nadie. Allí soy yo la que manda.

MIRRINA

(*Sale a escena desperezándose.*) Lisístrata, dime, querida, ¿para qué me

has convocado?

LISÍSTRATA

¿También echas de menos a tu marido? ¿Le esperarás muy perfumada en la cama con el camisón de seda que compraste en las rebajas del economato de la base?

MIRRINA

No digas tonterías. Dime para qué me has llamado.

LISÍSTRATA

He convocado a todas las mujeres de nuestra comunidad. Tengo un plan.

MIRRINA

¿Otra de tus ideas descabelladas?

CLEÓNICA

Déjala que hable.

LISÍSTRATA

He convocado a las mujeres de la comunidad para proponeros la forma de llegar a la paz y dismantelar esta base militar.

MIRRINA

¿Qué pretendes?

LISÍSTRATA

Algo muy especial. Voy a proponer a la asamblea de mujeres, ya que no es posible llegar al desarme total, que metamos en la mollera de estos insensatos maridos, novios o amantes la idea de que nosotras, las mujeres, podemos poner esta base militar patas arriba. Puede que mi sistema sirva de ejemplo para otros cuarteles y regimientos. Debemos hacerles saber que nosotras tenemos la llave del poder.

MIRRINA

Yo por la paz hago cualquier cosa que mandes.

CLEÓNICA

También yo.

LISÍSTRATA

No estoy tan segura.

MIRRINA

Habla.

Al fondo se oye un parloteo de mujeres de oficiales que acuden a la asamblea que ha convocado Lisístrata.

CLEÓNICA

Yo también haré lo que mandes con tal de que mi niño duerma tranquilo, sin ruido de bombarderos y sin que lo despierten tus gritos. Habla de una vez.

LISÍSTRATA

Lo oiréis cuando me dirija a la asamblea.

CLEÓNICA

¿Tiene algo que ver con el... sexo?

MIRRINA

No nos tengas así. Somos tus mejores amigas.

LISÍSTRATA

Cada una de vosotras, cuando vuestro marido o novio llegue a casa de permiso y erecto como un burro en celo os empuje hacia la cama..., le diréis: «Oye, durante tu ausencia he pensado que... o tu misil o yo».

CLEÓNICA

¿Tu misil? ¿Qué clase de misil?

LISÍSTRATA

Sí, sí, su misil. Su misil. Tú ya me entiendes.

CLEÓNICA

Pero ¡qué dices, Lisístrata! ¿Pretendes que nos declaremos en huelga sexual?

LISÍSTRATA

Eso es.

CLEÓNICA

Pídeme cualquier sacrificio menos ese. Conmigo no cuentas. ¿Qué sería yo sin el misil de mi maridito, si me paso todas las noches soñando con él?

MIRRINA

Mi marido llega mañana de permiso. Si me niego a follar, es capaz de arrastrarme por los pelos como a una troglodita.

LISÍSTRATA

Lo que propongo es algo más sutil.

CLEÓNICA

Te veo venir. Excitarlo, y luego nada. Muchos melindres y después dejarlo en la cama a medio cocer. ¿Es eso?

LISÍSTRATA

Usar todas nuestras armas de mujer. ¿Qué os puedo contar? *(El rumor de un coro de mujeres que se acerca se hace cada vez más evidente.)* Por lo que veo, mi llamada ha tenido respuesta. Aquí estamos casi todas las mujeres de la base. Puede que alguna se haya quedado en casa pintándose las uñas. No importa. *(El rumor del coro cesa y se produce el silencio ante el brazo en alto de Lisístrata, que se dispone a hablar.)* Amigas: todas las que estamos aquí somos esposas o novias o compañeras de los militares de la base. Esta..., esta no es una reunión como las de esas comunidades de propietarios que se juntan para resolver un problema con el ascensor o firmar un contrato para revocar la fachada. Muchas de vosotras ya sabéis para qué os he convocado. *(Voces de asentimiento.)* ¡Os propongo que tomemos el control de esta base militar! ¡No nos acostaremos con nuestros maridos hasta que

abandonen las armas!

CORO DE MUJERES

(Voces, gritos, exclamaciones.) ¿A qué viene esto? Lisístrata nos conduce a la rebelión.

Después del ensayo, el grupo teatral se sentó en una terraza para comentar la función. En medio de la charla, Dora Mayo se fijó en que justo enfrente de ella había un cajero automático del banco donde tenía la cuenta intervenida. Con una cadencia casi ritual, a cada rato se acercaba un cliente que, de espaldas a la acera y como si se confesara ante un misterioso poder, metía una tarjeta, tecleaba una clave y de pronto, desde el fondo de la pared, comenzaba a manar una fuente de dinero. A su manera, algo parecido había hecho Moisés con una vara mágica para sacar agua de una roca en el desierto, solo que el profeta se había limitado a golpearla dos veces en nombre de Dios. El rastafari René le preguntó a Dora si había hablado con la gente del banco.

—Sí, claro —contestó la estrella—. El director fue muy amable, pero me dijo que mientras no levanten el bloqueo puedo olvidarme de la cuenta. No hay nada que hacer. Firmé un talón para probar, y no era conforme.

—¿Tienes tarjeta?

—También lo he intentado. No funciona.

En ese momento, Dora Mayo confesó que Pepe California le había regalado dos tarjetas, una de débito para su cuenta corriente y otra de crédito. Le dijo que esta última no tenía límite, que podía comprar incluso un coche, pero ella no la había usado nunca porque creía que era otra de sus fanfarronadas.

—¿La llevas encima?

—Sí, claro.

—Deja que la vea —dijo René.

Dora le mostró la tarjeta. Era plateada y lucía un águila de oro tornasolado con las alas abiertas. En ella se leía su nombre, junto a un número de diez cifras y cuatro letras misteriosas. René la frotó ligeramente en el muslo, como para comprobar si tenía energía.

—Es maravillosa. ¡Qué bonita! Acércate al cajero, tal como Moisés se

acercó a la breña desnuda en el desierto. Inserta la tarjeta. Invoca a una divinidad de tu gusto mientras tecleas la clave, a ver si así comienza a manar agua.

—¿Tú crees?

—Esta tarjeta es de crédito. Nada tiene que ver con tu cuenta corriente.

—La otra no funcionó. Por probar con esta no se pierde nada.

Todo el grupo teatral acompañó a Dora Mayo hasta el cajero de la plaza de Lavapiés y le protegió la espalda mientras ella manipulaba la contraseña en el teclado.

—¿Qué hago? ¿Cuánto saco?

—Pon dos mil euros —dijo René.

Así lo hizo la estrella y, después de un instante de silencio, cuando ya todos pensaban que la tarjeta saldría escupida sobre la acera, en el fondo del cajero comenzó a sonar un cierto y suave estertor de vísceras metálicas. De pronto, por la ranura apareció un fajo de billetes de cien, nuevos y crujientes, que fue saludado con un grito de victoria por el grupo de teatro.

—¡Funciona, funciona! —exclamaron admirados todos a la vez.

—¡Y esto no ha hecho más que empezar! —proclamó René en su papel del profeta Moisés.

El grupo comenzó a recorrer las calles de Madrid en busca de cajeros automáticos del banco de la estrella, y era como un milagro. Desde las entrañas de las paredes manaba dinero en cantidades cada vez más elevadas, un día y otro, a cualquier hora de la mañana o de la noche. De nuevo Dora Mayo quedó liberada sin saber a qué se debía este segundo milagro. Era, simplemente, que había vuelto a funcionar su buena estrella.

La voz gangosa de la radio repetía: «Mare di Sardegna. Pomeriggio: mare poco mosso, vento da N 13 nodi. Sera: mare mosso, vento da NE 16 nodi». Lo de siempre: después de disfrutar de calmas y de vientos portantes, llegaron los vientos jodientes.

Después de la jornada de descanso en Mahón, donde los navegantes aprovecharon para deambular por las calles, abastecerse de víveres, revisar los aparejos del barco y cargar combustible, la regata siguió hacia Cerdeña, con rumbo setenta y siete grados, una travesía de ciento noventa y seis millas hasta Alguer, sin duda la prueba más azarosa a la que había que enfrentarse. De hecho, algunos participantes, los más inexpertos o débiles de carácter, optaron por quedarse navegando en las Baleares para unirse de nuevo a la expedición en aguas de Sóller, en Mallorca, cuando los más audaces regresaran de Cerdeña.

La tarde anterior hubo un percance en el puerto de Mahón que pudo ser grave, cuando Luisote, el guardaespaldas del exministro Veragua, llevado por la paranoia, se enfrentó violentamente en el muelle con una joven que parecía estar tomando un vídeo cerca del velero de Armando Bielza. Sin pensarlo demasiado, llevado por un impulso ciego, saltó sobre ella, la agarró por el cuello, empezó a zarandearla, le arrebató la cámara y la tiró al suelo, y ya se disponía a pisotearla cuando la chica comenzó a gritar en alemán pidiendo ayuda a su pareja, un bigardo que lucía unos bíceps tan respetables como los del gorila guardaespaldas. El altercado llamó la atención de un policía de paisano que no quiso identificarse y de otros transeúntes que trataron de poner paz, pero la contienda no cesó hasta que se pudo comprobar que aquella pareja no tenía nada que ver con el periodismo ni mucho menos con el espionaje. El guardaespaldas Luisote no había cesado de mirar alrededor como un alcotán allí donde desembarcaban desde que el exministro había salido en televisión; para él todo el mundo era sospechoso, incluidos niños y ancianos, y por eso salir de ese maldito cerco de mil ojos que parecían observarlos, de mil móviles que podían grabarlos y marcharse a Cerdeña, supuso toda una liberación para los tripulantes del *Lydia*. Con todo, aún tuvieron que soportar que esa misma mañana, antes de largar amarras, en el

noticiero de las ocho volviera a salir el exministro Veragua cenando la noche anterior en una terraza del puerto de Mahón y riendo a carcajadas, en una imagen que el periodista más feroz de la tertulia televisiva aprovechaba para zaherirle aún más: «¿Se puede saber de qué se ríe este ladrón que se ha llevado la caja de un montepío de huérfanos?», preguntaba. Esa era la descarga. Así estaban las cosas cuando el *Lydia* izó las velas de color púrpura y puso rumbo a Cerdeña con la sensación de que abandonaba un círculo maldito.

Por su parte, el patrón del *Orestes*, el constructor Paco Olmedilla, ya había comprobado una vez más que no quedaba en todas las costas de las islas Baleares un palmo de tierra que no hubiera sido bombardeado con cemento armado a medias con la codicia, de la que su empresa era una de las responsables principales. Tenía un socio italiano en Cerdeña y ese era el único motivo que le incitaba a navegar hasta Alguer, donde habían quedado en verse para tomar juntos una paella que guisaría a bordo Delia, su mujer, con ayuda de sus hijas Lara y Alejandra, cuyos ingredientes había cargado en Circea de la Marina: arroz bomba, pimientos rojos, tomates, judías verdes, guisantes, bajocones y carne de pollo, cerdo y conejo, todo en nombre de la felicidad. Y en especial dos bidones de agua de una fuente de Valencia sin la cual nunca sale una paella como Dios manda.

El velero *Orestes* llevaba una tripulación femenina muy comprometida toda ella a la hora de disfrutar del placer de la vida, su única ideología. Tanto la madre, que parecía haber nacido solo para llenar de felicidad el estómago de su marido, como las dos hijas, que trataban de redimir la inanidad de sus vidas agarradas a los complementos de marca: pareos de Valentino, bolsos playeros de Armani, bikinis de Kenzo, sandalias de Donna Karan, gorras de visera de Nike auténticas, cremas de Dior y nada que no sonara a caro y exclusivo, Carolina Herrera, Marc Jacobs, Tom Ford, Calvin Klein. Hablaban como si tuvieran una pelota de pimpón en la boca y eran superficiales, alegres y simpáticas. Divinas.

La previsión meteorológica anunciaba que por la tarde habría marejada y un viento casi de proa, pero este pronóstico no alarmó en absoluto al patrón

del *Suertes de Mar*. Llevaban ya tres horas de navegación de través hacia Alguer, ayudada por el motor infatigable, lo que había permitido alcanzar una media de algo más de seis nudos. Cuando el viento era muy favorable navegaban solo a vela largando escota con todo el trapo de la mayor y del génova, para alivio general de la tripulación y en honor a la paz cósmica por unas horas. Si el silencio del planeta estuviera en venta, el que se produce en alta mar sería sin duda el más caro, debido a su dulzura.

Ismael había anotado en su cuaderno de bitácora: «Anoche, en el puerto de Mahón, cuando en la absoluta oscuridad asomó el filo sutil de la luna en cuarto creciente, pensé que Laia les ofrecería otro de sus homenajes, puesto que la brisa no podía ser más sensual. ¿Acaso no era masturbable esa luna musulmana con el planeta Venus colgado de uno de sus cuernos como una lágrima?, le dije. Por un instante creí que en ese momento podría darle a la caza alcance, pero ella no se mostró receptiva. Me dijo de nuevo que tal vez ese deseo se cumpliría cuando llovieran las Perseidas en la noche de San Lorenzo. No sé si se refería a que esa noche me permitiría participar en su masturbación telúrica. Sueño con que algún día esta chica tan mística, boca arriba, clave sus uñas en mi espalda».

Según los cálculos, la travesía se iba a desarrollar a lo largo de dos jornadas con muchas horas sin avistar tierra y, aunque llevaban provisiones suficientes, el patrón Merlin pensó que sería maravilloso sobrevivir con los alimentos que les proporcionara el mar y, con ese propósito, habían largado curricanes con dos cañas fijadas en los candeleros de las aletas. Desde que zarparon de Circea de la Marina no habían pescado nada, salvo unos plásticos y algunas algas, pero de pronto, después de toda una mañana de navegación, por fin y contra todo pronóstico, hacia el mediodía vieron por primera vez que el sedal estaba doblando una de las cañas.

—¡Eh, eh! ¡Ahí hay algo! —gritó Laia.

—¡Algo muy gordo que está a punto de romper el sedal! —añadió Sofia llena de entusiasmo.

Cada uno de los tripulantes apostaba acerca de qué clase de monstruo afloraría en la superficie mientras Ismael cobraba el carrete. Un bonito, una lampuga, una melva, una lecha. Nadie acertó. Dando saltos a flor de agua venía trincada del anzuelo una albacora de buen tamaño e Ismael, que sabía de estas cosas, explicó cuál era la mejor forma de izarla a bordo y liberarla del anzuelo sin que se escapara de las manos. Estaban todos en esta labor

cuando comenzó a doblarse la otra caña. El júbilo fue muy grande al ver que habían pescado una caballa de dos palmos y medio. El vuelo raso y circular de varias pardelas indicaba que estaban atravesando un banco, tal y como se vislumbraba también en la pantalla de la sonda. Fue una media hora muy divertida en la que no hubo tregua para los anzuelos. Unas veces el sedal les traía un atún juvenil que había que devolver al mar, puesto que su pesca estaba prohibida, y otras podía ser un pez espada que rompía el sedal y se escapaba. En cualquier caso, la captura fue suficiente como para que Sofía exclamara:

—Si Eolo y Neptuno, que gobiernan juntos el viento y el mar, lo permiten, me comprometo a guisaros en alta mar el mejor marmitako de vuestra vida.

El velero *Orestes* navegaba con viento favorable en un mar todavía muy tranquilo cuando a unas cuarenta millas de Mahón una de las hijas del patrón Olmedilla se quitó las gafas de sol, marca Snob Milano, porque había creído ver algo raro a lo lejos por estribor y quería comprobarlo con mayor detalle. Se lo comunicó a su querido papá.

—Oyes, papi, cielo, ¿qué es aquello?

—¿Qué?

—Aquello. Allá. A la izquierda. ¿No lo ves?

—No veo nada —dijo papá.

Se pusieron todos a mirar, y no lograban salir de dudas debido a la ligera bruma que se elevaba en la raya del horizonte. Como navegaban en ese rumbo, poco después comprobaron con asombro y cierta angustia que, en efecto, se trataba de una balsa a la deriva.

—Oh, Dios mío, parece que es una patera. ¿Serán inmigrantes? Qué mala pata. ¡Con lo bien que iba todo y ahora...! ¡Vaya, unos náufragos! ¡Lo que faltaba! —exclamó la mamá Delia.

—Nos ha tocado. No hay más remedio. Si son náufragos, hay que dar la cara —dijo el patrón del *Orestes* mientras trataba de conectar la radio del barco para dar el *mayday*.

—Qué horror, oyes, qué horror. ¿Qué podemos hacer? ¡No nos irán a asaltar si son piratas! —murmuraban llenas de pánico las chicas.

En la radio había muchas interferencias en inglés de barcos que navegaban cerca y Olmedilla, viendo que la patera se acercaba traída por la deriva, al

borde de la histeria golpeaba un mamparo con el puño por no obtener más respuesta que una estúpida conversación de unos gansos italianos que se estaban contando chistes. Después de un cuarto de hora, finalmente la señal fue captada.

—Sí, aquí Mahón Radio, le recibimos alto y claro... No cambie de canal. Así que han avistado..., me dice usted..., una patera o barca inflable con personas, y ustedes son un velero de catorce metros, el *Orestes*. ¿Me lo confirma?

—Correcto, pero rectifico: no es una barca de goma sino una embarcación rígida, pequeña, de unos cinco metros, con un motor fuera borda. A la deriva.

—Okey. Sí, sí, anoto que son cinco las personas que van a bordo y que les piden auxilio pero que parecen encontrarse... Vamos..., que se encuentran..., digamos..., bien.

—Eso creo. Correcto.

—Entendido. Así pues, manténganse en sus proximidades, por favor. Les confirmo la posición que me han dado: latitud 40° 01' norte; longitud 005° 11' este. ¿Es así?

—Correcto.

—Bien. Escuche, vamos a enviar a Salvamento Marítimo...

—Gracias —exclamó aliviado Olmedilla.

—Tranquilos, no pierdan la calma.

—Por favor, dense prisa. No sabemos qué hacer.

—Me dicen que irá una lancha rápida de Salvamar. Sale ya. Tardará una hora y media, quizá un poco más. Seguramente enviaremos también un helicóptero.

—Por favor. ¿Qué podemos hacer mientras tanto?

—No, no, nada... Escuche: manténganse cerca de la barca, pero bajo ningún concepto permitan que suba a bordo de su velero ninguno de los naufragos. Si les dicen que tienen sed, pásenles botellas de agua potable, sobre todo agua. Utilicen un bichero largo para que no se lancen al mar o intenten agarrarse a los candeleros. Pueden enviarles también algo de comer con un cabo o como se les ocurra, pero repito: tienen terminantemente prohibido subirlos a bordo.

—Sí, gracias, entendido. Nos mantendremos cerca. Cualquier novedad, en canal 16. Repito, 16. Exigiremos silencio radio.

Durante un tiempo que parecía interminable, la familia Olmedilla tuvo ante

sus ojos, a pocos metros de distancia, un caso mínimo de la gran tragedia planetaria que azota a la humanidad. Más de tres mil náufragos se había tragado ya el Mediterráneo en el último año. Ahora tenían delante a dos hombres y a dos mujeres, una de ellas embarazada y otra con un bebé de pocos meses en brazos, extenuados, a punto de morir de sed y de hambre.

—Son unos pobres negros, papá, hay que ayudarles —exclamó la hija pequeña.

—Claro, hija, claro.

La familia de Paco Olmedilla se comportó con entereza y cumplió correctamente las órdenes que había recibido por radio. Les lanzaron botellas de agua y paquetes de galletas de miel y avena. Las chicas gritaban a los náufragos que no se acercaran, que pronto llegaría el salvamento, pero ellos no entendían o tal vez no tenían fuerzas para contestar. Pronunciaron torpemente algunas palabras en francés; al parecer habían salido de Marruecos y se habían quedado sin combustible. Y por los gestos parecían indicar que dos de sus compañeros habían caído al agua y se habían ahogado.

Poco más de media hora tardó en aparecer el helicóptero, y después llegó la lancha rápida de Salvamento Marítimo. La aventura dejó a la familia pija de Paco Olmedilla con el corazón sobrecogido al ver la trabajosa labor de rescate a cargo de unos muchachos entregados que arriesgaban su vida, pero durante mucho tiempo también proporcionó a aquellas niñas un indudable protagonismo a la hora de narrar con voz gangosa, en innumerables conversaciones de sobremesa, todos los pormenores de la tragedia.

Mientras la radio repetía el parte meteorológico —«*Mare di Sardegna. Pomeriggio: mare poco mosso, vento da N 13 nodi. Sera: mare mosso, vento da NE 16 nodi*»—, en el *Suertes de Mar*, ajenos al percance de los náufragos, Sofía se disponía a guisar un marmitako con el pescado recién capturado pese a que los demás le pedían que desistiera dado que el viento y el oleaje eran inciertos. Pero ella, muy dispuesta, quería intentarlo, y estaba tratando de fijar la marmita con unos arneses a la cocina de gas cuando una ola golpeó el costado de babor con una dureza que suponía toda una amenaza. Ismael advirtió de lo que iba a pasar. Había que prepararse para afrontar una fuerte marejada, como mínimo un chubasco si tenían en cuenta los negros nubarrones que aparecían por babor, y para complacer y rebajar los ánimos

culinarios de Sofía dijo:

—Según Leonardo da Vinci, el arte es una cosa mental. Yo opino que lo mismo sucede con la gastronomía, de modo que si en vez de preparar al fuego el marmitako, querida Sofía, nos declamas la receta como si fuera un poema de Ovidio, nos sentará igual de bien y mientras tanto podremos poner rizos a la mayor y cambiar el génova por el tormentín, porque lo que se avecina es un cafarnaún de mucho cuidado.

Dicho y hecho. Mientras Merlín e Ismael preparaban las velas ante la advertencia del mar que iba creciendo, Sofía comenzó a recitar en voz alta y muy entonada este poema culinario:

—Se pone aceite de oliva virgen en la olla y, antes de que esté muy caliente, se rehogan durante unos segundos los tacos limpios y sin espinas de la albacora. Se reservan en una fuente. Se dora una ñora y se aparta también. Se pone cebolla fina a sofreír, así como pimiento verde y rojo picado. Ahora se remueve todo. Se añade un poco de ajo machacado con perejil. Poquísimo tomate rallado, como si fuera una especie peligrosa. Agua fresca, aunque nosotros añadiremos a modo de sal medio vaso de agua de la mar salada del Mediterráneo por motivos de veneración y agradecimiento. Cuando hierva el caldo, pondremos las patatas en trozos grandes como lunas rotas. Volvemos a la ebullición. Bajamos el fuego. Esperamos a que la patata se deje pinchar sin dolor. Casi hemos acabado. Entretanto, con un movimiento espasmódico de la mano sobre un mortero que recuerde una danza caníbal con un toque onanista, el mejor cocinero ayudante del *Suertes de Mar*, que es Ismael, debe preparar un fantástico *all-i-oli*. Sabido es que el punto esencial de un guisado mariner, marmitako o no, es la picada final de ajo, ñora y perejil. Pan frito y almendra machacada son optativos y bienvenidos. Se depositan entonces los tacos de pescado que hemos reservado (¡nuestras albacoras y caballas, pescadas por nosotros mismos!) e inmediatamente se ponen sobre la marmita en ebullición un par de cucharadas de un *all-i-oli* recién hecho junto con unas hebras de azafrán secadas previamente sobre la tapadera de la olla y deshechas entre los dedos. Se remueve un poco y se apaga de inmediato el fuego, porque los tacos de pescado han de conservar un corazón rosado.

—¡Oh, qué bien hemos comido! —exclamó el patrón Merlín simulando un regüeldo mientras dudaba entre tomar uno o dos rizos en la mayor.

—Todo el barco huele a ajo —añadió Laia.

—Pues a mí, la receta cantada por Sofía me huele a efluvios de la tierra

prometida de Cerdeña —dijo Ismael.

La alegría culinaria duró poco y de hecho tuvo muy mala digestión, porque la previsión meteorológica se hizo realidad de inmediato, pero equivocada, debido a una de esas bajadas térmicas imprevistas tan frecuentes en el Mediterráneo. Desde la salida de Circea de la Marina el mar había estado para bebérselo, sin ninguna amenaza más allá de alguna marejada animosa. Sin embargo, ahora el fondo del horizonte comenzó a iluminarse con una telaraña de relámpagos que se sucedían casi sin interrupción.

—Parecen las venas y arterias del vientre celeste radiografiado por un médico sádico —dijo Ismael.

—Suenan ya los timbales de Wagner —exclamó el doctor Fraud—. Se prepara una buena.

No tan lejos, los truenos sordos aún parecían estar camuflados por el rumor de la navegación. El espectáculo era bello, desde luego, pero como efecto de discoteca cósmica en medio del mar la cosa no tenía ninguna gracia. Tanto Merlín como Ismael sabían de sobra que las tormentas eléctricas en alta mar tenían un peligro sobreañadido si se consideraba que los obenques y los estayes eran de acero, con lo que una chispa celeste con el casco de plástico no tenía salida si te caía encima. Podía destruir el barco, así de sencillo. La discoteca de luces en el cielo se vio pronto acompañada por ramalazos de lluvia y rayos que caían directamente al mar y que a veces parecían emerger del abismo. Era absurdo, pero continuaba sin haber viento de tormenta. Solo rayos y truenos del que amontona las nubes, según Homero. Bien, ocurría que el precioso velero *Suertes de Mar* no solo tenía la jarcia firme, tan metálica como los demás, sino que su patrón, Merlín Fraud, había encargado expreso un mástil de acero inoxidable en vez de aluminio a fin de aguantar más trapo en los peores temporales. Dicho en corto: Merlín y los suyos eran el único pararrayos en veinte millas a la redonda. Será cuestión de suerte, pensó Ismael, francamente asustado pero intentando no demostrárselo a la chica a la que quería enamorar.

—¿Me pasáis el whisky? —dijo de forma displicente.

De pronto comenzó a arreciar el viento del norte que poco después roló a mistral, con rachas de treinta nudos que escupían una mar tremenda. Cualquiera que haya roto el rosario rezando durante un temporal sabe que las olas más siniestras vienen de tres en tres —las famosas Tres Marías—, o de cinco en cinco según otros experimentados marineros. Una de aquellas garras

del infierno se encabritó contra la popa del *Suertes de Mar*, inundó la bañera y empapó a todos sus tripulantes, que en ese momento ya llevaban puestos los arneses y chubasqueros, mientras en el camarote se producían corrimientos de enseres, mapas, perolas de cocina, toallas, colchonetas, potingues y puertas de mamparos hacia una y otra banda, pero Ismael se mostraba firme al timón y con una pericia tal vez innata conseguía que las olas no golpearan los costados del barco. El viento silbaba en los obenques, la botavara trasluchaba sobre las cabezas de los tripulantes, alguna de las Tres Marías levantaba su garra en la proa hasta deslizarse por parte de la cubierta. En medio de la confusión, el canon del buen marinero mandaba mantener la mente clara y el corazón en su sitio, y nunca los genitales en la garganta. Ismael recordó a gritos a las chicas, en medio de los ofuscados embates del viento y del oleaje contra la regala, lo que decía su abuelo Joan. «El temporal siempre hace honor a su nombre: siempre es temporal.» De modo que había que aguantar. Fueron tres horas de extrema dureza en que llegaron a pensar lo peor, pero en medio de la confusión la zozobra de los tripulantes del *Suertes de Mar* fue en aumento cuando vieron un helicóptero que, pese al viento huracanado, describía círculos cerca del barco, donde parecía agitarse un bulto a la deriva. No tardaron en saber que se trataba de un ahogado, tal vez uno de los que habían sido arrojados fuera de la patera descubierta por el *Orestes* de Olmedilla. No hay que dejarse embaucar por el romanticismo. El mar muestra una absoluta indiferencia frente al dolor. El abuelo Joan le dijo a Ismael que los ahogados flotan con la espalda hacia el cielo, la cara como absorta mirando al fondo impenetrable del mar, los brazos y las piernas semiabiertas, flácidas, dislocadas, el pelo como una medusa ondulante, y así se deslizaba aquel ahogado por babor a unos pocos metros del barco. Los tripulantes del *Suertes de Mar* contemplaron con admiración cómo la lancha de salvamento, jugándose la vida, conseguía rescatar aquel cadáver ya hinchado, porque al parecer llevaba ahogado varios días y lo acababa de avistar el helicóptero.

Tal vez fue Pompeyo el que dijo: «Navegar es necesario, vivir no es necesario», una frase que suelen repetir algunos esnobs de asfalto que no saben distinguir un sargo de un pargo, ni un pulpo de un calamar. La frase del latino no era en absoluto un principio de filosofía ni de moral, sino una

simple amenaza. Este era el mensaje: «Quien se niegue a navegar a mi lado contra el enemigo de Roma puede considerarse hombre muerto. Navegar es necesario porque, de lo contrario, os será imposible vivir sin el gacinate que yo mismo os cortaré con mi espada».

Pudieron haber sido fulminados por un rayo, pero felizmente nada malo ocurrió, salvo alguna magulladura, tanto en el cuerpo como en el alma. Después de tres horas de infortunio, el temporal amainó y el *Suertes de Mar* navegó con una discreta bonanza pese al mar de fondo. A las once de la noche habría cruzado el meridiano equidistante de la travesía entre Mahón y Alguer. Le faltaban algo más de cien millas. Pasado el peligro, como Ismael había demostrado mucho coraje frente a la adversidad, Laia le había dado a entender que sería recompensado. Pero atrás quedaba un ahogado que no había aparecido.

«Ese cadáver sin rostro ni nombre es también el símbolo de toda la humanidad que ha naufragado», escribió Ismael en el cuaderno de bitácora.

Quizá no exista un instrumento más profundamente humano que un faro, cada uno con su señal específica de silencios y destellos. Quizá el terror de la muerte consista en que en esa travesía nocturna en la barca de Caronte ya no hay faros.

El temporal había cesado, el mar se fue sosegando hasta ponerse amable y un viento largo inflaba de nuevo los pliegues de las velas, que iban ayudadas con un punto de motor. En el firmamento lívido acababa de aparecer el planeta Venus, al que los antiguos llamaban estela vespertina, un requiebro que en la letanía del santo rosario se dedica a la Virgen María. El sol horizontal, algo escalfado, había dorado primero las aguas y, una vez hundido en el abismo, las sombras comenzaron a teñirlas del color de la plata vieja y luego de estaño hasta sumirlas en un gris antracita. El crepúsculo había sido digno de uno de esos homenajes carnales que Laia solía ofrecer a la belleza, según decía, pero esta vez la mística pelirroja prefirió tomarse un gin-tonic a lentos sorbos, recostada en la banda de babor, mientras contemplaba en silencio la laca japonesa en que se había convertido el atardecer, con sus sutiles matices de rosas, malvas, morados y amarillos, una creación de la naturaleza que parecía dirigida a esa parte superior del cuerpo donde, por lo visto, radica el espíritu.

El gin-tonic de Laia convocó la sed en los demás tripulantes. Con el licor deseado en la mano y mojamás, pulpo seco y huevas de atún en una bandeja, la conversación rodó una vez más sobre el cadáver del subsahariano semidesnudo que había salido a su encuentro en la travesía flotando boca abajo. Y mientras los demás hablaban de la injusticia universal que este naufrago suponía, Ismael asentía dando por hecho que este jodido mundo se había convertido en una puta mierda, pero no por ello estaba dispuesto a renunciar al placer de contemplar los labios carnosos, los muslos torneados y las pecas encendidas de los hombros y el rostro de la esquiva pelirroja. Después de tantos días de navegación, en los que su piel había absorbido tantos soles, había caído en la cuenta de que Laia nunca le había pedido que le extendiera crema sobre aquellas pecas que tanto adoraba.

Es cierto que la aparición de la patera y la presencia del ahogado dieron un

giro a la regata. En adelante los argonautas navegarían con ese náufrago como un tripulante más a bordo, aunque de alguna manera también estaban satisfechos de haber presenciado una operación de salvamento y de haber sido testigos directos de la catástrofe de la humanidad de la que todo el mundo hablaba. Mahón Radio había dado la noticia del rescate de los náufragos con bastante detalle. En el último noticiero de la tarde se decía que había sido el velero *Orestes*, patroneado por un tal Francisco Olmedilla, el que había avistado la patera, que llevaba diez días perdida en el mar. También se aludía al cadáver rescatado y a otro náufrago desaparecido, y por si quedaba alguna duda la noticia se explayaba diciendo que el velero *Orestes* pertenecía a la regata en la que participaba el exministro Camilo Veragua, aunque él personalmente no había intervenido en la acción, puesto que el velero *Lydia*, con las famosas velas color púrpura, navegaba en ese momento a varias millas del lugar de los hechos. El patrón Merlín hizo un comentario banal:

—Ese pobre hombre, el tal Veragua, acabará tirándose al mar. Aunque se haya llevado la caja de unos huérfanos para comprarse un dúplex en Marbella, si es verdad lo que dicen, que vete tú a saber, la persecución que sufre está siendo brutal.

—No es necesario que se tire al mar —añadió Ismael—. En realidad, ya es un ahogado.

—Si me encuentro con él en Cerdeña —dijo Merlín en tono desenfadado—, le voy a proponer cambiarle el rostro con cirugía estética para que nadie lo reconozca cuando lleguemos a Circea de la Marina. Le pliego los mofletes y su yo culpable se va a tomar por saco. Hombre libre.

No era algo tan descabellado, porque Veragua había comenzado a creer que se hallaba a merced de un acoso que no podía controlar. ¿Dónde estaba ese hijo de perra que seguía sus pasos con un teleobjetivo? Tal vez estaba en todas partes y en ninguna. Podía ser un dron del tamaño de una avispa, e incluso de una mosca, que rondaba sobre el espacio en el que se movía. También llegó a pensar que podía estar vigilado vía satélite, y que un día algún sicario contratado por quinientos euros en cualquier prostíbulo de Benidorm podría pegarle dos tiros. Crímenes de esta especie habían sucedido en las tierras de la Marina, donde la fiesta de la corrupción había comenzado

a ser orquestada con suicidios y asesinatos. En esos barrancos había alacranes y víboras de toda clase. De hecho, una de las opciones de Camilo Veragua, en cuanto pisara tierra en Cerdeña, consistía en tomar un avión a Roma y desaparecer del mapa.

Bien adentrados ya en la cuadrícula que separa las aguas de Menorca de las de Cerdeña, en el *Suertes de Mar* hubo que decidir el turno de la guardia para navegar durante la noche. Se optó por que el patrón se hiciera cargo de vigilar el piloto automático hasta las tres de la madrugada, hora en que tomaría el relevo Ismael. Ambos deseaban que las chicas pasaran la travesía nocturna felizmente dormidas.

Quizá no exista instrumento más humano que un faro, cada uno con su señal específica de silencios y destellos. Quizá el terror de la muerte consista en que en esa travesía nocturna en la barca de Caronte ya no hay faros. Esa noche, en el mar no habría más luces que las de los petroleros, transatlánticos, cargueros y yates de recreo de los millonarios, cuyas señales rojas, verdes y blancas había que interpretar para medir la distancia y el sentido en que navegaban. No resultaba nada fácil. Cualquier luz en la oscuridad de alta mar, aunque se encuentre a dos millas, parece que te va a pasar por encima. Pero es mucho peor si cae la niebla, la verdadera maldición de los navegantes, porque en ese caso todos los barcos se convierten en buques fantasmas y resulta estremecedor oír el lamento de su sirena o su campana en medio de la confusión de esa maldita sopa del diablo.

Ismael había dormido aceptablemente, estirado bajo una manta en la banda de estribor, y tanto él como el doctor Fraud respetaron el profundo sueño en el que estaban sumidas las chicas en sus camarotes, acunadas por el suave balanceo de un mar amistoso. A las tres de la madrugada se produjo el relevo. Ahora Ismael estaba solo al timón, bien despierto, con sus ojos adánicos dilatados hacia la oscuridad de la noche y con la radio abierta a su lado por si ofrecía algún aviso a navegantes.

No hay nadie en el mar, solo estoy yo —pensaba Ismael—. Mis amigos duermen tranquilamente porque confían en el velero y en mí. Es el mejor homenaje que pueda recibir un timonel. Esta felicidad, no exenta de angustia, de miedo y de fortaleza, es muy difícil de expresar. Laia duerme. Debería merecer la pena de muerte quien despertase en un barco de noche a la mujer

amada.

Llevaba Ismael casi dos horas de navegación a solas con sus pensamientos, sin haber avistado en el horizonte otra luz que la de un carguero, cuando, a punto de despuntar el alba, apareció en la cubierta Laia, somnolienta, con un termo de café.

—Vengo a hacerte compañía, para que no te aburras. ¿Dónde estamos? — preguntó.

Llevaba un jersey marinero a rayas horizontales con cuello de barco y unos pantalones cortos. Tenía el rostro levemente hinchado por el sueño, y a veces se estremecía con un ligero escalofrío a causa del relente. Se sentó al lado de Ismael, y los dos tomaron el café sin pronunciar palabra. Luego prolongaron el silencio bajo el sonido del golpeo de las olas contra las amuras. Ella miró la incierta claridad que parecía dibujarse en el horizonte y le preguntó si sabía el nombre de esa estrella que había quedado en el cielo.

—Es Venus, el lucero del alba, que al anochecer se llama estela vespertina y ahora se llama estela matutina —le dijo Ismael.

—¿Y Júpiter?

—Júpiter ya se ha ido.

Era una bonita forma de iniciar una conversación, como ya habían hecho otras veces. También podían hablar de las fases de la luna, ahora en cuarto creciente, pero Ismael le dijo:

—Apenas nos conocemos. ¿Por qué, en lugar de hablar de las estrellas, no me hablas de tu vida?

—No me gustaría estropear las cosas —contestó Laia.

Podía hablarle de su madre irlandesa, de quien había heredado las pecas y el pelo de color zanahoria además de una educación entre religiosa y naturista. Cuando su padre, abogado alicantino siempre metido en líos, se fue de casa, su madre se metió un tubo de pastillas primero y luego intentó cortarse las venas. Qué más podía contarle para alegrarle la noche..., que ella había nacido dentro del agua en una comuna de hippies en Circea de la Marina, podía hablarle de su infancia en Altea, de la escarlatina que padeció de pequeña, de la crisis de pubertad que la abocó a meterse monja. En una noche tan maravillosa como esta bajo las estrellas, ¿quería que le hablara de sus estudios de Filología Inglesa, de su primer novio, al que tuvo que dejar porque le olía el aliento, del encanto mundano de Merlín, que había operado a su madre de las bolsas de los ojos y en cuya clínica había conocido a Sofía,

que era su enfermera y de quien se había hecho amiga, de otras cosas igual de aburridas y cotidianas como las que le pasaban a todo el mundo? Odiaba hablar de la familia. No quería tener hijos. No quería traerlos a este mundo de mierda condenados a tener que morir. No estaba dispuesta a hacerlo. Era mejor imaginar que cada uno de ellos dos venía de un lugar desconocido y que el azar los había unido en una travesía por el mar durante unos días determinados, que al terminar la regata se separarían y todo se diluiría en la memoria. Era mucho más excitante tomar este encuentro como un destino, sin nada en el pasado ni en el futuro. Navegar y amar, decía Ausiàs March, era como un juego de dados.

Ismael le pasó el brazo por la espalda y la atrajo hacia sí. Laia apuró el último sorbo de café y se dejó llevar, como si tratara de buscar refugio en el cuerpo de aquel desconocido compañero de travesía. Ismael le forzó suavemente el rostro para que le mirara de frente y le preguntó:

—¿Puedo expresarte un deseo lírico y un tanto ridículo?

—Sí. Hazlo.

—En este momento, bajo las estrellas, todo mi horizonte son tus labios.

—Demasiado poético, pero no está mal —murmuró Laia.

Pese a que el amanecer aún no alcanzaba a iluminar las miradas, la vio sonreír. Ismael buscó su boca en la oscuridad y ella le abrió todo el horizonte, como él deseaba, hasta el fondo de la lengua, y a partir de ese momento explorar aquel cuerpo se convirtió en una nueva navegación. Compartieron algunas caricias someras. Ismael la estrechó contra su pecho y comenzó a besarla profundamente en la boca, y luego le amasó los senos por debajo del jersey. Con creciente excitación, ella bromeó:

—¿Estás tratando de hacer un nudo marinero conmigo? ¿Un as de guía? No te voy a dejar, y no sé si vas a poder.

Fue un trabajo arduo, lleno de embates y jadeos. El mar de Laia estaba lleno de escollos. En el horizonte, el que no eran los labios de la pelirroja, comenzó a emerger una luminosidad difusa. El olor a café y tostadas que estaba preparando Sofía se apoderó del barco, y de pronto sonó la música de *'O sole mio* y en la cubierta apareció el doctor Fraud.

—*Bon giorno! Bon dia!* —exclamó—. ¡Buenos días! ¡El mundo gira! ¡Qué maravilla! ¿Dónde estamos?

Amanecía. En la raya del mar, precedida por una inflamación del cielo, apareció con una solemnidad augusta esa imponente bomba de hidrógeno que los antiguos llamaban Helios.

—No hay espectáculo tan hermoso como este —exclamó Ismael.

—Así es, pero debes protegerte de ese dios poniéndote un pequeño esparadrapo en la herida del rostro —le dijo el cirujano.

Quedaba una jornada de navegación hasta que apareciera a proa el cabo Caccia, una soberbia muela marina que se elevaba por encima de la espuma de las olas, con su faro anclado exactamente a 186 metros de altura, según aclaraba el derrotero.

El *Suertes de Mar* arrumbaría el precioso promontorio al sur de cala Conte —la puerta geológica de la rada de Alguer— al final del día, y uno tras otro lo harían también los demás veleros de la regata para atracar en la marina de Sant'Elmo, al pie de la muralla y de la fortaleza de la Magdalena, donde habían reservado los amarres.

Después de la larga travesía, fluctuaba la tierra bajo los pies al desembarcar. Había hecho un calor sofocante en el mar pero ahora, al caer la tarde, el aire se había templado y todo invitaba a dar un paseo por el centro histórico de la ciudad, cenar en algún buen restaurante y tomar una copa en cualquier lugar agradable. Unos tripulantes se decidieron por Sa Mesa y otros por Al Tuguri, y muchos se sorprendieron al oír hablar catalán en tiendas y bares y comprobar que las calles estaban también rotuladas en ese idioma. Algunos habían programado excursiones a la gruta de Neptuno o a Porto Conte. Cada patrón tenía sus preferencias. El beato productor de cementos Armando Bielza, espoleado por su mujer, recorrió al día siguiente las iglesias de Alguer tratando de encontrar la dedicada a Santa Lidia. Se llevó una sorpresa muy desagradable cuando, al preguntar por esta mártir a los curas y sacristanes de la catedral de Santa Maria y a los encargados de los templos de San Michele y de San Francesco, ninguno pudo darle razón de esa Santa Lidia, vendedora de telas color púrpura.

—Señora, aquí no tenemos noticias de esa santa —le dijo un canónigo.

—Entonces, ¿se puede saber por qué hemos venido hasta aquí? —exclamó muy airada doña Lydia—. La regata está bajo el patrocinio de esa santa, mi onomástica. Ahora me entero de que todo es mentira.

—Qué más da, mujer —dijo su marido.

—Te digo que esto tiene mala pinta. No puede traernos nada bueno, ni a

nosotros ni a la empresa —insistió encabritada la señora.

Según lo prometido, el patrón Paco Olmedilla le ofreció una paella a su socio italiano, un tal Marco Donato, guisada a bordo del *Orestes* por Delia, su mujer, y sus hijas. Fue mientras hervía el caldo, antes de echar el arroz, cuando sonó el teléfono móvil de Olmedilla. Al principio pensó que se trataba de una broma, pero su primo Gerardo, entre alarmado y divertido, le llamaba desde Valencia para hacerle saber que en un periódico había aparecido la esquila de Pepito Cobaleda.

—¡Eso no es posible! —exclamó Olmedilla—. Precisamente ayer contacté con él desde el mar para contarle el rescate de la patera y preguntarle por su salud. Con una voz espléndida y sin ahorrarse alguna carcajada, Pepito me dijo que pronto le iban a dar de alta.

—Eso no es lo peor —insistió su primo.

Lo peor era que la esquila ocupaba un cuarto de página de periódico y estaba insertada en medio de los anuncios de sexo. Encuadrada con un filete negro y presidida por una cruz, rezaba así:

Rogad a Dios en caridad por el alma de don José Cobaleda, ilustre abogado, muerto a los cincuenta y dos años con la bendición apostólica de su santidad y reconfortado con los auxilios espirituales. Sus amigos no le olvidan y ruegan una oración por su alma. El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Alabado sea Dios.

La esquila estaba rodeada como una orla de pequeños módulos con anuncios de sexo, algunos muy explícitos y depravados, con siluetas de chicas desnudas en posturas sumamente eróticas. Bajo la sección de servicios, en torno al anuncio de la muerte de Pepito Cobaleda, se leían reclamos de esta clase: Cubana impresionante. Cañón. Culona. Garganta profunda. Beso negro. Orientales. Japonesas. Madurita ardiente. Pechugona. Anal. Vibradores. Latinas. Implicación máxima. Delgadita. Besucona. Culito respingón. Juguetona. Masajista desnuda. Hoteles y domicilios. Sin duda se trataba de un error.

A bordo del *Orestes*, las niñas pijas de Paco Olmedilla, luciendo sendos pareos de Valentino, daban cuenta de la paella que habían guisado a medias con mamá. El socio italiano quería saber en qué consistía el famoso punto del arroz del que tanto se hablaba, y las niñas pijas, Lara y Alejandra, no sabían

explicarlo. Se trataba de algo que era y no era, muy difícil de definir, pero que se sentía en el paladar. Esta vez el arroz no había salido como Dios manda y ellas lo atribuyeron a que se habían visto obligadas a entregar a los naufragos el agua que traían desde Valencia reservada expresamente para la paella. Pero eso no impidió que se sintieran protagonistas al contarle al invitado de su papá, con todo lujo de detalles, el rescate de la patera. Las dos muchachas, con voz muy nasal, se quitaban la palabra una a la otra, oh, por Dios, fue horrible, una familia de negros perdida en el mar, una mujer embarazada, la otra con el niño en brazos, pobre criaturita, se salvaron gracias a nosotros, para que veas lo que son las cosas, y además les dimos unas galletas energéticas de miel que compramos en una tienda de *delicatessen* muy exclusiva, nada de El Corte Inglés, y a la mujer que tiritaba le regalamos un chubasquero de Chanel y unos zapatos de Salvatore Ferragamo.

*No hay como una buena resaca para desear la muerte, dijo alguien.
Salvo que el alcohol te lleve al amor.*

Siguieron tres días de perfección en Alguer en los que el exministro Veragua pudo disfrutar de una tregua. Nadie lo conocía allí. Nadie le miraba ni daba con el codo a quien tuviera al lado murmurando en voz baja al verlo pasar. La radio y la televisión eran italianas y solo hablaban de los muertos que se tragaba el mar, de los miles de náufragos que llegaban a la isla de Lampedusa. Oh, cuánta felicidad daba el anonimato. En la marina de Sant'Elmo de Alguer —como en otros puertos del Mediterráneo en pleno verano— no había sino popas de yate llenas de aparentes ricachones, marineros solícitos atareados en los pantalanes, mujeres hermosísimas que baldeaban las cubiertas a la hora del crepúsculo, cuando el sol muy dulce se entreveraba con los palos, jarcias y gallardetes de los barcos, y después bajaban los navegantes rasurados, perfumados, vestidos con prendas deportivas de marca para cenar en restaurantes de moda, y entonces se podía descubrir en tierra a algún duque británico con una camiseta de Batman y a conocidos banqueros haciendo el ganso delante de una pizza. En todos los puertos del Mediterráneo había parejas de gorditos carniceros de la Unión Europea de paseo por los muelles, escudriñando en las tripas de fastuosos yates y veleros por si tenían la suerte de ver a alguna princesa comiendo una tortilla de patatas.

Hasta ese momento de la travesía Merlín y los suyos habían compartido las calas con el resto del turismo acuático, y en alguna ocasión tuvieron que fondear abarloados a otros barcos hasta formar una sola cubierta que tapaba las aguas. En ese gran escenario comenzaba muy pronto el millonariado a desarrollar gestos unívocos de felicidad: la música de salsa que se llevaba la brisa, las profundas siestas de los cachorros que la noche anterior habían bailado en una discoteca de moda hasta media mañana y ahora dormían boca abajo a proa como sopas, antes de ponerse a hacer el gamberro con las motos náuticas. A veces se oía el sonido neumático de algún chapuzón o el latigazo

del viento en la toldilla, que se fundía con el resplandor de los párpados cerrados. Alguien, desde la otra parte del sueño, preguntaba: «¿Qué hora es? ¿Os apetece tomar algo?». Nadie respondía. La brisa bajaba de los pinos muy perfumada. El mejor paisaje de Alguer era el silencio de la modorra durante ese intervalo en que las chicharras callaban, las lagartijas asomaban la cabeza por las grietas de la muralla y los alacranes soñaban el veneno debajo de las piedras.

A esa hora de la siesta se produjo el regalo que Ismael no supo si agradecer a la diosa Venus o a Baco, dios del vino. El aprendiz de escritor pudo haber imaginado que una de aquellas noches llenas de lágrimas de San Lorenzo, mientras la oscuridad del cielo estuviera plagada de estrellas errantes, Laia se mostraría receptiva a sus deseos. Tal vez aquella chica necesitaba, para entregar su carne dorada, de una situación romántica envuelta en la belleza de la noche mediterránea, con las Perseidas llorando allá arriba en el firmamento. Sin embargo, el milagro se produjo de forma anodina, bajo un calor sofocante. Fue después de almorzar en un chiringuito del puerto, al pie de la fortaleza de la Magdalena de Alguer, nada, unos salmonetes de roca, unos calamares y una botella de tinto, cuando el bochorno pegajoso de las tres de la tarde los impulsó a beber más, dos, tres, cuatro gin-tonics, hasta el punto en que el alcohol les forzó a soltar cada uno sus propias amarras y a lanzar palabras que ni ellos entendían y miradas que tampoco podían controlar. Dando tumbos disimulados volvieron al barco y, sin esperarlo ni pretenderlo, sin saber siquiera por qué, solo guiados por una deriva irremediable, como el oleaje que arrastraba dos maderos hasta una playa desconocida, Laia e Ismael se vieron arrumbados como restos de un naufragio hasta el camarote de popa. De pronto, aquellos cuerpos extraños se reconocieron y comenzaron a trabarse, primero suavemente, luego de forma salvaje e incontrolada. Por la escotilla entreabierta entraba un filo de brisa que resbalaba en el sudor muy salado del combate.

—Sabía que tarde o temprano esto iba a pasar —dijo Laia.

—Desde el primer instante imaginé que un día tendrías que clavar tus uñas en mi espalda —murmuró Ismael.

—No me gustaría estropearlo —dijo ella.

—Ya lo ves. Para esto no necesitamos estrellas errantes —murmuró él.

Después de estas frases rituales, pronunciadas casi de forma inconexa, se iniciaron los jadeos de la batalla, las palabras sucias, las lenguas en busca del

mejor refugio entre las piernas abiertas, los gruñidos, los gritos ahogados, hasta que por fin el orgasmo de Laia se escapó por la escotilla del camarote hacia el aire pegajoso de la tarde. Y como era una chica positiva y ambiciosa, mientras se corría gritaba ¡sí, sí, más, más!, hasta romperse.

—¡Ya está bien! —gritó el doctor Fraud desde la cubierta.

—¡Enhorabuena! ¡Ya era hora! —aplaudió Sofía—. Cuando terminéis, os esperamos para echar una partidita de cartas.

Jugar al tute en un bar de marineros, pescar pargos en cala Conte, dormir bajo el sombrero de paja o la pamelita, beber un ron lento ante la puesta de sol, practicar el sexo, cargar vituallas, reponer combustible y partir de nuevo. El mar como destino. En el cuaderno de bitácora, Ismael escribió: «Cerdeña es el lugar donde Homero, en la *Odisea*, sitúa la tierra de los lestrigones, aquellos caníbales gigantes que amenazaban con devorar a los marineros de Ulises. Pero yo siempre recordaré Alguer como la tierra donde encontré el vellocino de oro sin necesidad de navegar hasta Cólquide, tal como tuvo que hacer Jasón».

Alguer de Cerdeña, el cabo de Cavallería de Menorca, situado en el extremo norte de la isla, y el cabo de Formentor de Mallorca, su punto geológico más septentrional, estaban casi alineados. Desde Alguer hasta Sóller había doscientas treinta y dos millas, que había que navegar con un rumbo de doscientos sesenta y cinco grados. Esa era la travesía que les esperaba a los participantes en la regata hasta arribar al pie de Deià, durante dos jornadas en las que confiaban en que el Mediterráneo se comportara como correspondía a su humor: unas veces irritado, y otras amable. A las calmas chichas les sucedían de pronto imprevistos ventarrones que cesaban en pocas horas, dejando un mar de fondo muy incómodo, sin viento en medio del oleaje. Figura en algún libro sagrado esta advertencia para marinos: «Quien sale a navegar por placer irá al infierno a pasar el rato». La regata llevó algunas millas de infierno, no pocas de purgatorio y, entre unas y otras, muchas de paraíso. Pero después de todos esos avatares estaban de vuelta, y para cuando llegaran a Circea de la Marina habría luna llena.

Llevaban todo el día navegando, y al caer la tarde sonó el aviso en la radio del *Suertes de Mar*: «*All ships, all ships, all ships... Navigation warning...*». Lo que esa voz gangosa anunció a continuación alarmó sobremanera a los tripulantes. La radio mandaba el aviso a todos los barcos que navegaban hacia la costa oeste de Menorca de que había peligro de una posible *rissaga* en Ciadadela. Aunque, según la hoja de ruta, era optativa la arribada a ese bellissimo puerto, con todo esa extraña palabra tenía el poder de estremecer a cuantos conocían su significado. El fenómeno no está bien entendido. Sería un tsunami si no fuera porque sus causas son de índole atmosférica y no producto de movimientos tectónicos, si bien sus efectos son muy parecidos. Su previsión se establece cuando se producen determinadas oscilaciones barométricas, con un tiempo habitualmente húmedo y un vientecillo que para nada altera el mar rizado. Muy pacífico todo. Entonces, lentamente, las aguas del estrecho y profundo puerto de Ciadadela empiezan a vaciarse. Las embarcaciones más próximas a la rampa del final del puerto y poco después también las que ocupan amarres más profundos quedan en seco. De los barcos escorados salen crujidos de poliéster y de mamparos rotos, como si un puño enorme estrujara embalajes de cartones. Saltan las amarras. Una fuerza misteriosa absorbe lentamente el agua del puerto de Ciadadela, como cuando uno absorbe con una pajita el último poso de un granizado de limón. Para entonces, toda la gente marinera de la ciudad debe estar preparada para la catástrofe. La enorme cantidad de agua absorbida es devuelta en pocos minutos en forma de una siniestra ola de marea que lo devora todo a su paso, puede hacer naufragar a algún ferri que no haya logrado escapar a tiempo hacia alta mar y llega a impulsar los botes pequeños, hechos añicos, por encima del muro portuario. Alguno de ellos habrá quedado aparcado encima de algún autobús turístico en alguna ocasión. No siempre es tan bestial el fenómeno, pero en todo caso el navegante del mar Balear hará bien en estar especialmente atento cuando oiga en la emisora: «Aviso a los navegantes. Aviso urgente. Menorca, costa oeste: aviso de *rissaga* en Ciadadela». Los de Mahón ni lo notarán. Los de Fornells solo tendrán noticia de sus consecuencias por la prensa local del día siguiente, mientras preparan la mejor caldereta de langosta del mundo. Solamente tendrá efectos catastróficos en el estrecho puerto de Ciadadela, que canaliza la gran ola.

El velero *Suertes de Mar* navegaba ahora por esa latitud, pero aún se

hallaba muy alejado del peligro y, si todo iba bien y el anuncio de *rissaga* no se confirmaba, la mañana del día siguiente sus tripulantes podrían atracar en ese puerto o dejar Ciudadela a babor para entrar en aguas de la costa norte de Mallorca hacia la doble daga de Alcudia y de Pollensa. Era la noche perfecta para ver las lágrimas de San Lorenzo, y después de muchas horas de navegación Laia e Ismael se habían prometido contar estrellas fugaces cuando a las tres de la madrugada, como siempre, se hiciera el relevo de guardia. Había más de media luna. Todo iba bien en la oscuridad. El termo de café los mantenía despiertos. Entonces Laia preguntó:

—¿Es cierto que quieres ser escritor?

—No lo sé. No estoy seguro de que sirva para esto. Ya se verá —contestó Ismael.

—¿Por qué no compruebas conmigo si tienes talento? ¿Sabes?, *Las mil y una noches* es un texto acertado y a la vez absolutamente equivocado. Imagínate por un momento que es ella, Sherezade, quien le reclama historias al sultán. Seré yo misma, Laia, o como me quieras llamar en tu relato, seré yo quien te obligará a contarme una historia del mundo cada noche. Cada vez un cuento diferente, y otro, y otro más si quieres sobrevivir al viaje. De lo contrario, tu cuello peligrará, Ismael. No podrás escapar. Estamos atados al mismo barco, al mismo abismo bajo su quilla.

Ismael guardó silencio y después hizo un gesto de duda, tal vez de escepticismo. Se quedó inquieto ante semejante desafío, y aún más cuando Laia le propuso un juego literario que quizá podría servirle de inspiración.

—Verás, no volveremos a vivir una noche tan bella como esta. Merece que le dedique un orgasmo. Mientras me masturbo, tú me señalas algunas constelaciones y al final me acompañas y juntos nos perdemos en la oscuridad. ¿Te apetece? Luego puedes escribir una historia, incluso un poema.

Sin esperar respuesta Laia comenzó a acariciarse, e Ismael no tuvo más opción que señalarle el carro de la Osa Mayor, el Triángulo de Verano, formado por Vega, Altair y Deneb, las constelaciones del Águila, la Lira, el Cisne y el Can. Navegaban la noche de San Lorenzo, muy alejados ya de Cerdeña. Las brasas de las Perseidas cruzaban el cielo y Laia lanzaba hacia la oscuridad ligeros gemidos, como si aullara a la luna, hasta que, en una explosión contenida de placer, reclamó urgentemente la lengua del futuro poeta o escritor que yacía a su lado. Pasado este escollo, Ismael abrió el

cuaderno de bitácora, iluminó sus páginas con la linterna del iPhone y escribió: «Esta noche he asistido a un espectáculo de placer que ha superado en belleza al cielo estrellado de verano».

Al amanecer, el velero comenzó a oler a café y a tostadas de pan de payés catalán, comprado en una panadería de Alguer. Y como habían decidido olvidarse de Ciudadela y navegar hasta la costa norte de Mallorca, Merlín Fraud, para celebrarlo, puso la canción de Maria del Mar Bonet *El pi de Formentor*. La voz y los versos se perdían en el silencio de las velas desplegadas hasta ahogarse en la estela del barco.

*Mon cor estima un arbre
mes vell que l'olivera,
mes poderós que el roure,
mes verd que el taronger,
conserva de ses fulles l'eterna primavera,
i lluita amb les ventades
que assalten la ribera,
com un gegant guerrer.
No guaita per ses fulles la flor enamorada,
no va la fontanella ses ombres a besar;
mes Déu ungi d'aroma sa testa consagrada
i li donà per terra l'esquerpa serralada,
per font la immensa mar.*

Sofía salió a cubierta con el café y las tostadas mientras el doctor Fraud gritaba el consabido saludo de todos los amaneceres:

—¡Buenos días! ¡Qué maravilla, sale el sol! ¡Y el mundo gira!

En la ciudad de los muertos la luz era cegadora, pero no hería en absoluto los ojos. La sombra de la muerte era la inmortalidad, no separada de la memoria. Esa ciudad era el destino de los que navegaban por tierra, muy lejos del mar.

Esa había sido la regata por tierra de Pepito Cobaleda en la que había aguantado caña a vida o muerte como navegante bien curtido, y mientras los otros regatistas soportaban chubascos y encalmadas y, saludados por los delfines, ponían la quilla al sol escorando a rabiarse si el viento soplaba con fuerza, Pepito se hizo amigo de las enfermeras de la UVI e incluso ligó con Rosalía, la más amorosa, con vistas al mañana. El tercer día tras la operación fue trasladado a planta, el quinto se paseaba por el corredor con un gotero en el brazo, arrastrándolo como si fuera la driza de un barco, el séptimo ya comía chuletas con patatas. El día 13 de agosto le dieron el alta mientras el grueso de los navegantes de la regata ya había abandonado Cerdeña y estaba a punto de llegar al puerto de Sóller para iniciar desde allí el regreso a Circea de la Marina.

Ese día Pepito Cobaleda con una pequeña maleta en la mano, el esternón recosido con una cicatriz trenzada y un arnés que le constreñía las costillas para que la tos no le hiciera saltar las grapas de la herida, salió del hospital de La Fe de Valencia después de despedirse de la enfermera Rosalía, siempre dispuesta y risueña, con la que había quedado en verse esa misma tarde en el hotel Las Arenas de la Malvarrosa. Se acercó a la parada de taxis y le pidió al conductor que lo llevara a la plaza del Mercado Central. A media mañana, las calles ya estaban aplastadas por el bochorno pastoso del verano y las alcantarillas emanaban un hedor a cieno recalentado bajo un cielo difuso color harina. Durante el trayecto, Pepito Cobaleda observó por la ventanilla del taxi la agitación de la gente que se preparaba para huir de la ciudad en el puente de la Virgen de Agosto. Se preveían atascos en las carreteras, playas llenas, chiringuitos asaltados, estaciones de tren y aeropuertos colapsados. Pensó en sus amigos de la regata, que estarían ya a punto de volver al puerto

de Circea de la Marina. Lamentó una vez más su mala suerte, aunque, bien mirado, al fin y al cabo seguía vivo después de su azarosa travesía realizada por tierra. Hasta cierto punto tenía gracia que hubiera aparecido su esquela mortuoria en un periódico local, sin duda debido a un equívoco algo chusco, porque algunos amigos que llegaron a creerlo muerto le habían mandado flores a la viuda de la que acababa de divorciarse y habían empezado a ensalzar su talento en alguna necrológica, cosa que nunca había sucedido hasta entonces, pese a haber defendido y ganado pleitos financieros de gran calado que le habían dado fama. El taxi lo dejó con la maleta en la mano frente a la iglesia. En una esquina de la plaza del mercado había bullicio. En la acera del bar Alcayata, parecía que se estaba celebrando una fiesta o quizá alguna manifestación.

Pepito Cobaleda tenía la absoluta convicción de pertenecer al mundo de los vivos, pero al entrar en la iglesia, donde pensaba hablar con el cura o sacristán responsable para recuperar los tres mil euros que habían depositado en su nombre Chinín Bürmann y Cervino, se llevó una sorpresa de las que no se suelen dar en vida. Sus amigos habían encargado un funeral por su alma para el 13 de agosto en caso de que Pepito Cobaleda estirara realmente la pata, pero la esquela del periódico había producido la consabida confusión y esa ceremonia religiosa, pagada por adelantado, era la que se celebraba en ese momento. La iglesia estaba desierta. No había duelo, ni fieles, ni curiosos; sin embargo, las naves retumbaban con los acordes desgarrados del órgano y una escolanía de angelicales voces blancas entonaba una y otra vez el *Dies irae*. Pepito Cobaleda avanzó con la maleta en la mano por la nave central hasta el pie del presbiterio, donde se había instalado un túmulo bajo cuya gualdrapa funeraria se suponía que había un difunto real o ficticio. Por el altar se movían tres curas enjaezados con sagradas vestiduras a la antigua usanza, casullas y estolas negras ribeteadas con grecas de plata. Sin duda alguna se trataba de un funeral. Pepito Cobaleda no lograba salir de su asombro a medida que se hacía cada vez más evidente que aquel funeral, según todas las trazas, se celebraba por su alma. Las estrofas del *Dies irae* y de otros salmos de ultratumba solo se interrumpían cuando el preste principal retomaba la lectura litúrgica con voz meliflua en el latín de siempre, mirando de reojo un misal, recostado en un atril, que podía pesar veinte kilos. Pepito Cobaleda se sentó en el primer banco, junto al túmulo, y desde esa cabecera privilegiada pudo oír a continuación el panegírico mortuorio que el cura, colocado de

espaldas al altar y con las manos blandas plegadas sobre el pecho, dirigió en loor del finado a los únicos oyentes, que parecían ser los santos que ocupaban las hornacinas de las capillas laterales. La voz resonaba con dos ecos en el templo vacío.

—Hermanos, roguemos al Señor por el alma de don Pepito Cobaleda, que nos ha dejado tan de repente. Que Dios lo tenga en el cielo. Fue un padre de familia ejemplar. Desde su bufete de abogado y la asesoría jurídica de Bancaja luchó siempre contra toda clase de delitos, entuertos e injusticias, y su ideal estuvo siempre de parte de los pobres y desheredados de la tierra. Ha muerto en paz consigo mismo y con los demás después de una vida fructífera y llena de éxitos. Al final su gran corazón, que no le cabía en el pecho, no pudo resistir por más tiempo los males de este mundo y se rompió. Descanse en paz. Amén.

A continuación, el cura principal bajó por los peldaños del presbiterio con un hisopo en la mano y comenzó a rodear el túmulo, rociándolo con agua bendita mientras decía una y otra vez *requiescat in pace. In paradisum deducant te Angeli*. Después, al pasar junto a Pepito Cobaleda sentado en primera fila, le preguntó:

—¿Es usted de la familia?

—Sí, lo soy.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

—Sin duda era un buen hombre. Y sobre todo muy generoso con la Santa Madre Iglesia.

—Sí lo era, sí.

La ceremonia terminó, los curas se retiraron y el altar quedó desierto, pero la escolanía de voces angelicales siguió cantando el *Dies irae* sin descanso. Pepito Cobaleda, solo en medio del templo deshabitado, se apretó la cicatriz del esternón para comprobar si le dolía, pues ese dolor era la única demostración de que aún seguía vivo. En realidad, durante su propio funeral había creído percibir, tal vez, esa experiencia que —según afirmaban algunos místicos— acompañaba la salida del alma hacia el otro mundo: la visión del propio cuerpo desde fuera, la sensación de atravesar un túnel hacia una luz cegadora, el encuentro con familiares muertos, el recuento de la propia vida, la presencia de un ser espiritual luminoso que aseguraba que todavía no había llegado la hora, la paz y armonía acogedoras. Pepito Cobaleda no estaba

seguro de haber tenido esas sensaciones durante la anestesia, pero ahora, mientras escuchaba al coro de ángeles, comenzó a dudar si estaba vivo o muerto. La profecía, terrorífica, decía así:

«Oh, día de la ira, la de aquel día en que los siglos se reduzcan a ceniza, siendo testigos el rey David y la Sibila. Cuánto terror habrá en el futuro, cuando el juez haya de venir a juzgarnos a todos estrictamente. La trompeta, esparciendo un sonido admirable por los sepulcros de todos los reinos, reunirá a todos los muertos ante el trono. La muerte y la naturaleza se asombrarán cuando resuciten los muertos para que respondan ante su juez. ¿Qué diré yo entonces, pobre de mí? ¿A qué protector rogaré cuando ni los justos estén seguros? Para que no arda en el fuego eterno, colócame entre tu rebaño y sepárame de los machos cabríos, situándome a tu derecha. Tras confundir a los malditos arrojados a las llamas voraces, hazme llamar entre los benditos. Te lo ruego, suplicante y de rodillas, con el corazón acongojado casi hecho cenizas: hazte cargo de mi destino. Día de lágrimas será aquel renombrado en que resucitará de la ceniza para el juicio el hombre culpable.»

Ante la espantosa profecía que cantaba el coro de ángeles, volvió a apretarse la cicatriz para cerciorarse de que seguía vivo. Consideraba que aquella situación era irracional, o tal vez una alucinación del postoperatorio, producto del contacto con las bochornosas calles de Valencia. Tuvo el impulso de entrar en la sacristía al término de su propio funeral para desenmascararse y exigir que le devolvieran su dinero, pero no osó hacerlo: temía que le pidieran un certificado de fe de vida y que no pudiera darlo. De hecho, si en la iglesia se celebraba un funeral por su alma era porque, se pusiera como se pusiera, estaba muerto. Lo más que podía esperar era que le dieran a elegir entre el cielo y el infierno. A fin de cuentas, tres mil euros por una broma tampoco era gran cosa.

Con la maleta en la mano, Pepito Cobaleda cruzó de nuevo la plaza del mercado y, abriéndose paso entre el bullicio que llenaba el bar Alcayata, logró llegar hasta la barra, donde Juanito Varona trataba de atender todos los gritos sedientos que le lanzaban los parroquianos. Al verlo frente a él, el dueño del bar exclamó su alegría entre dos carcajadas:

—¡Hombre, qué sorpresa, he aquí a un resucitado! Desde que salió tu esquela en el periódico corrí la voz de que había barra libre en el bar. Perdona. No sabes cuánta gente ha venido a dar el pésame. Puedes estar orgulloso, la verdad.

—De los tres mil euros que te dieron mis amigos, ¿cuánto te ha sobrado?

—Poco. No sabes la cantidad de amigos que tienes. La verdad es que ha sobrado poco.

—¿Cuánto es poco?

—Quince euros o así.

—Entonces ponme una caña y una de gambas. Y te lo cobras.

—Claro, hombre.

—Oye, ¿qué está celebrando toda esta gente? Parece que están muy contentos.

—Por lo visto están celebrando que han metido en la cárcel al jefe de su empresa. Así está el mundo. No hay quien lo entienda. En fin, me alegro de que estés vivo —dijo Juanito Varona mientras pasaba la bayeta por el mármol de la barra.

Puesto que se había oficiado un funeral solemne por su alma, Pepito Cobaleda estaba en situación de elegir entre ir al cielo o al infierno por sus propios medios, y dado su carácter no dudó en decidir que el paraíso estaba en el hotel Las Arenas de la Malvarrosa, donde había reservado una suite con vistas al mar. Esa misma tarde de sábado había tomado vacaciones la enfermera Rosalía, con quien se había citado allí a fin de comprobar si la nueva válvula del corazón, sometida a una prueba de esfuerzo muy carnal, funcionaba correctamente.

A esa hora de la siesta, en la playa de la Malvarrosa la compacta extensión de bañistas y sombrillas apenas permitía ver un palmo de arena, y el mar era solo esa mancha azul que si uno levantaba la vista casi no podía adivinar más allá de aquella enorme acumulación de carne desnuda que chapoteaba en la orilla. Pepito Cobaleda y Rosalía contemplaban aquel espectáculo desde la terraza, apoltronados en sus hamacas. La enfermera comenzó a acariciar a su paciente. Después de muchos mimos carnales, Pepito Cobaleda dijo:

—Bueno. Si te empeñas..., vamos a follar. Pero antes llama al Samur para que esté en la puerta del hotel, por si acaso.

—No te preocupes, cariño. El Samur soy yo. Sé perfectamente cómo se hacen estas cosas.

La nueva válvula coronaria de Pepito Cobaleda funcionó en condiciones aunque, si bien la enfermera trató sabiamente el asunto, con delicada ternura

y sin someterlo a grandes desafíos, el corazón no acabó de bombear con sus latidos la sangre suficiente para llenar esos vasos cavernosos donde residía el orgullo del hombre.

—Tranquilo, tenemos todo el verano por delante —le decía Rosalía al oído con un hálito caliente.

—Esto no funciona, maldita sea —gruñía contra sí mismo Pepito Cobaleda.

—Tranquilo, cariño, tranquilo. Imagina que estamos en tu barco, navegando en alta mar.

—Eso es, en el barco, navegando... Pasaremos las vacaciones en el *Taormina*, en Circea de la Marina —dijo de pronto Pepito Cobaleda.

Y para salir airoso de aquella situación, se levantó de la cama y de pie, desnudo ante la enfermera, recitó:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.*

Cuando comprendas el profundo secreto de la isla de oro, que consiste en descubrirla dentro de ti, la amarás durante toda la vida.

Después de navegar a lo largo de doscientas millas desde Alguer cruzaron el paralelo 40°, al norte del faro de Formentor. La sonda marcaba ochenta y siete metros de fondo bajo la quilla, se había instalado un viento fresco sobre un mar alzado no del todo desagradable y el barco respondía a la perfección, aunque el agotamiento que acumulaban los navegantes habría hecho desistir al mismísimo Ulises de volver a embarcarse por el resto de sus días. Todos soñaban ya con la fiesta que se iba a celebrar bajo la luna llena en Circea de la Marina, donde recibirían flores y regalos para dar por terminada la aventura, pero todavía faltaban treinta millas para llegar al puerto de Sóller, el único refugio realmente acogedor de todo el muro marítimo en el que la sierra de Tramontana de Mallorca se precipitaba hacia el mar.

En esa latitud el *Suertes de Mar* había avistado las velas color púrpura del *Lydia* y el *Orestes* de Paco Olmedilla, y por radio se habían puesto de acuerdo en navegar los tres en conserva hasta Sóller, donde esperaban encontrar a aquellos barcos de la regata que días atrás habían desistido de ir hasta Cerdeña. El promontorio de Formentor, como un largo y nudoso dedo apuntando a gregal, se veía ya a tres millas a babor. Desde el noroeste su rosario de islotes parecía formar una isla independiente de Mallorca, y ahora los tres veleros seguían de cerca este dedo geológico, desde el cabo Catalunya, el islote de El Colomer y la atalaya de Albercutx hasta la punta de la Troneta.

Ismael consideraba un crimen pasar de largo ante aquella belleza y no caracolear entre sus calas y rincones como había hecho otras veces, pero tenían que navegar lo más directamente posible hacia el puerto de Sóller si querían llegar antes de que lo hicieran las tinieblas. A modo de consuelo, desde alta mar fue indicando a Merlín y a las chicas cada uno de aquellos parajes, como si todavía fueran vírgenes y él los estuviera creando en ese instante con solo nombrarlos.

—Mirad, ese es el morro d'en Llobera y después, al suroeste, están la cala Codolar, el morrillo de Bordils y la cala Capellans. Enseguida vendrá el morro de la Vaca, que guarda las dos joyas absolutas de esta costa: las playas del Torrent de Pareis y de la Calobra, por desgracia machacadas por el turismo salvaje. Pero si me dieran a elegir el haber descubierto una cala por mí mismo como un secreto anterior a la existencia de Adán y Eva, yo elegiría una tercera joya, la cala Tuent, situada un poco más al sur. Además, esta zona concreta de acantilados es la que se halla más próxima al punto más elevado de Mallorca y de todas las Baleares: el soberbio Puig Major, a tan solo unas dos millas tierra adentro, ese que veis ahí.

Abandonada por la aleta de babor cala Tuent, largaron escota y pusieron rumbo sureste hacia la Illeta, anuncio del inminente final de la singladura. El sol estaba mediado. Poco después, entre el Cap Gros y la punta de la Creu, penetraron en la magnífica rada de Sóller, el único puerto natural seguro del norte de Mallorca, que incluso en agosto era un lugar ideal para descansar y dormir en paz aquella noche. Había que dejar que los navegantes con los cartílagos anquilosados soñaran su propio cansancio bajo tres cuartos de luna creciente, al son de las melodías de Juan Luis Guerra que una orquestina tocaba en una verbena más o menos distante y que la brisa alejaba o acercaba hasta el camarote del *Suertes de Mar*, donde los enamorados las hacían suyas: quisiera ser un pez para tocar mi nariz en tu pecera y hacer burbujas de amor por donde quiera, cosas así.

—Me gustas como le gusta a un niño un tarro de mermelada —dijo Ismael abrazado al cuerpo caliente de Laia.

—Pues... sí, sí, vale —susurró ella antes de quedarse dormida.

El poblado marítimo que orla la rada del puerto de Sóller es originalmente tan antiguo como lo era el turismo de principios del siglo XX, y quizá por ello tiene un aire de balneario, ese toque de irrealidad que otorgan los que fueron muy felices y se encuentran algo fatigados ya de estar muertos. El objetivo de Ismael era coger de la mano a Laia al día siguiente y llevarla a desayunar un café expreso doble y una tostada de pan con tomate y sal de Fornells en el primer bar abierto que vieran. Lo encontraron junto a las vías del tren que casi rayaban la arena de la playa y que recorrían la ruta más hermosa que

cupiera imaginar: de Palma de Mallorca al puerto de Sóller. Después de atravesar la sierra de Tramontana, de sus vagones desembarcaban cantidades ingentes de jubilados cuyas edades quizá sumaban más años que los de todas las pirámides de Egipto juntas. Pero Ismael y Laia eran jóvenes y se sentían inmortales, de modo que el desayuno habría que celebrarlo despacio, concentrándose en ellos mismos, el velero al fondo y la boca semiabierta entre sorbo y sorbo de café, con cara de estar adivinando lo absoluto. De pronto, Laia se preguntó a sí misma con la taza muy cerca de los labios:

—¿Siempre ha de ser así, esa estúpida promesa de inmortalidad a cambio de vender el alma al diablo, una cosa que no existe a alguien que tampoco existe?

—Tú lo has dicho —respondió Ismael—. Siempre es así. Subastar el alma a cambio de la vida eterna es la sublimación del comercio desde antes del capitalismo neolítico. Vender y comprar esperanzas de cosas inexistentes, de símbolos de otros símbolos.

—¿Crees que la literatura es muy diferente de eso, Ismael? La eterna juventud, aunque sea metafórica. ¿Es eso lo que me ofreces?

—¿Te parece poco? Eso te ofrezco, sí. Una metáfora. Con todo lo que traiga consigo, pero solo una metáfora.

A fin de probar si después de tantas millas navegadas aún les respondían las piernas y no se habían olvidado de caminar, Ismael propuso hacer una excursión hasta la ermita medieval de Santa Caterina, junto a la punta de la Creu. Desde allí, el valle de Sóller, lleno de naranjos, parecía una rendición abierta a la sierra de Tramontana. Merlín y Sofía decidieron acercarse a Valldemosa atraídos por la leyenda romántica de Chopin y de su pareja George Sand, una escritora que debía su mayor fama al hecho de haber llevado pantalones y de haber sido apedreada por los nativos. Los tripulantes del *Lydia* dudaron si desembarcar o quedarse en el amarre para evitar que el exministro Veragua fuera reconocido y sufriera algún percance desagradable. Por su parte, Ismael y Laia optaron por alquilar una motocicleta y subir a Deià por una carretera llena de curvas que se asomaban a los acantilados entre olivos milenarios. Querían visitar la tumba de Robert Graves, el famoso poeta autor de *Yo, Claudio*, cuyos derechos le habían permitido dedicarse a la Diosa Blanca de la Poesía. Por eso le había pedido al albañil aborigen que no escribiera con su dedo sobre el cemento fresco de la tumba más que las dos fechas fatídicas de su biografía, R. I. P. y estas tres palabras: «Robert Graves,

poeta». En su tumba había flores frescas.

—¿Conoces algún verso suyo? ¡A que no! —le retó Laia al pie de la lápida.

—Perderías la apuesta —dijo Ismael—, pero no quiero recitarte entero el poema *Teseo y Ariadna* porque deseo sobrevivir mañana. Un solo verso sobre la traición amorosa. ¿Te vale?

—Sin duda.

—«Donde por vez primera él se fatigó de su constancia.»

—Un verso impertinente. ¿Va por mí?

—Quizá, pero te va a gustar el verso con que concluye el poema: «Jugando a ser la reina para huéspedes más nobles».

—Mejor así. Bésame. Eres un amor. Bésame. Me gustaría hacerle uno de mis homenajes al poeta ahora que no hay nadie en el cementerio —exclamó Laia.

—No, Laia, no lo hagas. Aquí no.

—Bueno, pero a cambio de ese placer tendrás que recitarme más versos de Robert Graves.

—De acuerdo, Laia, pero será en un restaurante camuflado entre olivos y pinos con vistas a un abismo. Allí podremos tomar una sirvia a la plancha acompañada de un vino blanco y de lo que invente el creativo de turno. Pago yo.

—Ese es el mejor verso que he oído nunca. Vamos —dijo la mística pelirroja después de prolongar un profundo beso ante la tumba del poeta.

De regreso de la excursión, a media tarde, Laia e Ismael supieron por boca de Merlín y Sofía lo que ya sabía media España por la televisión: el grave incidente en que se había visto involucrado el exministro Veragua, quien, a pesar de sentirse mortificado por las infectas noticias sobre su vida que habían continuado manando en tertulias y noticieros a lo largo de esa misma mañana, había decidido acompañar a sus amigos al supermercado para comprar víveres. Como era de esperar, no más allá de los primeros cien pasos el político fue abordado en plena calle por unos reporteros que de forma agresiva le metieron el micrófono en la boca para que respondiera algunas preguntas sobre lo que parecía ser el escándalo del verano. El guardaespaldas Luisote trató de apartarlos bajo la amenaza de romperles la crisma y luego le

dio un par de manotazos a la pequeña cámara, pero el cabreo no dio resultado y los periodistas continuaron con su empeño profesional. La gresca y los gritos siguieron hasta que el exministro, junto con Armando Bielza, su mujer y el guardaespaldas, logró meterse en el supermercado, dejando a los tenaces reporteros en la puerta, mirando a través del escaparate a la espera de su salida. Los tripulantes del *Lydia* cargaron el carrito con mariscos, licores, jamón, agua mineral, frutas y dulces, las vituallas necesarias para cubrir la última singladura hasta Circea de la Marina, para lo que debían partir a la caída del sol de ese mismo día. En silencio, enmascarados con la visera hasta las cejas y sin quitarse las gafas de espejo, se colocaron discretamente en la cola para pagar. A pesar de las precauciones, de pronto un señor entrado en años, después de mirar torvamente al exministro Veragua durante unos segundos, comenzó a lanzarle insultos muy desabridos:

—¡Ladrón! ¡Hijo de puta! ¡Que nos has arruinado, cabrón!

—Oiga, oiga, oiga. ¿Qué dice usted? —alzó la voz el guardaespaldas—. Es usted un miserable.

—¡Mi marido tiene razón! —gritó a su vez una señora—. Robarles los ahorros a unos huérfanos y comprarse con él una mansión en Estepona o donde coño sea. ¿Adónde vamos a llegar? No hay vergüenza. Miradlos, tan bronceados, menuda gentuza. ¡Lo bien que se lo pasan en sus yates y nosotros aquí lampando a dos velas!

—Esto lo arreglo yo —exclamó doña Lydia.

A la mujer le dio una vez más otro de sus célebres arrebatos y, sin pensarlo demasiado, se arrancó como una pantera, agarró del pelo a aquella señora y consiguió arrastrarla fuera de la cola de la caja, gritando:

—¡Zorra! ¡Eres una zorra! Ellos no tienen cojones, pero yo sí. ¡Te vas a enterar!

—¡Oiga, oiga, por favor! —exclamaba el encargado.

Entonces doña Lydia recibió un puñetazo en mitad de la cara de parte del marido de la señora, pero ella se creció, ya fuera de sí, y a la reyerta se unieron algunos clientes, unos para apaciguar a los contendientes, otros para alimentar la violencia con nuevos insultos, como siempre pasa. La pelea fue a más. Alguien se trabó con el guardaespaldas hasta derribarlo y los dos comenzaron a forcejear rodando por el suelo hasta que Luisote, al verse perdido, sacó la pistola —que para eso se había inventado— y quiso disparar al aire, según dijo, pero la bala le salió sesgada e hirió en una pierna a la

cajera dominicana, que empezó a llorar y a sangrar en el suelo. Las cámaras del supermercado habían captado toda la escena. Los reporteros oyeron los gritos, contemplaron los embates a través del ventanal y, ya dentro del establecimiento, grabaron el final de la reyerta y algunas declaraciones hasta que llegaron la ambulancia y un coche de policía. Esa sería la noticia de alcance en la emisora local esa misma tarde. La historia de la pobre empleada de supermercado herida por el guardaespaldas del político acusado de corrupción Camilo Veragua abrió algunos telediarios de cobertura nacional.

Se puede odiar el mar después de haber estado aprisionado en el mismo velero durante tantos días, pero, una vez se ha desembarcado, la hostilidad que uno puede encontrar en tierra es capaz de hacerle volver al barco como quien regresa al útero materno en busca de refugio. Esta sensación tenía Camilo Veragua al atardecer de esa jornada fatídica, cuando la tripulación del *Lydia* se dispuso a emprender la última singladura hasta Circea de la Marina sin la compañía del guardaespaldas, que se había quedado retenido en la comisaría tras haber tomado declaración a todos los implicados, incluido el exministro, quien no obstante fue obsequiado con sumisas reverencias por parte de los guardias. Toda la duda consistía en lo que le esperaba al final de la aventura.

Del puerto de Sóller a Circea de la Marina había ciento treinta millas, unas veinte horas de navegación a una media de seis nudos. Zarparon todos los barcos de la regata en conserva cuando apareció Venus colgado de la luna en el cielo lívido y con las sombras truculentas de la sierra de Tramontana recortadas a babor. Pusieron rumbo a Circea de la Marina, a unos doscientos cuarenta y cinco grados oeste-sudoeste. Algunos barcos navegaban a motor, con la mayor izada. Otros, si el viento de popa lo permitía, desplegaron el génova y la mayor a orejas de burro y apagaban el motor para que el silencio de la primera oscuridad llenara el alma de los tripulantes. Lentamente irían dejando atrás la costa de Mallorca hasta despedirse de su maravillosa mineralogía genésica cuando tuvieran por la aleta de babor, ya lejos, la isla Dragonera. Ahora el *Suertes de Mar* navegaba entre la Vía Láctea y los bancos de caballas y sardinas. La luz lechosa del incipiente plenilunio se veía reflejada en el plancton, que de pronto también llenaba de estrellas las aguas y así la mar adquiriría a veces una fosforescencia mineral. Entonces la sonda

del barco comenzaba a sonar: la quilla estaba pasando sobre un sólido banco de atunes que levantaba espuma como si el oleaje estuviera golpeando un bajío. Era el tiempo en que los atunes bajaban del golfo de León, donde sus madres habían desovado bajo los vendavales de la tramontana.

En el velero *Lydia* reinaba un silencio penitencial mientras el viento favorable entraba por la aleta. Esta era la hora en la que el exministro Camilo Veragua no sabía de qué se le acusaba exactamente, puesto que en su conciencia tenía varios frentes abiertos. ¿Sería solo el asunto de los huérfanos? ¿No habían descubierto todavía otras oscuras cavernas de su vida? Se sentía sentenciado por el destino. Desde todos los telediarios y noticieros radiofónicos le caían encima granizadas de vituperios y juicios sumarísimos seguidos de sentencias sin apelación a cargo de testigos que estaban en todas partes y en ninguna. Pero él se sabía culpable y en silencio contemplaba las primeras tinieblas de la noche sin hallar respuesta, pues la oscuridad a la que interrogaba no estaba en ese mar tan apacible sino dentro de su memoria.

Pasadas las seis de la mañana, las aguas fueron adquiriendo un color de estaño diluido en sombras, y poco después toda la mar comenzó a ser inflamada por una luz malva o rosada que daba un volumen lívido a la calima del horizonte. Amanecía. Antes de que se despertaran los amigos, de pronto todo el barco comenzó a oler a café y a tostadas —gracias como siempre a la dispuesta Sofía—, y su aroma se confundía con el resplandor naranja que ya hería los ojos. El patrón hizo sonar con fuerza el *Bolero* de Ravel y, mientras la gran calabaza emergía, la música se mezclaba con el tintineo de las cucharillas y las tazas que humeaban en el aire extasiado de alta mar. Merlín salió a cubierta, donde Ismael y Laia estaban dormidos frente al piloto automático, y una vez más gritó:

—¡Qué maravilla, el sol sale y el mundo gira!

*Libra el mar una oculta voz que entra en nuestro corazón y lo deleita.
¿Es canción o queja de los ahogados? La queja trágica de los muertos.*

El domingo, día 15, Dora Mayo había llegado a Circea de la Marina en compañía del director rastafari René, que parecía comportarse como su pareja. Se habían hospedado frente al puerto, en el hotel Posada del Mar. Dora estaba citada a declarar ante el juez al día siguiente a las once de la mañana como testigo de la muerte de Pepe California y trató de comportarse con toda discreción para pasar inadvertida en medio del bullicio de la fiesta de la Virgen, llena de tracas, músicas y fuegos artificiales, pero no hasta el punto de evitar que el periodista local Julito León siguiera sus pasos y metiera la nariz en el juzgado. A la hora convenida, ante las preguntas de ritual, la actriz dio algunos detalles del horror que había vivido en aquella casa solariega. El juez solo quería saber si ella estaba atada de pies y manos cuando el difunto sufrió el infarto.

—Sí, señor juez. Estaba bien atada —confesó Dora Mayo.

—Si estaba bien atada, ¿me puede aclarar qué extraño ardid usó la testigo para liberarse de aquellos nudos tan recios?

—En ese momento lo consideré un milagro, señor juez.

—Eso no basta. Un milagro no prueba nada —dijo el juez.

—No encontraba otra explicación, la verdad. Ahora ya sé qué pasó. Tal vez.

En realidad, Dora Mayo no encontró la explicación del enigma que la atormentaba hasta algunos días después del incidente en la casa solariega, y el misterio se le reveló por puro azar. Fue en Madrid, una mañana en que iba en taxi al teatro de Lavapiés para el ensayo de *Lisístrata*. En el paseo de la Castellana, a la altura de la plaza de Colón, se topó con un atasco debido a que un coche se había llevado por delante a un motorista repartidor de pizzas y lo había matado. Al pasar muy despacio por delante de aquella trágica escena, Dora Mayo se fijó en que por debajo de la sábana que tapaba al muerto, colocado entre dos furgones de policía, asomaba un pie descalzo.

Una de las zapatillas deportivas del motorista, con los cordones todavía abrochados, había salido despedida y yacía olvidada a un par de metros de distancia. Ella reparó en ese detalle y el taxista le contó, como cosa muy sabida, que todos los que mueren atropellados pierden los zapatos, las botas e incluso las polainas. Algunos hasta se salen de sus propios pantalones. Y para corroborar su aserto el taxista, que era un hombre gordinflón, levantó la mano izquierda para que la chica observara sus dedos.

—¿Ve usted estos dedos que parecen morcillas? En este dedo llevé yo el anillo de casado metido en la carne durante más de cuarenta años. Nunca me lo pude quitar, por mucho que forcejeara. Una noche sufrí un atraco en este mismo taxi. Un hijo de mala madre me puso una navaja en las costillas y me pidió el dinero, el reloj y el anillo. Como yo sabía que no me podría quitar la alianza, pensé que aquel hijo de puta me iba a meter la navaja hasta el hígado, pero hice así y, sin saber cómo ni por qué, el anillo se deslizó por toda esta morcilla con la suavidad de un guante. Fue un milagro.

—¿Estaba usted muy asustado? —preguntó Dora Mayo, muy interesada en la historia.

—Totalmente cagado, señorita, y usted perdone —exclamó el taxista.

—Comprendo, comprendo —murmuró la chica.

—¿Sabe usted, señorita? Una vez leí en alguna parte que cuando un gato se cae desde un tejado, debido al estrés el cuerpo se le reduce cinco veces su tamaño antes de darse el golpe. Por eso dicen que los gatos tienen siete vidas.

—Comprendo, comprendo —murmuró Dora Mayo.

El pánico produce cambios fisiológicos. Incrementa el metabolismo celular. Activa y libera las hormonas catabólicas para satisfacer el gran aumento de demanda energética que exige el estrés. El pánico eleva la presión arterial, la glucosa en sangre y la actividad cerebral. El corazón bombea sangre a gran velocidad para llevar hormonas a las células, especialmente adrenalina, que quema las grasas de los músculos mayores, sobre todo de las extremidades, en preparación para la huida.

Este podría ser el informe que aclarara el milagro desde el punto de vista científico, pero lo cierto es que Dora Mayo, al verse tumbada boca arriba atada de pies y manos con un muerto encima, sintió que su cuerpo se diluía, se hacía elástico, se contraía, y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para liberarse de las ataduras. Se sintió libre, sin más. El juez quedó muy sorprendido cuando, al término de su declaración, la actriz exclamó:

—Logré escapar, señor juez, porque soy una gata.

—¿Una gata? ¿De Angora, tal vez? Bien, pues así lo haré constar en el sumario. ¡Asunto cerrado! —exclamó el juez.

A esa hora del lunes, la regata se encontraba a unas treinta millas del final de la aventura, en medio de una mar placentera, bajo el sol espléndido del mediodía, el patrón Merlín convino en acuartelar el barco para darse el último baño. Cazó la mayor a rabiar, dispuso el foque de forma que entre los dos trapos se neutralizara el viento y el *Suertes de Mar* quedó detenido. Después de tantas horas de navegación, en el horizonte habían aparecido por fin los perfiles de la costa de Circea de la Marina, el Montgó en forma de ciprés dormido o de elefante cuya trompa formaba el cabo de San Antonio, las minerales crestas de Segaria, el cono esfumado del monte Bernia, los acantilados de la Nao, los altos valles de Laguar, de Gallinera, de Ebo, de Xaló. El último rito que Ismael quería cumplir era bañarse a la deriva manteniendo a flote su memoria sobre el abismo, ante aquel paisaje que ya se había confundido con su vida. En el barco había quedado Laia, que observaba sentada en la regala a los tres tripulantes desnudos, sumidos en lo que parecía un desmesurado placer. Desde el agua, Ismael le gritó:

—¡Mira la costa! Ese es el paraíso de mi infancia y merece uno de tus homenajes.

—Lo haré si me lo pides. ¿O prefieres un pensamiento de Hölderlin?

—Vale.

Cuando el barco empezó a navegar de nuevo, mientras los perfiles de la costa de Circea de la Marina se iban definiendo en la calima, Laia se tumbó a proa en la colchoneta de la ceremonia, abrió el libro *Hiperión* y toda su pasión eran las sombras que sobre su cuerpo cernían las velas desplegadas. Hasta esa latitud comenzaron a llegar los primeros latigazos del *llebeig*, que se había establecido como todas las tardes del tórrido verano y cuya violencia excitaba aún más la imaginación de la mística pelirroja, hasta el punto de que las ráfagas frenéticas de viento a veces se confundían con el vigor de los gritos con que leía:

—*¡Oh, vosotros, los que buscáis lo más elevado y lo mejor en la profundidad del saber, en el tumulto del comercio, en la oscuridad del pasado, en el laberinto del futuro, en las tumbas o más arriba de las*

estrellas! ¿Sabéis su nombre? Su nombre es belleza. ¡Te amo, Ismael!

Los barcos de la regata, reunidos a veinte millas de Circea de la Marina, habían convenido en establecer una porfía en el último tramo para declarar ganador al primero que cruzara la bocana, pero durante las jornadas de travesía también habían sucedido en tierra unos avatares tan aventurados como los de alta mar y que merecían la misma bienvenida. Pepito Cobaleda y la enfermera Rosalía, convertida en amante de fortuna, ya se habían instalado a vivir en el barco *Taormina*, atracado en el pantalán. Al subir de nuevo a bordo, todavía quedaban en la bañera restos solidificados de la merluza con almejas que el patrón había vomitado como previo aviso a su desfalco de corazón. Pasar la manguera sobre ese recuerdo fue el primer trabajo que Rosalía emprendió con sumo agrado como forma de aceptar su nueva condición marinera. Pepito Cobaleda llevaba todavía el pecho constreñido por un arnés, debido a la tormenta que había sufrido en tierra, y ahora estaba en contacto por radio con el velero de Paco Olmedilla, quien a cada momento le daba los datos de la latitud en la que navegaban los barcos de la regata a medida que se iban acercando a la última baliza.

Pepito Cobaleda, con el costurón trenzado en el pecho y la válvula nueva en el corazón, había convocado en el barco a sus amigos, el actor Cervino y el director de arte Chinín Bürmann, para que lo acompañaran en la aventura. Se trataba de salir a la mar en el *Taormina* para unirse a la regata, que se encontraba ya a unas quince millas, y competir para llegar los primeros a la bocana. Así lo hicieron, bajo el amparo del ron y unas huevas de atún, y con la ayuda de la enfermera Rosalía y del mecánico Popete, quien una vez indultado por la mayoría de votos en la junta general del Club también se había unido a la empresa.

—Te has librado de milagro, Popete —le decía Chinín—. Ya ves que al final los ricos no son tan malos.

—Seguirás siendo un esclavo. Enhorabuena —exclamó Cervino.

—Mientras los ricos me paguen, no importa. Los ricos con los ricos y los pobres con los pobres. Como ha sido siempre —dijo riendo Popete con el ron en la mano.

El *Taormina* avistó en primer lugar las velas color púrpura del *Lydia* y, agrupados a su alrededor, los demás veleros todavía a flote. Pepito Cobaleda

fue recibido con un toque general de campanas y bocinas, con gritos y saludos de brazos entusiastas. El *Orestes* de Paco Olmedilla se acercó para felicitarle y lo mismo hizo el *Suertes de Mar*, que por otra parte estaba celebrando la noticia que el doctor Fraud había recibido directamente desde el laboratorio de Madrid. Según el resultado de la biopsia, la maldita verruga de Ismael no era más que un simple quiste de grasa. De pronto el sol volvía a ser un dios benigno.

A doce millas del puerto, el *Lydia* dio por radio el aviso de inicio de regata según lo pactado. Un sureste térmico fuerza cuatro permitía navegar de través a todo trapo hacia Circea de la Marina, un *xaloc* ideal para desafiarse. Los patronos que sabían regatear pugnaban por desventarse unos a otros, reglaban escotas, ajustaban la trapa, cazaban o arriaban la contra para aplanar más o menos la mayor, intentaban exprimir décimas de nudo mandando a la tripulación a hacer banda, hacían amagos de abordaje metiendo la proa, competían. Los veleros de más eslora y con más trapo podrían haber tenido ventaja si el viento no hubiera rolado poco a poco al sur y enseguida al suroeste. Entraban en el territorio del *Ilebeig* bajo el patrocinio del rey Montgó recalentado por la brasa solar.

Sin embargo, mucho antes de que saltara el *Ilebeig* lo había hecho el genio de Pepito Cobaleda. Desde el principio, el *Taormina* había navegado de ceñida rabiosa hacia el cabo de la Nao, como si abandonara la regata o Popete tuviera novia en Moraira, y mientras ahora el resto de la flota a solo seis millas del puerto tenía el ventarrón de cara y los barcos se veían obligados a hacer bordadas o a abandonar el juego, el *Taormina*, a la altura de Xàbia, viró a estribor largando escotas. Así, negociando las rachas del *Ilebeig* y de las serranas, el aliento diabólico del Montgó lo llevó en volandas por la aleta hasta meterlo en la bocana en una espectacular arribada. El *Taormina* había ganado la regata con el insigne Popete a la caña, quien al verse vencedor saltó a la cubierta, abrió los brazos y desde el balcón de proa gritó:

—*¡Urbi et orbi!*

Al llegar al atraque, el exministro Veragua vio que en el pantalán había una pareja de la Guardia Civil esperando. Eran las cinco de la tarde. El arresto se produjo sin mediar palabra. El político se despidió de los tripulantes del *Lydia* con una amarga sonrisa y unos abrazos en silencio, cogió la bolsa

deportiva con el equipaje, cruzó la pasarela y, al llegar ante los guardias, adelantó las muñecas para que le pusieran las esposas. Uno de los guardias le dijo que no era necesario, pero el político insistió en que debía ser así y de esa forma fue conducido hasta el furgón que esperaba en la explanada ante las miradas silenciosas, consternadas, que todos los argonautas le dirigían desde las popas de los barcos atracados mientras se duchaban con las mangueras. Nadie sabía exactamente qué crimen había cometido ni de qué se le acusaba ni a qué se debía semejante escarnio, más allá de cuanto habían oído en televisión, pero tal vez este político liberal se sentía no solo culpable sino condenado, y por eso mismo exigió ir esposado con una actitud que estaba entre el desplante y la expiación.

Con el saco marinero al hombro, Ismael había ido a casa a cambiarse para asistir a la fiesta de bienvenida que se iba a celebrar en el Náutico bajo la luna llena. Hacia la seis de la tarde, al pasar por la explanada del puerto, camino de la plazoleta Mariana Pineda donde vivía en el barrio de pescadores, le sorprendió ver a su colega, el periodista Julito León, sentado en la terraza del hotel Posada del Mar tomando unas cervezas con Dora Mayo y el director rastafari, y se acercó a saludarlo. Intercambiaron algunas palmadas. Ismael se excitó al dar la mano a aquella mujer que había protagonizado muchos de sus sueños literarios. ¿De modo que así era ella, Dora Mayo, en carne mortal? Su colega Julito estaba tratando de sonsacarle algunas declaraciones sobre el caso, pero la actriz se había cerrado en banda. Dijo que quería olvidar y que se iba con su amigo a pasar unos días a Ibiza. Tenían los pasajes y el equipaje listos para tomar el ferri *Ramon Llull*, que iba a zarpar a las nueve.

—Solo por tres días —dijo el rastafari.

—Me gustaría pedirnos un favor. Cuando el ferri atraviese la dársena, antes de ganar la bocana, veréis en la escollera sur a muchos pescadores de caña. Algunos son viejos acompañados de sus nietos. Me gustaría que desde cubierta los saludarais con los brazos.

—¿Sí? ¿ Por qué? —preguntó la actriz.

— Por nada. Hacedlo, por favor —dijo Ismael.

El ferri *Ramon Llull* zarpó puntualmente a las nueve de la noche y la pareja desde cubierta saludó con los brazos a los pescadores sin saber cuál era el mensaje. Apoyada en la barandilla de popa, Dora Mayo vio que el paisaje de

Circea de la Marina se iba diluyendo poco a poco como una pesadilla en la calima del verano y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

A esa hora, Ismael se hallaba en la terraza del Náutico donde un centenar de socios e invitados cruzaban alegremente los vidrios de los licores que servían en bandejas unas chicas de piernas largas. El último buen verano de nuestras vidas, decía alguien. Todos los veranos son siempre el último verano, decía otro. Desde la terraza, Ismael vio cruzar el ferri *Ramon Llull* por la dársena hasta ganar la bocana. Pensó que Dora Mayo iba a navegar sin saberlo sobre las cenizas de su amante y también sobre su pulsera de oro y perlas australianas que yacía en el fondo del abismo. Los participantes en la regata eran los protagonistas del sarao y también los más bronceados, los más eufóricos; todos contaban hazañas reales o imaginarias de la travesía y describían maravillosas puestas de sol y noches de amor bajo las estrellas, como en los boleros. Merlín Fraud, con un vino en la mano, pasaba consulta sobre estiramientos y liposucciones, ojeras y arrugas, ante las preguntas formuladas por unas damas entradas en años que soñaban con su antigua belleza; las niñas pijas de Paco Olmedilla presumían de haber rescatado a unos naufragos, e incluso de haberle regalado a aquella pobre negra embarazada una chupa de Chanel comprada en Saks, en la Quinta Avenida de Nueva York; el rumor de la detención del exministro Veragua iba atravesando todos los corros y los dejaba en un silencio dubitativo. ¿Es cierto que ha sido él mismo el que ha pedido que lo esposaran? Oye, es un misterio lo que tiene que guardar ese hombre. Los linos ibicencos resplandecían a la luz de las antorchas, sonaba música de jazz, también boleros y chachachás de otros tiempos, ellas se besaban, ellos echaban el tranco hacia atrás con las carcajadas. Se comentaba que la cajera del supermercado de Sóller que había recibido el balazo seguía en el hospital, alguien trataba de recordar a los miles de ahogados ese año en el Mediterráneo y el bombardeo de Alepo y los millones de refugiados, pero la conversación era eludida de inmediato y no iba más allá de un gesto piadoso o de desagrado, y enseguida era suplantada por la dieta del melocotón, que te quitaba de encima cinco kilos en un mes; otros decían: prueba el jamón que es muy bueno, la tortilla está espectacular, y a continuación hablaban de la crisis y de la corrupción; ¿has leído lo de Dora Mayo?, esa lagarta va a estrenar una obra de teatro, una tal *Lisístrata*; eso suena a una de romanos. Laia había desaparecido e Ismael la buscaba por encima de los hombros de los invitados; ¿dónde se habrá metido esa

pelirroja?, me gustaría encerrarme con ella en el yate *Foners*, el antiguo *Fortuna* del rey, para desacralizarlo, pensaba el futuro escritor; el plenilunio empastaba la fiesta con una luz lechosa; se oía decir a alguien: la felicidad es un instante, pero hay instantes que duran toda la vida; no me digas que se han llevado preso a Veragua, exclamaba la pija Alejandra Olmedilla con voz gangosa; al final la regata la ha ganado Popete, un mecánico, al que debimos echar a patadas, refunfuñaba Armando Bielza, el cementero; veremos cosas peores si llegan los de Podemos, remarcaba su señora; oye, tú, mientras llegan o no llegan los de la coleta, este whisky doble no me lo va a quitar nadie; Ismael vio que Laia se acercaba acompañada de un tipo maduro, risueño y un poco fondón; venía espléndida, recién acicalada y sonriendo con una chispa maliciosa en los ojos, y dijo: Ismael, quiero que conozcas a Cecilio, mi chico; vaya sorpresa, no sabía que tuvieras novio; no es mi novio, es mi marido, es un cielo, pero no le gusta navegar porque se marea; encantado, dijo Cecilio, y añadió: Laia me ha dicho que eres muy simpático, se lo ha pasado muy bien, ¿es cierto que quieres ser escritor? Ismael dibujó una sonrisa amarga: bueno, eso ya se verá; y chocaron los vinos; Pepito Cobaleda presentaba a Rosalía como su nueva pareja de verano y era felicitado por su recuperación y, después de explicar el funcionamiento de la válvula coronaria, muy orgulloso mostraba en un aparte a los amigos el pecho recosido bajo el arnés; la gente hablaba de marcas de tónica para los gintonics. En la fiesta faltaba uno de los personajes. Ismael imaginó que en ese momento Dora Mayo ya habría llegado a Ibiza. Así era, en efecto. Puede que la pareja se hubiera instalado en un hotel con encanto de Dalt Vila y, sin duda, habría visto, como todo el mundo, en el telediario al exministro Veragua esposado. Si eso hubiera sido así, Dora Mayo tal vez hubiera relacionado su pulsera de oro y los nudos de las cuerdas de esparto con esas esposas de acero que ahora veía en las muñecas de un culpable.

Ismael se apartó de la fiesta y se acercó a la barandilla de la terraza que daba a toda la extensión de los barcos amarrados; el cascabeleo de las jarcias contra los palos que la brisa de la noche hacía sonar se unía a las risas y la música swing de Benny Goodman. Mientras contemplaba cómo las olas cernían la claridad lechosa de la luna llena, pensó que podría escribir esta historia. Todos esos personajes cuyas risas llenaban la terraza tal vez solo existían en su imaginación. No acertaba a saber si eran felices, frívolos, supervivientes de un naufragio. Tampoco ese mar que tantas veces había

navegado con el abuelo Joan era ya tan puro y limpio como entonces, y ahora los ahogados que vomitaba cada día no eran sino la prueba del fin de la historia, de la belleza y de la armonía del Mediterráneo. ¿Cómo empezar?

Días después, en su habitación del barrio de pescadores, Ismael abrió un cuaderno de tapas rojas y escribió:

—Algún día te llevaré al valle donde florecen los limoneros. Y luego iremos a navegar —le dijo el pez gordo a la joven estrella.

—Cariño, pídemme una ración de gambas —le dijo la joven estrella al pez gordo.

Y así empezó la travesía.

La nueva novela de Manuel Vicent, uno de los maestros de la narrativa española contemporánea.



El amor de Dora Mayo, aspirante a actriz, y el exitoso empresario Pepe California parece vivir sus mejores y más ardientes días en el verano de 2016, cuando una regata congrega a lo más granado de la sociedad a orillas del Mediterráneo. Pero la muerte, que trastoca todo en los momentos más inesperados, acaba con la burbuja de esta relación de la que solo quedará un misterio por resolver: el de las firmes ataduras que no impiden escapar a Dora de la cama en la que termina abruptamente el trato de los dos amantes.

Manuel Vicent regresa en *La regata* a su territorio más querido. La ciudad de Circea, ya inmortalizada por el autor en *Son de Mar*, es el escenario en el que transcurre la historia. Pero casi nada queda del territorio ideal que fue esa Ítaca recreada en la novela ganadora del Premio Alfaguara en 1998. El dinero fácil, la corrupción, la importancia de las apariencias, los negocios conseguidos con malas artes, las relaciones superficiales y los intereses espurios han ido transformando el paisaje y a las personas. Del Mediterráneo bello e indomable, sensual y brillante, solo parecen quedar algún destello aislado y los recuerdos atesorados en la memoria de los que lo conocieron.

Una prosa rica en matices y el estilo impecable de Manuel Vicent están presentes en esta novela. La elegante sutileza y el extraordinario manejo de la ironía que caracterizan al autor recorren cada página de esta historia sobre el paraíso que un día todos decidimos perder.

Sobre el autor

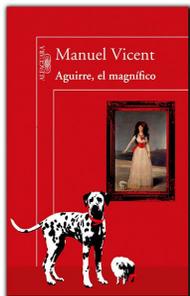
Manuel Vicent. Nacido en Vilavella (Castellón), ha publicado en Alfaguara novelas como *Tranvía a la Malvarrosa* (1994 y 2014), *Jardín de Villa Valeria* (1996) —ambas recogidas junto con *Contra Paraíso* en el volumen *Otros días, otros juegos* (2002)—, *Pascua y naranjas* (1993), *Son de Mar* (Premio Alfaguara 1999), *La novia de Matisse* (2000), *Cuerpos sucesivos* (2003), *Verás el cielo abierto* (2005), *León de ojos verdes* (2008), *Aguirre, el magnífico* (2011), *El azar de la mujer rubia* (2013), *Desfile de ciervos* (2015) y *La regata* (2017). También es autor de la antología *Los mejores relatos* (1997) y de las colecciones de artículos *Nadie muere la víspera* (2004), *Las horas paganas* (1998), *Viajes, fábulas y otras travesías* (2006), *Póquer de ases* (2009), *Mitologías* (2012), *Los últimos mohicanos* (2016) y *Antitauromaquia* (2017), con ilustraciones de El Roto.

Manuel Vicent en digital



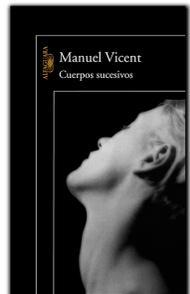
La regata

<http://www.megustaleer.com/libro/la-regata/ES0142566>



Aguirre, el magnífico

<http://www.megustaleer.com/libro/aguirre-el-magnifico/ES0136730>



Cuerpos sucesivos

<http://www.megustaleer.com/libro/cuerpos-sucesivos/ES0135878>



El azar de la mujer rubia

<http://www.megustaleer.com/libro/el-azar-de-la-mujer-rubia/ES0137003>



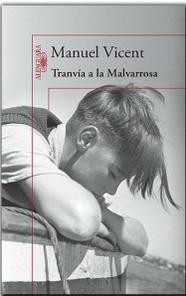
Los últimos mohicanos

<http://www.megustaleer.com/libro/los-ultimos-mohicanos/ES0144575>



Mitologías

<http://www.megustaleer.com/libro/mitologias/ES0136951>



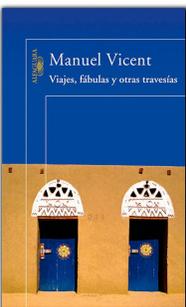
Tranvía a la Malvarrosa

<http://www.megustaleer.com/libro/tranvia-a-la-malvarrosa/ES0135372>



Verás el cielo abierto

<http://www.megustaleer.com/libro/veras-el-cielo-abierto/ES0136145>



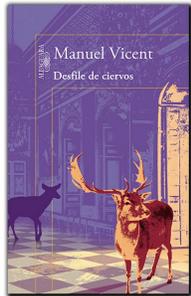
Viajes, fábulas y otras travesías

<http://www.megustaleer.com/libro/viajes-fabulas-y-otras-travesias/ES0136236>



Son de mar

<http://www.megustaleer.com/libro/son-de-mar/ES0136134>



Desfile de ciervos

<http://www.megustaleer.com/libro/desfile-de-ciervos/ES0140145>

© 2017, Manuel Vicent

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3045-4

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Ilustración: © TS Harris

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[La regata](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[Créditos](#)